

103 2 96
Donato Abasabla y Aban
ticon

BIOGRAFÍA

DEL V. P. FR. MANUEL JOSÉ FAGUNDEZ

DE SAN PEDRO DE ALCÁNTARA.

12 895 67890

23 MAR

R-16157



FR. MANUEL JOSÉ FAGUNDEZ
DE S^º PEDRO DE ALCÁNTARA
Franciscano Descalzo.



BIOGRAFÍA

DEL

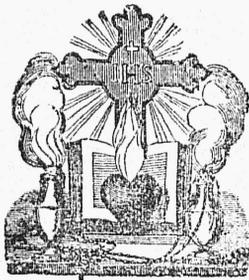
**V. P. FR. MANUEL JOSÉ FAGUNDEZ
Y ESCALONA**

**DE SAN PEDRO DE ALCÁNTARA
RELIGIOSO DE LA PROVINCIA DE SAN DIEGO
DE ANDALUCÍA**

MENORES DESCALZOS DE N. S. P. SAN FRANCISCO

**MISIONERO APOSTÓLICO DE LA CONGREGACION
DE PROPAGANDA FIDE**

**LECTOR EMÉRITO DE SAGRADA TEOLOGÍA, EXAMINADOR SINODAL
DE ESTE ARZOBISPADO, Y DE LAS DIÓCESIS DE CADIZ
CEUTA, MÁLAGA, JAEN, CÓRDOBA Y OTRAS VARIAS.**



SE DIÓ Á LUZ EN EL BOLETIN OFICIAL ECLESIAÍSTICO DE ESTE ARZOBISPADO
Y AHORA POR EL M. R. P. COMISARIO PROVINCIAL DE LA ORDEN.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

SEVILLA.-1888.

IMPRENTA, LIBRERÍA Y LITOGRAFÍA DE E. HIDALGO Y COMPAÑÍA.

Génova 30.



Timenti Dominum, benè erit
in extremis, et in die defunctio-
nis suæ benedicetur.

Al temeroso de Dios, le tocará buena
suerte al fin, y será colmado de bendi-
ciones en el dia de su muerte.

ECCLESIASTICO CAP. I. v. 13.



†

A LA BUENA MEMORIA

DEL ILMO. SEÑOR

DON LORENZO GARCIA DE TEJADA

MOLVEDRO Y RUBIO

Q. E. P. D.

Caballero de la Real y distinguida

Orden Española de Carlos III

Comisario Ordenador honorario

de los Ejércitos nacionales

y Jubilado de Guerra

Insigne bienhechor del Venerable

Difunto, dedica esta Biografía

FR. PABLO HORNILLO

DE SAN MIGUEL.

Comisario Provincial de la Orden en Andalucía.

PRÓLOGO.

Á poco tiempo de acaecida la muerte del Siervo de Dios Fr. Manuel José Fagundez, desearon sus afectos, y principalmente el noble y piadoso Caballero, á cuya buena memoria se dedica ahora esta BIOGRAFÍA, que se escribiera la VIDA del Venerable Padre, y se diese á luz para perpetuar su recuerdo, á fin de que si algun dia, mas ó menos próximo ó lejano, se trataba por la Orden de San Francisco, de promover su elevacion al honor de los Altares, se hallasen consignados los antecedentes y hechos más necesarios, para incoar el proceso jurídico de la Beatificacion.

Al efecto se hizo cargo de la OBRA, el P. Fr. Juan de Lara y Torralbo, Secretario que habia sido de la Provincia de San Diego de Andalucía, ya suprimida á consecuencia de la exlaustracion general de los Religiosos, y discípulo del virtuoso Difunto, en el Colegio de San Pedro de Alcántara de esta Ciudad: quien tan luego como averiguó y recogió cuidadosamente todos los datos oportunos, llevó á cumplido término su trabajo, y después de revisado en particular por algunas personas competentes, entre ellas el P. Fr. Juan Alcaide, Lector que fué de Sagrada Teología en la Orden, y Examinador Sinodal de este Arzobispado, se presentó á la Autoridad Eclesiástica para su censura y aprobacion el año de 1855. Obtenida la licencia correspondiente, las circunstancias de los tiempos impidieron

su publicacion en aquella época, y sucesos posteriores, que sería demasiado prolijo enumerar aquí, contribuyeron á relegar casi completamente al olvido, la deseada impresion de tan interesante libro, que se tituló por su autor:

«Compendio histórico, bajo la forma de panegírico, de la ejemplar Vida y preciosa muerte, del M. R. Padre Fr. Manuel José Fagundez, de San Pedro de Alcántara.—Q. S. G. H.—Lector emérito de Sagrada Teología, Misionero Apostólico, Examinador Sinodal del Arzobispado de Sevilla, y de los Obispos de Cadiz, Ceuta, Málaga, Jaen, Córdoba &c. Hijo de la suprimida Provincia de San Diego de Andalucía, Menores Descalzos de Nuestro Seráfico Padre San Francisco: por un su hermano, Fr. Juan de Lara y Torralbo, Predicador general y Secretario de dicha suprimida Provincia.»

Es un tomo en 4.^o manuscrito de 312 páginas, cuya cópia se ha tenido á la vista para extractar la presente *Biografía*, como fuente la mas autorizada y recomendable, porque el P. Lara, Religioso de saber y prudencia, alcanzó y trató muy de cerca al Siervo de Dios, y fué testigo presencial de algunos de los hechos que refiere, y la mayor parte de los que llegaron á su noticia, le fueron comunicados por aquellos que tuvieron ocasion de observarlos, ó por lo menos de oirlos, á no pocos de los testigos oculares de ellos, pudiendo considerarse como los mas verídicos bajo cierto punto de vista, atendida la dignidad de aquellas personas.

Además, tiene muy en cuenta, las prescripciones canónicas de la Iglesia, para escribir las VIDAS de los que han muerto en olor de santidad, sin estar aun beatificados, y protesta en diferentes ocasiones, someter todo

lo que escribe, al juicio y correccion de la Santa Iglesia, como hijo obediente de ella. A los principios se lee en uno de sus capítulos: «Quiero llamar la atencion á mis lectores, y suplicarles que no extrañen, si de aquí adelante se nombra á nuestro Padre Fagundez, con los honrosos epitetos de *Venerable ó de Siervo de Dios*. Sé muy bien, que nó á todos los Justos se les dá en Roma, ni les corresponde en rigor de derecho; pero no ignoro, que el uso y la costumbre los ha generalizado, para todos aquellos que han muerto con fama y crédito de santidad. Semejantes títulos, rigorosamente hablando, se dán al Varon Justo, cuya Causa de Beatificacion se ha introducido ya en la Sagrada Congregacion, segun la forma de derecho; mas tambien se encuentra en los escritos referentes á los que han muerto en opinion de santidad, segun consta de las historias de sus VIDAS, impresas en Roma, sin repugnarlo aquella Sagrada Curia. No veo, pues, inconveniente alguno, para llamar á nuestro difunto Padre, con las honoríficas expresiones de *Venerable ó Siervo de Dios*, bajo las mandadas protestas, que para estos casos se nos tienen prevenidas.»

Y en efecto, toda esta teoria se halla basada, en la doctrina del Señor Benedicto XIV en su Obra de la Beatificacion y Canonizacion de los Santos, donde se lee en el Indice: «VERBO *Venerabilis*.»—Y con mayor extension, en el Libro 1.º capítulo XXXVII, números 4, 5 y 6.

Sentados estos principios fundamentales, debe advertirse, que la presente Biografia se publicó en varios de los NÚMEROS *del Boletin Oficial Eclesiástico* de este Arzobispado, el año de 1886, y para ello, facilitó bondadosamente el referido COMPENDIO DE LA VIDA, el M. R.

Padre Fr. Pablo Hornillo de San Miguel, Comisario Provincial de los Religiosos de la Orden en Andalucía, quien se proponía entonces, renovar la memoria de las virtudes del Venerable Difunto, trasladando sus restos mortales á Sepulcro mas honorífico, en la Iglesia de San Pedro de Alcántara, de la que es Capellan, imprimiendo después su *Biografía*, para que se perpetuase aun más su recuerdo, y sirviese de ejemplo á la posteridad.

Realizado ahora este propósito, cumple declarar al que ha extractado el Compendio del Padre Lara, que no solo ha conservado toda la sustancia de la Obra, sino que tambien ha creído conveniente tratar del mismo modo que allí, las cosas, que el Autor refiere como presentes ó próximamente pasadas, para apreciar mejor la verdad é importancia de los hechos. Además ha sido preciso en determinadas ocasiones, invertir aunque levemente el orden de las materias, para reducirlas al método seguido en la cronología de la Vida del Venerable. Debe saberse tambien, que á los muchos documentos reunidos por el Autor, se han añadido otros varios omitidos por él, que ya son de algun interés en estos tiempos: como los testimonios de la prensa periódica, contemporánea á su muerte, y los no menos importantes de nuestros dias, acerca de la solemnidad con que se celebró la traslacion de sus venerandos restos mortales, al nuevo sepulcro.

Por último, ha sido menester en la parte recopilada, variar en cierto modo su forma, y corregir y mejorar algun tanto el estilo y language, aunque conservando siempre la sencillez del original que lo caracteriza. Si su referido Autor volviera otra vez al mundo, agradecería á una mano amiga, que sin alterar la sustancia de su tra-

bajo, lo modificase dándole la variedad que hoy reclama para su publicacion, conforme al gusto de la época.

Esto es cuanto ha parecido conveniente al recopilador advertir aquí á los lectores, nó para granjearse con ellos mérito alguno, haciendo alarde de su humilde trabajo, sino á fin de que conste lo que ha hecho para procurar que saliese con toda la fidelidad y perfeccion posible, y que si nó ha tenido la dicha de conseguirlo, no ha sido por falta de diligencia y esmero. Concluye en fin con la advertencia, de que si en la parte que le corresponde, llama Venerable ó Siervo de Dios, al virtuoso Finado, es solo atendiendo á que asi acostumbra nombrarse á las personas de conocida virtud, y señaladamente si son eclesiásticas constituidas en dignidad: y no lo hace en el sentido *estricto y riguroso*, que lo dá la Iglesia al Justo, cuyas virtudes se han probado por la Sagrada Congregacion de Ritos, y han sido declaradas en grado heróico, al introducirse la Causa de su Beatificacion. Lo refiere únicamente en el sentido *lato*, de que trata el Sr. Benedicto XIV en su citada Obra de la Beatificacion y Canonizacion de los Santos, en la que consigna suele dársele, á algunos que mueren con fama de santidad, principalmente si son Sacerdotes ú Obispos, por su dignidad, aunque no se haya promovido la causa de Beatificacion: y en prueba de lo que allí manda, transcribe al pié de la letra, ahora al principio, y después al fin de esta Biografía, la siguiente y primera:

PROTESTACION.

Habiendo prohibido nuestro Smo. Padre el Papa Urbano VIII de feliz recordacion, por sus decretos de 13 de Marzo de 1625, y 5 de Junio de 1634, que se impriman sin el examen y aprobacion del Ordinario Diocesano, cualquier libro que contenga acciones, milagros y revelaciones de las personas muertas en olor de santidad ó tenidas por mártires; y además de esto, mandado por su Decreto de 5 de Junio de 1631, que en caso de que se dé á estas personas el nombre de Venerables, Siervos de Dios, Bienaventurados ó Santos, sea declarando, que solo se emplea este título para manifestar la inocencia de su vida, y la excelencia de su virtud, sin perjuicio alguno de la autoridad de la Iglesia á la que solamente pertenece el derecho de declarar los Santos, y de proponerlos á la veneracion de los fieles. En consecuencia, pues, de estos decretos, á los que me sujeto sincera é inviolablemente, protesto aquí, que no reconozco por Santos, ó verdaderos Mártires, á otros, que á los que la Santa Sede Apostólica, concede estos títulos; y declaro, que todos los hechos referidos en este libro, no tienen mas que una autoridad privada, y que no pueden adquirir la verdadera autenticidad, hasta que hayan sido aprobados por el juicio del Romano Pontífice.

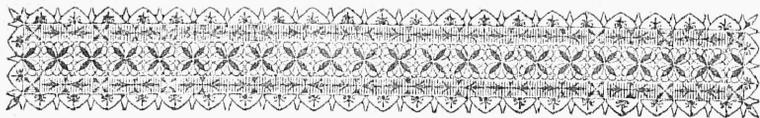
José Alonso Morgado, Pro.



Et quicumque hanc regulam
secuti fuerint, pax super illos, et
misericordia.

*Y todos los que siguieren esta regla, la
paz vendrá sobre ellos, y la misericordia.*

CARTA DE S. PABLO A LOS GALATAS. CAP. VI. v. 16.



†

El V. P. Fr. Manuel José Fagundez

DE SAN PEDRO DE ALCÁNTARA.



Las noticias biográficas de los justos, que se han conocido y tratado en nuestros tiempos, al paso que sirven para trasmitir su memoria á la posteridad, deben ser tambien de grande interés para nosotros, porque sus ejemplos reprenden nuestra conducta, acusan nuestra tibieza, y nos estimulan eficazmente sin poder alegar pretexto alguno, á la práctica de las virtudes cristianas, y deseos de aspirar á la perfeccion.

Tal es el efecto, que debiera producir en nuestro interior la lectura de los principales hechos, que sobresalen en la prodigiosa vida del Venerable Padre Fagundez, gloria del Africa española, honor de la Religion Seráfica, y ornamento de la Iglesia de Sevilla, donde tantos años residió, para consuelo espiritual de sus hijos, cuyo nombre se repite aún todavía con frecuencia por los muchos que le conocieron, acompañado siempre del respeto y la veneracion debidos, á su buena memoria y fama de santidad.

Nació en la Ciudad de Céuta, el 24 de Febrero de 1776, y renació á la gracia por medio del Sacramento del Bautismo, en la Parroquia del Sagrario de aquella Santa Iglesia Catedral, el dia 27 del propio mes, recibiendo la Confirmacion posteriormente, el 1.º de Junio de 1789. Fueron sus Padres D. Juan Fagundez y Escribano, y D.^{na} Isabel Teresa de Je-

sus Escalona, ambos de familias distinguidas por su nobleza, pero mucho mas por sus virtudes, y sin duda contribuyeron á formar el tierno corazon de su hijo para el bien, desde los primeros albores de su existencia. Acostumbraban signarlo con la Santa Cruz muy á menudo, y hacían resonar en sus oídos los sagrados nombres de Jesus y de María, notándose cuando los escuchaba el niño, cierta alegría en su semblante y una sonrisa angelical, que presagiaba yá su amor á la virtud, porque además advirtieron que los Viernes, no aproximaba sus lábios á la lactancia, sino dos ó tres veces, y esto, á favor de los atractivos y caricias de su Madre. (1)

En su niñez, recibió la más esmerada educacion, fundada en la verdadera piedad y santo temor de Dios, edificando desde pequeñito á todos, con la inocencia y pureza de sus costumbres, amor al retiro, asistencia al templo para ayudar á los Sacerdotes en el incruento Sacrificio de la Misa, oír la Palabra divina y grabarla en su corazon, y otras prácticas religiosas que lo hacían desde luego respetable, con aquella dignidad que no se computa por el número de los años, sino por la santidad de la vida. Jamás se vió entretenido con otros de su edad: siempre atento á las insinuaciones de sus Padres, aprendió todo lo perteneciente á la instruccion primaria, y al punto manifestó su disposicion para estudios superiores, porque dotado de admirable memoria, claro entendimiento, y una fuerza de voluntad inquebrantable, llegó á poseer con la mayor perfeccion la lengua latina y la Retórica, cuando solo contaba quince años de edad, sobresaliendo siempre en los exámenes públicos, á presencia de numeroso concurso y de todas las autoridades de la plaza de Céuta.

(1) Así lo consigna su autorizado Biógrafo, á quien seguimos en la narracion de los principales hechos que han de referirse, asegurando se lo comunicó un anciano y respetable Sacerdote en Ceuta el año 1833, apoyado en el testimonio de las hermanas del Padre Fagundez, que se lo habían oído muchas veces á su difunta Madre.

Llegado el tiempo conveniente de hacer la eleccion de estado, oraba fervoroso al efecto, ante una imágen de Jesus Crucificado en la Santa Iglesia Catedral, y sintió, segun confesaba él mismo, un movimiento interior en su corazon, y una voz secreta que le decía: «*Al Claustro, al Claustro*»...

Fiel entonces á la vocacion del Cielo, la manifiesta á sus Padres, y deseoso de una vida mas perfecta, sale de su casa, después de vencer algunas dificultades que se le oponían, y viene á Sevilla donde recibió el hábito de Religioso á los diez y siete años, en el Convento de San Diego, (que á la sazón estaba en San Luis,) el dia 18 de Mayo de 1793; y pasado el año de noviciado con singular aprovechamiento, y edificacion de toda la Comunidad por sus ejemplares virtudes, hizo allí mismo la Profesion solemne el 19 de Mayo de 1794, tomando el sobrenombre de San Pedro de Alcántara, segun las Constituciones de los Menores descalzos de San Francisco, de la Provincia de San Diego de Andalucía.

Durante el Coristado, fué ya como el modelo de los demás Religiosos, que admiraban en él la más ciega obediencia, la más extremada pobreza, la castidad más pura, y la más profunda humildad. Año y medio faltaba para la apertura del curso de Filosofía, y fué destinado al Convento de San Francisco, de Ceuta su patria, donde residió por aquel espacio de tiempo, dedicado al ejercicio de la Oracion y al estudio de la Mística, en la lectura de nuestros autores clásicos castellanos, sin faltar jamás al Coro, ni á los demás actos de Comunidad, entregándose tambien á los rigores de la mas austera penitencia, y á la práctica de todas las demás virtudes. Aprendió despues la Lógica, Física y Metafísica, en el Colegio de su Orden en Medina-Sidonia, y á continuacion la Sagrada Teología, siendo la admiracion de los Profesores y condiscípulos, en todos sus actos literarios públicos y privados, pues unos y otros dijeron al concluir por escrito: «En los seis años que hemos tenido la dicha de poseer y tra-

tar al Corista Fagundez, ha hecho conocidos progresos, sin retroceder jamás un solo paso, antes sí, caminando de virtud en virtud, nos evidenció con su práctica, aquella divina máxima repugnada de los políticos del siglo: «Que es bueno y conveniente llevar desde la juventud, el suave yugo de la Ley Santa del Señor.»

Luego al poco tiempo, recibió sucesivamente los Sagrados Ordenes, hasta el 8 de Marzo del año de 1800, en que fué investido de la dignidad Sacerdotal en la Ciudad de Cádiz, celebrando por primera vez el Santo Sacrificio de la Misa con la mayor solemnidad, el día 23 del propio mes, cuarta Dominica de Cuaresma, en la Iglesia del Convento de San Francisco de Medina Sidonia, donde residía aun después de concluida su carrera literaria. Su ya citado Biógrafo, se ocupa en enumerar las disposiciones de preparacion y accion de gracias, el recogimiento, las lágrimas y piadosos afectos de humildad y de amor, que se le notaban siempre que se aproximaba al Altar: y como quedaba absorto y embriagado con la abundancia de los divinos consuelos, particularmente en ciertas festividades, y con singularidad en la Semana Santa en las Misas de Pasion, deseando participar sensiblemente de las penas y dolores de su amado y pacientísimo Redentor Jesus. Jamás, añade aplicó en toda su vida, por otros fines que por los que le mandaba la Obediencia, ó por los bienhechores, ó por la intencion que tuvo nuestro Señor Jesucristo, al sacrificarse en la Cruz.

Animado de estos mismos sentimientos, iba al Coro á rezar el Oficio divino, y pagar á Dios el tributo de las alabanzas que le son debidas, como supremo y absoluto Señor de todas las criaturas: de acuerdo siempre el corazon con las palabras, cual Ministro consagrado al servicio divino, no como mercenario, sino como medianero y abogado entre Dios y su pueblo. Nunca faltó á tan sagrada obligacion, á

no ser por enfermedad grave, ú otra causa legítima, pues su vida toda se reducía, á alabar á Dios, sacrificar á Dios, y meditar en Dios, sin perder nunca de vista los deberes del amor para con sus prójimos, por amor del mismo Dios que así lo ordena, haciéndolo inseparable de su propio amor.

En tan admirable género de vida, se hallaba empleado el Padre Fagundez, cuando se le intimó la órden del R. P. Provincial, para que se dispusiese á hacer oposiciones, é ingresar en el Colegio mayor de S. Pedro de Alcántara de Sevilla. Afligido hasta lo sumo, clama á Dios de lo íntimo de su alma, y suplica, ruega, insta una y otra vez, porque se le exima de semejante distincion, alegando su ignorancia y falta de aptitud. «¿Quién soy yo, decía, para merecer la entrada en una Casa, semillero de hombres virtuosos y sabios, de donde precisamente han de salir aquellos robustos varones, que dirijan é ilustren á la juventud, y sostengan el honor y brillantez de la Provincia?» Quien soy yo?... Pero es inútil su clamor, los Superiores se lo mandan, y no hay más que obedecer. Obligado, pues, por la santa Obediencia y puesta en Dios toda su confianza, marcha y se presenta en Sevilla, confundido en su propio conocimiento; llegada la hora, hizo sus actos en público con el mayor aplauso, asombro y confusion hasta de sus mismos émulos, que poco valdría si no los hubiese tenido, y fué nombrado Colegial por unanimidad de votos. El humildísimo Padre Fagundez, manifiesta más desde entonces, sobre su vida austera, mortificada y penitente, sus claros y profundos talentos. Allí permaneció tres años amado con entusiasmo de toda aquella Religiosa Comunidad, y respetado y aun temido de sus mismos concolejas, que se les oía á veces exclamar diciendo: «*Callad, callad, que viene Fagundez*» porque á su presencia, no se podía hablar de otra cosa, sino de Dios, ó de las materias de que se trataba en las clases. Y en efecto, vivía tan callado y abstraído, que ni

aun disfrutaba de aquellas recreaciones lícitas y honestas, permitidas á los demás de su estado, ni de las salidas de costumbre acompañado de otros; sino siempre en el Colegio, en el Coro, en la Celda ó en la Biblioteca con los libros, donde tenia sus delicias. Era voz comun entre los Religiosos, que llegó á aprender de memoria toda la Sagrada Biblia al pié de la letra, y que jamás faltó á sus ejercicios de piedad y devocion, por asistir á las clases, ó dedicarse á otras tareas literarias.

Era tan exacta y metódica la distribucion sobre este particular, que los Lunes, Martes, Jueves y Viernes, los dedicaba al estudio de la Sagrada Teología, Dogmática, Expositiva, Escolástica y Mística; los Miércoles, á la Moral, y los Sábados, á la Filosofía. Concluidos los tres años de Colegial, y convocada la oposicion á una Cátedra de Filosofía, se presentó á ella por obediencia el P. Fagundez, y se le confirió el título de Lector de Artes, por aclamacion y votacion unánime de todos los Padres electores, y suma complacencia de sus mismos contrincantes. Se le señaló para la enseñanza el Convento de S. Francisco de Ceuta, á donde marchó con el gran sentimiento de que no podría cumplir dignamente, la difícil mision que la Orden le confiaba, por su falta de disposicion para el profesorado: tal era su profundísima humildad. Nada hay que decir del acierto con que desempeñó aquel cargo, en vista de los antecedentes que se han referido; mas no es posible omitir uno de los hechos más notables, que acaeció durante el tiempo que permaneció en su Pátria, porque revela desde luego su incomparable mérito y abnegacion.

Refiere su Biógrafo, que en año y medio que llevaba de residencia en aquel Convento, jamás entró en su casa, y solo lo verificó en cierta ocasion á impulsos de la Obediencia, para consolar á su Madre con el triste motivo de la súbita ó repen-

tina muerte de su amado Padre. Este inesperado suceso, lo refería el mismo Venerable por escrito de esta sencilla manera. «Murió mi Padre, dice, el primer día de Abril, del año de 1805. Salió de su casa entre seis y siete de la mañana, oyó Misa en el Convento de la Santísima Trinidad, y á su mediacion se sintió atacado de grandes mareos: concluida, salió de la Iglesia, y cada vez mas agravado de su indisposicion, al entrar en una casa de la *Brecha*, (1) cayó mortal, y duró su vida pocos minutos.» Hasta aquí lo consignado sobre la muerte de su Padre, y á esto añadiremos, que á la hora misma en que ocurrió la desgracia, se hallaba el Venerable en clase con sus discípulos, y estos decían, y es bien notorio y público en toda la Provincia, que cuando estaba mediada la explicacion de la leccion, paró repentinamente, y se quedó como enagenado de los sentidos, mudó de color el rostro, y dijo: «*rezemos un Responso, por el alma de un probrecito, que acaba de expirar.*» Se rezó en efecto, y se concluyó la clase, y al salir de ella, ya se hallaba divulgada por el Convento, la noticia de la muerte del Padre del Siervo de Dios.

Al terminar los tres años del Lectorado de Filosofía, con sus respectivos actos literarios, fué nombrado Lector de Sagrada Teología para el Colegio mayor de San Pedro de Alcántara de Sevilla. La despedida de su Pátria, fué sensible para todos los que admiraban ya en él á un Varon justo. Salió en cumplimiento de la Obediencia, rodeado de sus hermanos los Religiosos, y seguido de una gran parte de la Ciudad, con las autoridades Civiles y Eclesiásticas, entre bendiciones y lágrimas, porque ya no le verían más, hasta el punto donde le esperaba la embarcacion. Esta se dió á la vela para Tarifa, donde ansiosos le esperaban otros hermanos y afectos, por hallarse

(1) Era un sitio ó arrabal próximo á la muralla donde habia varias casas.

ya muy extendida la fama de su santidad: y llegó por último á Sevilla, siendo recibido con el mismo entusiasmo, y conducido á su Colegio de San Pedro de Alcántara, donde permaneció cumpliendo sus respectivos ministerios, hasta el año de 1808, en que fué designado para Maestro de Novicios del Convento de San Diego.

El Padre Fagundez, sacrificó su reposo, su vida y su corazón, para llenar el delicado cargo que habia de desempeñar, en honor de su Orden. ¡Con cuanto esmero trabajó en la instrucción y santificación de los Novicios! ¡Que desvelos, que solicitud, y que dulzura para inclinarlos al cumplimiento perfectísimo de la Ley Santa de Dios, y observancia de la Santa Regla y Constituciones! En tan honorífica cuanto penosa tarea, perseveró hasta la invasión francesa en 1810, época terrible, que affigió su alma y llenó de amargura su corazón. Sin embargo, no se intimida en aquellas azarosas circunstancias, y recibe con la mayor serenidad en su Convento de San Diego (hoy Hospicio provincial de S. Luis), compañías enteras de franceses enemigos, á quienes hablaba en su idioma, que poseía admirablemente, y les facilitaba con el mayor agrado, todo aquello que necesitaban y el Padre podía ofrecerles; y se los ganó de tal modo, que ni aun le impidieron rezar los Maitines á media noche, ni otras distribuciones propias de la Comunidad. Hubo un breve espacio de tiempo, desde que arrojaron los franceses á los Religiosos de los Claustros, hasta destinar el Convento para Casa nacional ó Refugio de los pobres Religiosos ancianos, de todas las Ordenes de Sevilla, y aquel tiempo lo pasó el Padre Fagundez, en la inmediata Parroquia de Sta. Marina, ejercitando su Ministerio, bajo la protección del Sr. D. Antonio María Tis-Sandier, Cura propio de aquella Iglesia.

Mas tan luego como se habilitó S. Luis para acoger á los Ancianos, vuelve á su Convento el Padre, donde además de practicar sus ejercicios diarios, se entrega todo al socorro y alivio de aquellos Venerables Sacerdotes, considerando en

cada uno de ellos, la Imagen de Jesucristo. De día, de noche y á todas horas, encontraron en él á un hermano verdadero, y á un Padre cariñoso, que los asistía y consolaba, reanimando la esperanza en sus abatidos corazones, con la idea de que llegaría la hora deseada, de volver cada uno á su Comunidad. Mientras tanto, jamás dejaron un solo día, de reunirse para rezar el Oficio Divino en Coro, al son de la campana, en la Capilla del Noviciado, que existe todavía en el interior de S. Luis. ¡Qué espíritu tan grande y fervoroso! ¡Qué celo tan activo y ardiente por la gloria de Dios!

Pasada aquella calamidad de la dominacion extranjera, que llevó en pos de sí la execracion de los buenos españoles, por los males que ocasionó á la Iglesia y á la Pátria, libres ya del temor de los enemigos, empezaron á repararse los daños que se habian experimentado, y el M. R. P. Provincial Fr. Andrés de Torres, designó entonces á nuestro Venerable P. Fagundez, para reconstituir otra vez la Provincia de San Diego reunir los Religiosos dispersos y visitar los Conventos, á fin de restablecer en todo su vigor la observancia de la disciplina Claustral. Despues de cumplir este nuevo y difícil encargo que le impuso la Obediencia, esta lo destinó en union de otro Venerable, el P. Fr. José María Naranjo, á dar Misiones á vários pueblos de las Diócesis de Cádiz y Córdoba, y del Arzobispado de Sevilla, contándose entre otros, á Medina Sidonia, Tarifa, Bornos, Arcos y Jerez de la Frontera, Puerto Real y el de Santa María, Trebujena y Sanlúcar de Barrameda, Puente Don Gonzalo, Cañete de las Torres y la Real, Villamanrique, Manzanilla, Pilas y Castilleja de la Cuesta, con otros que ya hoy no es posible recordar.

En todas sus Misiones, se tocaban efectos maravillosos. Su apostólico celo, le dió un gran valor para defender los intereses de la Religion católica, vencer á sus enemigos, ganar á los pecadores, y hacerse amar y respetar de todos, sin escepcion de clases ni de personas. Mas ¡cuántas fatigas y trabajos

pasaron en los caminos, durante el tiempo de su Apostolado! Siempre á pié y casi descalzos, solos los dos, sin guía, sin defensa, sin provisiones, y entregados en los brazos de la divina Providencia, con aquella fé, que es capaz de trasladar los montes de un lugar á otro. ¡Cuantas veces, experimentaron en aquellos viajes, el hambre, la sed, el cansancio, los fríos, el viento y la llúvia, con otras molestias inseparables de tan largas y penosas jornadas! Acontecióles en cierta ocasion, salir de Osuna para Cañete la Real, y enagenados y perdidos, les sorprendió la noche en terrenos ásperos y montuosos. Al fin encontraron una choza abandonada por pastores, y se acogieron á ella, á pesar de su mal estado, y después de dar gracias á Dios por haberles deparado aquel alojamiento en la soledad de los campos, sin hacer la mas ligera mencion de las penalidades pasadas, emplearon toda la noche en cantar divinas alabanzas, por tan señalado favor y gracia particular.

Ambos Misioneros enseñaban con su ejemplo y con su predicacion. Cuando el P. Fagundez anunciaba desde la Cátedra del Espíritu Santo, las verdades eternas, reprendiendo los vicios y exhortando á la práctica de las virtudes, por espacio de tres horas contínuas, que solían ser sus Sermones mas breves, se veía al P. Naranjo arrodillado todo aquel tiempo, al pié del púlpito, sin advertírsele el mas leve movimiento. Ocasion hubo, dice el ya citado Biógrafo, como fué cuando predicó en el Arenal de Jerez, que duraban sus Sermones, seis y siete horas, y lo mismo se admiraba á su penitente Compañero, inmovil y sin notarse balanceo alguno en el cuerpo. Si causa asombro, que el P. Fagundez predicase por tanto tiempo sin cansarse, á la interperie, y á millares de millares de almas, oyéndolo las mas distantes, como las inmediatas, conservando la voz siempre clara y sonora aun despues de concluir, no menos debe llamar la atencion, la penitencia del P. Naranjo, en aquella actitud tan edificante, cuya sola vista contribuía al fruto práctico de la predicacion Apostólica de tan Santas Misiones.

El P. Fagundez después, sostenido por la divina gracia, y animado del mas ardiente celo por la honra y gloria de Dios y salvacion de las almas, dispuso su corazon por aquellos grados donde se sube á la cumbre de la perfeccion evangélica, y se hallaba resuelto á buscar el martirio en las abrasadoras playas del Africa. Sabía que en Marruecos habían derramado su sangre los protomártires de su Religion, enviados por el Seráfico Padre S. Francisco: y mas adelante el Beato Juan de Prado y otros, dieron tambien la vida por la predicacion de la fé, y sus ánsias y deseos eran los de seguir sus ensangrentadas huellas. Al efecto ruega á los Superiores de la Orden, ser enviado á las Misiones de su Provincia en aquella region, donde aun perseveran hoy dia, á costa de los mayores sacrificios. Pero eran otros los designios del Cielo, pues la Obediencia lo asigna segunda vez á su Colegio de S. Pedro de Alcántara en Sevilla, para continuar la Leccion de Sagrada Teología, y en tan honroso Ministerio permaneció hasta recibir el título de Lector emérito, ó sea dos veces jubilado, después de los doce actos públicos literarios, que sostuvo al concluir la enseñanza, con tanto lucimiento, para gloria de la Provincia de San Diego de Andalucía.

¿Mas cuánta fué su sorpresa y confusion, cuando sin tener antecedentes, se halla luego nombrado y confirmado Guardian de su mismo Colegio? ¡Ah! en su profunda humildad trata de eximirse de un cargo, que considera muy superior á sus débiles fuerzas; pero sabe muy bien que *la Obediencia es mejor que el sacrificio*, y acepta lo que no era posible por concepto alguno rehusar. Entregado el Siervo de Dios al cuidado de su grey, procura con su buen ejemplo ser el modelo aun de los mas perfectos, y hecho todo para todos, segun la expresion del Apostol, anima á los flacos, instruye á los ignorantes, y excita á todos caritativa y paternalmente á la observancia de la Santa Regla y exacto cumplimiento de las Constituciones. «Los que tuvimos la dicha de ser sus súbditos, dice su Biógrafo, nos figuramos mas de una

vez, ver al grande Antonio en medio de sus discípulos, ó al celoso S. Juan Capistrano ocupado en los afanes de su Reforma.» Era de caracter afable y bondadoso, y solo una vez se vió indignado, llorando despues con amargura de su alma, al recordar que pudiera haber puesto remedio al mal, de un modo mas suave y benigno.

Fué el caso, segun lo refiere su Biógrafo como testigo presencial, de la manera siguiente: «En el año de 1820, si mal no recuerdo, y en una de las tardes del mes de Agosto, salía la Comunidad del Coro, y cinco hombres instigados por el genio del mal, invadieron los Claustros del Colegio, buscando y preguntando por el *Padre Facundo*. Al efecto salió de la Iglesia nuestro Prelado, y cual rabiosos canes le rodean, y uno de ellos empezó á hablar diciendo: «*Chico, vé aquí al Santo. Otro exclamó: ¿Es V. el que cura y sana los enfermos? Este tiene un brazo malo, y lo traemos aquí para que usted lo cure y haga un milagro. Aquel afirmaba y decía: Este fraile es un hipócrita, un tunante.*» Y todos en tono burlesco y chocarrero, lo insultaban con las expresiones más groseras, y temíamos no sin fundamento, que pasasen á las obras y lo maltratasen.

«Nuestro humildísimo y prudentísimo Prelado, trató muchas veces de aquietarlos y ganarlos, con palabras tan tiernas y amorosas, y con doctrina tan profunda y elocuente, que hubiera bastado á rendir otros corazones menos empedernidos, que los de aquellos desgraciados. Pero nada podía adelantar con ellos, y cada vez eran mas recios los ataques, hasta llegar á blasfemar del augusto nombre de Dios y de su Santísima Madre. Mas aquí fué donde arrebatado de celo por la honra y gloria de Dios, y abrasado todo en el fuego santo de su amor, abre sus brazos en forma de Cruz, se levanta mas de un palmo de la tierra, y permaneciendo en esta actitud, dos ó tres minutos por lo menos, á la vista de los que lo admirábamos, levanta sus ojos al Cielo, despliega sus labios, y fulmina



sobre ellos tantas amenazas, tan terribles anatemas y censuras, que de repente se nota una maravillosa transformacion. Los que antes se presentaron como lobos carniceros, son ya humildes ovejuelas; los que poco há eran impíos, ya son virtuosos; todos descubren sus cabezas, se arrodillan á sus piés y los besan: le piden perdon, vierten lágrimas, y así vencidos, los toma por la mano, los levanta del suelo, los conduce á la Iglesia, donde los exhorta é instruye hasta el Ocaso del Sol, siendo el fruto de esta victoria una Confesion general, que cada uno hizo sucesivamente con el Venerable Padre. ¡Oh! cuanto puede la divina gracia, y cuanto arrebatla la verdadera virtud!»

Terminado el triennio de la Guardianía del Colegio de San Pedro de Alcántara, dejando ejemplos que admirar á muchos Prelados, lo volvió á destinar la Obediencia, á ser morador del Convento de S. Diego, situado ya entonces en la Casa Hospital de S. Antonio Abad en la calle de las Armas, (1) y por aquella época se dedicó á la predicacion en Sevilla, recordándose todavía por algunas personas que lo oyeron, las Novenas predicadas á la Divina Pastora en la Iglesia Parroquial de Sta. Marina; la de S. Juan Nepomuceno, en Santa María la Blanca; la del Beato Juan de Prado Martir, y primer Provincial de la Orden en Andalucía, en su Iglesia de S. Diego, como tambien de otros muchos asuntos particulares, en varias Iglesias de esta Ciudad. Cuando parecía, que ya debía descansar algun tanto de sus penosas tareas, se dedica otra vez á las Misiones, dirigiéndose en virtud de

(1) El Convento de S. Diego, pasó por varias vicisitudes en esta Ciudad, desde su fundacion á fines del siglo XVI en el Prado de S. Sebastian. De allí se trasladó el 13 de Junio de 1781, al Noviciado de S. Luis, que habia sido de la Compañia de Jesus. Restablecida ésta en 22 de Abril de 1817, se instaló en una casa principal del Mayorazgo de los Marqueses de la Granja, en la Calle Imperial; y por último, el 30 de Marzo de 1819, se fijó en esta Casa, donde permaneció hasta la exclaustacion de los Religiosos, en 1835.

la santa Obediencia á los pueblos del Condado de Niebla, hasta llegar á Moguer, dejando en todos ellos los más gloriosos recuerdos de sus heróicas virtudes, por las innumerables conversiones que lograba hacer de los pecadores más obstinados en sus vicios, y de los impíos más obcecados en sus maldades.

Uno de los mayores testimonios de la eficacia de su predicacion, verdaderamente Apostólica, es el que dieron por escrito los Monges de S. Gerónimo, del Monasterio de nuestra Señora de la Luz, segun lo acreditan estas notables palabras: «A invitacion nuestra, decían, y en circunstancias muy críticas y afflictivas para toda la Comunidad, nos hizo el Padre Fagundez una Mision á puerta cerrada, y aunque improvisada en realidad, publicamos y escribimos, que quedamos atónitos y admirados de oirlo; jamás hemos visto tanta erudicion y tan profundos conocimientos sobre la vida Monástica, nunca oimos tanta facilidad y manejo de las santas y divinas Escrituras, tanta naturalidad en las alegorías, tanta veneracion hácia los Stos. Padres, tanta Teología, tanta Moral, tanto Derecho Canónico, tanta uncion y tanto fuego en la Oratoria Sagrada. Querer formar un diseño de lo que oimos en aquella ocasion al Venerable P. Fagundez, no es posible, era necesario que él mismo lo reprodujera. Diremos solamente, que desde aquel mismo día, quedó toda la Comunidad consoladísima, hecha un paraiso de delicias, ansiando cada cual, por despojarse de la mortalidad, y dar un rápido vuelo á las moradas eternas.»

Y en efecto, dotado se hallaba de aquella ciencia, que se necesita para saber convencer los entendimientos con las verdades de la fé, é inspirar la piedad en los corazones, con la persuacion y el buen ejemplo: esta es la ciencia, de que escribía el Apostol S. Pablo á su discípulo Timoteo, que consiste en exhortar con sana doctrina, y argüir á los que la

contradicen. El V. P. Fagundez enriquecido con ella, confundió muchas y repetidas veces á los enemigos de la Religion católica, y con su sabiduría los ilustraba, con sus buenos modales los instruía, y los ganaba para Jესucristo. Consigna su Biógrafo, que no habían faltado en su tiempo, algunos que calificaron al Siervo de Dios, de más santo que sábio, y se halló en el caso de hacer la apología del Padre en los siguientes términos, que se irán extractando: «Siempre, dice, hizo buen uso de su ciencia, y lo acreditó su vida laboriosa, y lo comprueba su carrera literaria, bastante penosa, prolija y delicada en la Orden. Sabemos, que cursó tres años de Filosofía, tres de Sagrada Teología, y los tres del Colegio mayor, de Teología Dogmática, Escolástica y Expositiva. Sabemos, que leyó otros tres años de Filosofía y Sagrada Teología hasta ser declarado Lector emérito, con todas las prerrogativas de las Bulas Pontificias, en virtud de haber concluido y acreditado los quince años de Lección, con otros tantos actos literarios correspondientes, de los cuales tuvo doce, sobre Sagrada Escritura. Sabemos, que al final de su carrera, obtuvo Bula del Señor Pío VII, en que le confirmaba el título de Lector emérito, segun la Bula del Papa Benedicto XIV, á favor de los Religiosos descalzos de N. P. San Francisco: *Exponi nobis, &*

«Y sin hacer mencion de su Maestría de Novicios, de su Prelacia, y de sus Misiones, sabemos que mientras le duró la vida, trabajó en la instruccion de sus hermanos. Sevilla, los pueblos de la comarca, y otros puntos mas distantes, fueron fieles testigos de sus apostólicas tareas y de su fervorosa Predicacion, mientras se lo permitió su salud. En una palabra, sus obras justificadas y sus expresiones de vida eterna, prueban el buen uso que siempre hizo de su ciencia, y acreditan de verdadero sábio al P. Fagundez. La sabiduría es fruto de un estudio continuado con los auxilios divinos, en el silencio del Claustro, y en el ejercicio de la Oracion,

y así fué como aprendió nuestro Venerable, aquellos conocimientos tan profundos en la ciencia de los Santos. Su profunda humildad, y el bajo concepto, que de sí mismo tenía formado, fué lo que dió motivo á aquella calificación; era necesario haberlo tratado muy de cerca y por mucho tiempo, y saber que la Obediencia era lo que le hacía olvidar y abandonar el plan, que desde muy temprano había concebido, de ocultar sus conocimientos, y aparecer ignorante á la vista de los demás.

Muchos testimonios pudieran aducirse para comprobar todo lo expuesto, pero solo citaremos algunos, apoyados en la misma autoridad ya citada. Cuando sostuvo los tres actos literarios públicos en la ciudad de Ceuta, el sabio Prelado de aquella Diócesis, Ilmo. Señor D. Domingo Benaocaz, que trataba y conocía perfectamente al P. Fagundez, al observar en él esta conducta, y que los argumentos quedaban á medio responder, se levantó de su Silla y dijo en alta voz: «Padre Guardian, mande V. hablar al Padre Lector, que parece ha entontecido.» El Prelado entonces, le mandó satisfacer como debía á los argumentos, y haciéndolo al punto, el Sr. Obispo y todos los asistentes quedaron admirados, no solo aquel dia, sino tambien los restantes, oyendo después al terminar las conclusiones de labios de S. Ilmo. decirle reservadamente: «Padre Lector, no oculte V. sus luces bajo el celemin, honre su hábito, y dé gloria á Dios.»

Luego posteriormente, cuando enseñaba la Sagrada Teología en el Colegio de San Pedro de Alcántara en Sevilla, y hallándose reunidos todos los Padres mas instruidos de la Provincia, correspondió al Venerable Fagundez, la *Mensal*, que era un acto literario al que asistía toda la Comunidad, fijando el anuncio de la conclusion en la puerta del Coro, ocho dias antes segun costumbre, y los Padres se propu-

sieron secretamente, explorarlo cuando llegase la ocasion, hasta ver donde se extendía su talento, á pesar de que estaban penetrados de su mucha capacidad. Llegó, pues, el dia y la hora señalada, y habló primero el M. R. P. Provincial Fr. Antonio de Estrada, muy conocido por su erudicion: arguye, insta, acaba, y le manda que satisfaga plenamente tanto á su argumento, como á los demás que le seguirían. El inocente P. Fagundez, no estaba en la estrategia; pero sin embargo era muy vivo, y apoyado en el mandato del Superior dió principio á satisfacer por un punto de Mística, como se acostumbraba, y en seguida recayó sobre la dificultad, hiriéndola de tal modo, y explicando la cuestion con tanta copia de razones, autoridades de santos Padres, y testimonios de la Sagrada Escritura, que sorprendido el P. Provincial y sin valor para la instancia, no hizo mas que mirarlo y decir: «*Que arguya otro.*»

«Le siguió el R. P. Definidor Fr. Juan Lopez, no menos hábil que el anterior, estrechó su ingenio, arguyó, concluyó, y aconteció lo mismo. Así sufrió el Venerable, nada menos que nueve fortísimos embates, y despues de salir victorioso, convinieron los Padres reunidos á solas en la Celda del P. Guardian, «*en que no era bastante la vida de un hombre, para registrar, leer y saber, lo que habian oido del P. Fagundez; y que solo podía ser in schola orationis, divinitus eruditus.*» Así lo refiere su Biógrafo, como testigo presencial de estos actos.

Por último, el Excmo. Sr. D. Tomás Gonzalez Carvajal, Consejero que fué de Estado, sabio orientalista y elegante expositor en prosa y verso de los Libros de Job, del Cantar de los Cantares, de los Salmos de David, del Profeta Isaías, y de los himnos y Cánticos de la Biblia, asistió á los doce actos literarios, que en materias de Sagrada Escritura, tuvo el Venerable Padre en el Colegio, como se indicó antes, y salió admirado de su profunda sabiduría, oyéndosele decir á la conclusion: «Yo creía que entre los Frailes no se sabía

Escritura, mas ya veo que el P. Fagundez puede enseñarla á muchos Maestros.» Y no hay que extrañar esto, porque ya se dijo que sabía de memoria toda la Biblia, y desde que profesó no pasó un solo día, á no impedírsele la Obediencia, ó falta de salud, sin dedicar dos horas á su estudio y leccion, llevándola siempre consigo, para no carecer como él decía, de este *bocado divino*. De aquí, aquellos conocimientos tan profundos, aquellos tesoros de sabiduría celestial que deramaba por todas partes, para enriquecer el campo de la Iglesia, y sobre todo su oracion incesante y fervorosa, donde se ilustraba su alma y aprendía los arcanos de la verdadera ciencia, que Dios esconde á los sábios y prudentes segun el mundo, para revelárselos á los humildes y pequeñuelos.

A pesar de su vasta y profunda sabiduría, era humildísimo en extremo, jamás se oyó salir de sus lábios la más leve expresion, que manifestase alguna secreta complacencia ó vanagloria, por haber sido favorecido del Señor con gracia tan singular, que en parte fué calificada de infusa, sin embargo de sus estudios como ya se ha consignado anteriormente. Refiere además su ya citado Biógrafo á este propósito, que un Religioso graduado de la Provincia, digno de toda fé y crédito, hablando de nuestro Venerable, se expresaba en los términos siguientes:

«Me atrevo á decir, sin peligro de errar, que segun el juicio que he formado, durante el mucho tiempo que oí y traté al Padre Fagundez, que la virtud de la humildad le era característica, y la que más apreciaba entre todas las demás. No una vez sola me sucedió, que preguntado delante de mí por algunas personas, que le consultaban sobre puntos de Religion y Moral, jamás permitió manifestar su dictámen, hasta que yo diese el mío, exigiendo de mí con palabras afectuosas este sacrificio, que ciertamente lo era, para el que conocía bien la grande proporcion que existía, entre mis escasos talentos, y su profundo y extraordinario saber.

Varias veces, me reveló en confianza, cuanto había llorado, por haberse imaginado en algunas ocasiones, que sabía más que otros, habiendo conocido después su gran soberbia y presuncion sobre este particular.» Aborrecía con todas las veras de su corazon, las alabanzas que le tributaban los pueblos: «*Vientos del medio día, las llamaba, que hacen más estragos en las flores del Jardín del Celestial Esposo, que todos los huracanes del Aquilon.*»

Cuando lo hicieron Guardian del Colegio de San Pedro de Alcántara, segun queda referido, se le oyó decir: «¿Quién soy yo, no soy hijo de unos Padres pobres, destinados á gemir bajo el yugo del trabajo? ¿No traigo mi descendencia de la más pequeña tribu, y mi familia, no es la última en Benjamin? Yo soy, exclamaba en otra ocasion, la escoria y estiercol de este mundo, el más pequeñuelo é inútil de mis hermanos, no soy hombre, sino el más vil gusano de la tierra.» Tal era el concepto, que tenía formado de sí propio, el que elevado á los honores de su Religion, y hecho espectáculo digno de la admiracion del mundo, buscaba en las humillaciones, su mayor gloria. ¿Cuántas veces, se le vió presentarse en los actos de Comunidad, con una mordaza en la boca, como si fuera un hablador; y cuántas otras, tenderse en la puerta del Refectorio á la hora del medio día, principalmente los Viernes de Cuaresma, para que á su entrada lo pisasen todos los Religiosos? Asimismo, se le veía andar siempre por medio de las corrientes de las calles, para no molestar á los que iban por las aceras, y postrarse de rodillas cuando veía á cualquier Sacerdote, besarle la mano, y recibir su bendicion pidiéndola humillado. Su cabeza inclinada sin afectacion, sus ojos siempre fijos al suelo, su aspecto edificante, y su atencion y afabilidad para con todos, manifestaba claramente su profunda humildad.

Además, llegaba esta virtud en él hasta el heroismo, pues toleraba con gozo de su corazon, los insultos, las injurias,

y los malos tratamientos. Entre los muchos hechos que pudieran citarse, recuerda su Biógrafo, el acaecido cuando caminaba desde la ciudad de Medina Sidonia á la de Tarifa, en que saliéndole al encuentro unos foragidos, al recibir de uno de ellos, un fuerte golpe en la mejilla, el Padre le presentó gustoso la otra, para practicár el consejo del Evangelio. Y si el otro le arrebató su pobre manto, él le ofrece en seguida el hábito y el cordon; y si los demás le colman de oprobios, se advierte la alegría en su semblante, y las ánsias de ser despreciado por amor de Jesucristo. Tal era su abnegacion, y los grados porque llegó al heroismo de la humildad, segun los actos que forman su escala, enseñados por los Santos Padres, y escritores ascéticos.

Sobre tan sólido fundamento, levantó el edificio de su vida espiritual, con la práctica de las demás virtudes, que constituyen la perfeccion cristiana, á que especialmente son llamados los Religiosos. Animado de la misma humildad cautivaba su entendimiento, en obsequio á la autoridad de Jesucristo, para creer todos y cada uno de los Misterios de nuestra santa Fé católica, confesándolos pública y solemnemente siempre que se presentaba ocasion, en las Cátedras, en el Púlpito, y en las consultas particulares que le hacian, explicándose con tanta claridad, que todos recibian la luz que necesitaban, para salir de su ignorancia, deponer sus dudas, ó disipar las tinieblas de cualquier sugestion diabólica. Era tan viva su fé, que deseaba á cada instante derramar su sangre y dar su vida en defensa de ella, y de aquí el postrarse de rodillas una y muchas veces á los piés de sus Prelados, y pedirle con abundantes lágrimas, pasar á las Misiones de Marruecos, á las Islas Filipinas, ó á cualquier otro punto de infieles, para llevar la fé de Jesucristo. La constante negativa de los Superiores de la Orden, fué la mayor pena que le acompañó hasta el sepulcro; y su Biógrafo llega á decir, que del Venerable Padre podía escribirse, que

había dado su vida por la fé, porque á consecuencia de estos vehementísimos deseos por una parte, y del sentimiento que se había apoderado de su alma y de su corazon por otra, al ver como se propagaban los errores en nuestra Pátria, y se perseguía á la Religión católica por toda clase de enemigos, lloraba amargamente día y noche, y contrajo tal pasion de ánimo, que llegó á enfermar, y agravándose poco á poco, dejó de vivir, sinó en defensa de la fé, á lo menos por su amor á Dios, y singular fidelidad.

A proporcion de lo heróico de su Fé, era la firmeza de su esperanza, para alcanzar de Dios cosas grandes y prodigiosas por medio de la oracion. Bien pudieran acumularse aquí un crecido número de maravillas, que atestiguan esta verdad; pero bastará solo apuntar algunas, que própiamente se refieren á su gran confianza en el Señor, que era lo que constituía su esperanza. Por los años de 1820 al 21, leemos en su Biografía, que fué sentenciado á muerte vil, un General muy conocido en Sevilla, á quien el Padre apreciaba mucho, lo mismo que á toda su honrada y piadosa familia. Movidó de la caridad, pasó á consolar al reo, y después fué á su casa á ejercitar el mismo oficio con aquellas personas afligidísimas, la misma mañana precisamente, en que se pregonaba por las calles la sentencia de muerte. Las palabras que salían de los lábios del P. Fagundez, segun un testigo presencial eran estas: «No desmayemos, hermanos, tengamos confianza en Dios, que como sea verdadera nuestra esperanza, es innegable que recibiremos el consuelo. Pongamos por intercesores al Patriarca Señor San José y á San Juan Nepomuceno.» *Estas expresiones, decía el Religioso que lo acompañaba, casi las murmuré, y tuve por una indiscrecion. ¿Quién sería bastante, me decía á mí mismo, para revocar una sentencia dada, ya públicamente manifiesta, y en circunstancias tan terribles?* Bastante he llorado después, la poca fé y ninguna confianza, que entonces tuve en la divina Providencia,

de la que yo no hacía mención como jóven inesperto; pero el hecho, que fué sabido en toda Sevilla, consistió, en que aquel mismo día, se revocó la sentencia de muerte promulgada contra el dicho General, conmutándosele en salir desterrado para Manila.

Caminaba un verano el Venerable Padre, embarcado desde Tarifa á Ceuta su Pátria, y perseguía á la tripulación una barca de piratas morunos, la que no pudiendo darle alcance, se disponía á hacerle fuego. El conflicto era grave, y lo pintaba el Padre Fagundez con los mas vivos colores, segun el dicho de su Biógrafo, que lo había oido de sus autorizados labios. En medio de tanta turbación, reanima la esperanza en el Piloto y demás compañeros, exhortándolos á confiar en Dios, y á que invocasen la protección de María Santísima de África, Patrona de Ceuta, diciéndoles: «*Hagamos promesa á la Señora, yó de decirle una Misa, y vosotros de oirla descalzos, confiemos así, y seremos libres.*» Entre tanto, sacó la Corona de la Virgen, y empezó á rezarla con la mayor devoción, contestándole todos fervorosamente. Mientras el Padre la dirigía, estaba de pié sobre la proa del barco, con la Cruz de la Corona en su mano derecha, y el brazo levantado, como haciendo frente al enemigo. ¡Cosa prodigiosa! De repente, y cuando todos esperaban que el Padre fuese la primera víctima del fuego, los piratas se alejan, cambian de rumbo, y los dejaron en completa libertad.

Siendo Guardian del Colegio de S. Pedro de Alcántara, llegó un día el Religioso lego, encargado de la asistencia al Refectorio, y le manifestó que no había absolutamente con que atender al servicio de la Comunidad en la hora del medio día, y no sabía á quien recurrir. A este anuncio tan triste para un Prelado pöbre, falto de toda clase de recursos, el Padre lo hubiera animado infundiéndole la más consola-

dora esperanza de que sería socorrida la necesidad. Más lo que él hizo fué callar, levantar los ojos al cielo, y luego decir á otro Religioso que se hallaba presente, con la mayor confianza: «Hermano, te aseguro que nada de esto me apura, y que mi imaginacion se pasea con tranquilidad por los espacios de la divina Providencia. Confío, en que todo ha de sobrar.» Y en efecto, á la hora conveniente todo se proveyó, y no quedó defraudada su esperanza en el Señor, á quien había recurrido demandándole su auxilio en aquella afligida situacion. Multitud de hechos de esta clase pudieran referirse, para demostrar como practicó esta virtud; pero no siendo posible extenderse aquí más sobre ella, pasemos á admirar su heroica Caridad, manifestada en su amor á Dios y al prójimo, en el mas alto grado de perfeccion.

El Padre Fagundez amó á Dios con todo su corazon, con toda su alma, y con todas sus fuerzas. Aun no había rayado en él la luz de la razon con toda claridad, y ya amaba á su Dios: su infancia fué toda amor, su juventud toda amor, su edad provecta, su venerable ancianidad, toda su santa vida fué un puro acto de amor, pués cási siempre se le oía repetir muchas veces: «Amemos mucho al Dios que nos amó, hasta el exceso de dar amoroso la vida por nosotros, en un afrentoso leño. El amor no reconoce otra recompensa, que el amor mismo.» Este fuego divino, le hacía exhalar llamas de amor, que prendían y abrasaban los corazones de cuantos lo oían hablar, ya en conversaciones particulares, ya en el Confesonario, ya principalmente en la Cátedra del Espiritu Santo, donde se dejaba ver transformado en la contemplacion del Sumo Bien que tanto amaba. Como de lo que está lleno el corazon, es de lo que más se trata generalmente, el amor de Dios era el móvil de todos sus pensamientos, de todas sus palabras y de todas sus obras. Por amor de Dios, no perdonó trabajo alguno ni fatiga en el más exacto cumplimiento de su Sagrado Ministerio, y se consagró á la

práctica de todas las virtudes, amándolo con aquel amor fuerte como la muerte, que lo redujo al feliz estado de morir al mundo, con todo lo que hay en él de atractivo y lisonjero, y vivir solo para Dios y con Dios, aquella vida oculta y escondida de que habla San Pablo.

Amado á Dios con un amor tan ardiente y fervoroso, no podía menos de amar tambien á sus prójimos, y su caritativo celo se extendía á todo el universo por medio de sus oraciones. Humillado y confundido en la presencia del Señor, pasaba largas horas del día y de la noche rogando á Dios, porque todas las criaturas del mundo le conozcan, le amen y reverencien. ¡Cuánto se aflige, y qué no llora, sobre las Indias Orientales y Occidentales! ¡Qué no suspira, por el estado de tantas almas, sumidas en las tinieblas del error y de la ignorancia! Maceraba cruelmente su cuerpo por los pecados públicos de sus prójimos, y lo flagelaba con sangrientas disciplinas por la conversion de los herejes y pecadores. Amaba á todos con un amor tan tierno y afectuoso, que frecuentemente se le oía decir: «*Amo á mis prójimos, como á mi propia alma.*» De aquí procedía aquella extremada compasion al ver la pobreza del mendigo, la indigencia del necesitado, la escasez de las familias honradas, y los padecimientos de los enfermos. Su Caridad le hacía condolerse de las miserias de todos sus semejantes, como si fueran propias, y llorar por no poder socorrerlas, segun los deseos de su corazon. Y sin embargo á todos los consolaba, sin distincion de clases y condiciones; el Padre Fagundez cifraba todas sus delicias en hacer bien á todos, no solo procurando la salvacion eterna de las almas, sino tambien en atender al alivio de sus necesidades temporales.

La Caridad es ingeniosa, piensan muchos. que esta virtud solo consiste en dar limosnas, y para no ejercitarla, se excusan

con que no tienen; pero en realidad, no es así. La Caridad está en el corazón: es un hecho, que con el dinero se pueden remediar muchos males, y por lo tanto es el medio ordinario que se emplea para socorrer las necesidades; mas no es ciertamente el único, porque hay pobres que son muy caritativos, y no se creen dispensados de este deber, que es el mas dulce, después del de amar á Dios; esto es, el amar á su prójimo, ayudarlo, consolarlo, y darle cuando otra cosa no se pueda, su compasion y sus lágrimas. En la vida del Padre Fagundez, que era pobre, se halla demostrada prácticamente esta verdad. Son incontables los hechos que la prueban; pero aquí solo podremos referir algunos y nada más.

«Entre los muchos que buscaban al Siervo de Dios, é imploraban su misericordia para que los socorriesen y consolasen en sus apuros y tribulaciones, lo fué un pobre de esta Ciudad, que aún vive y lo publica, decía su Biógrafo el año de 1855, el cual tenía dos bestias mulares, que con un carro, buscaba los medios para sostener su honrada familia, que era numerosa. Ambas bestias enfermaron á la vez; pero particularmente una, se agravó tanto, que á juicio de los mejores veterinarios, debía morir sin remedio. Triste y desconsolado el pobre, fué á buscar al Padre Fagundez para manifestarle su afliccion, y la miseria en que iba á quedar con toda su familia. Compadecido el Padre, lo animó exhortándole á poner toda su confianza en Dios, y que rezase nueve Padre nuestros y Ave Marías al bendito Patriarca Sr. San José: y sin más ni menos, las bestias fueron sanas, y tan perfectamente, que el día después de este hecho, fueron á trasportar la librería del V. Padre, de un lugar á otro, presenciándolo muchos de los que las vieron el día anterior, próxima una de ellas á la muerte.

«El día 1.º de Junio de 1832, se presentó al Padre Fa-

gundez una Madre desconsolada, derramando copiosas lágrimas por un hijo desgraciado, que huido de su casa había cinco años, nada sabía de él, por más diligencias que durante aquel tiempo tenía practicadas. El Padre se affigió con ella, y después de encargarle pidiese á Dios por él, le mandó hacer una Novena á San Antonio, y rezar su Responsorio en toda ella, asegurándole que para el día 13 en que la Iglesia celebra su festividad, obtendría por su mediacion el deseado consuelo. Hízolo así la Madre, y el día 12 se presentó llena de gozo en la Sacristía del Convento de San Diego, con carta muy agradable de su hijo, y dió las debidas gracias á su bienhechor por tan singular y extraordinario beneficio.

«Otro vecino de esta misma Ciudad, acudió un día al Padre con la pena de haberle embargado la Justicia sus muebles y todo cuanto tenía, á causa de no haber podido satisfacer la deuda que contrajo siendo fiador de un amigo suyo. Lo recibió el Padre con su acostumbrada Caridad, le consoló y tranquilizó su espíritu, diciéndole que pusiese en Dios toda su confianza, y le mandó que echase á la Lotería, sin que excediese de diez reales, y el Señor lo favorecería. Fué al instante, y jugó cinco números al ala, que era la forma antigua, y todos cinco vinieron premiados, con cuya cantidad salió de sus apuros y logró dejar atendidas otras necesidades.

«Se hallaba en cama y enferma de alguna gravedad, una persona sumamente afecta al Venerable Padre, y sin ser llamado, este fué á visitarla. Preguntó por él á los dependientes de la Casa, y le dijeron cual era su estado: subió inmediatamente á la habitacion, trató de consolarlo por las circunstancias particulares en que se hallaban sus negocios, le dijo un Evangelio, y le aseguró que al día siguiente se

levantaría bueno. Así sucedió, y lo asegura él mismo que aun vive (1)

Su Caridad para con los enfermos, era extremada, como lo acreditó especialmente, cuando esta ciudad fué invadida por vez primera de la epidemia del Cólera, el año de 1833. Habiendo empezado el contagio por el arrabal de Triana, suplicó á los Superiores, le permitiesen ir á asistir corporal y espiritualmente á los apestados; pero no le fué concedido, y enviaron á otro Religioso. Mas á los pocos días fué este acometido de la enfermedad, y con este motivo se postra de nuevo á los piés del Prelado, y á fuerza de lágrimas y suspiros, alcanza su bendicion y marcha á Triana, ofreciéndose víctima de expiacion por sus hermanos. Lo que trabajó el Siervo de Dios en favor de aquellos infelices en los hospitales y en las casas, aun todavía persevera en la memoria de algunos vecinos. Allí se hizo todo para todos, llevando el consuelo á los afligidos, y reanimando la esperanza en sus abatidos corazones, en medio de tan terrible desolacion. Lo mismo hizo en Sevilla después, sin descansar de día ni de noche, dedicado exclusivamente al servicio de los enfermos, movido á impulsos de la más encendida Caridad en favor de todos los desgraciados.

Su corazon se afligía sobremanera, por no aceptar el Señor su ofrecimiento de ser víctima por los pecados del pueblo, y desarmar el brazo airado de la Justicia Divina, y resignado en las disposiciones del Todopoderoso, adoraba y bendecía sus incomprensibles designios. A este fin multiplicaba sus oraciones, los ayunos, las disciplinas, y todo

(1) Deberá tenerse presente para lo sucesivo, que siempre que se lea esta expresion, se refiere al año de 1855 en que se escribió la Vida del Venerable Padre, por el Autor repetidamente citado.

género de penitencias, siendo incansable en el cumplimiento de tan sagrado ministerio, acudiendo á consolar de palabra y por escrito, á cuantos recurrían á él en sus aflicciones, encomendándolo todo al glorioso Patriarca Señor San José, á quien profesaba la mas afectuosa devocion. Tales fueron los efectos de su ardentísima Caridad, en aquella gran tribulacion que experimentó Sevilla en castigo de sus pecados.

A pesar de la abnegacion y del heroísmo, con que se entregó á la práctica de las virtudes, jamás faltó en él la Prudencia, que es precisamente la que regula y ordena todas las demás, dirigiéndolas á su fin. Sabía discernir con santa cautela, la virtud verdadera de la falsa, aun en lo más intrincado y desconocido de cada una en particular. De aquí el guardarse de toda ocasion que pudiera apartarlo ó distraerlo del principal intento, que era su propia santificacion; por esta causa no tenía más trato con sus prójimos, que lo que reclamaban sus necesidades: á todos los oía cuando lo buscaban en sus aflicciones, y los instruía en sus dudas con sábias y prudentes palabras; admirando el modo con que discurría y daba las más acertadas resoluciones, en todos los casos que se le presentaban por dificultosos que fuesen, sin olvidar jamás los principios de la Justicia, dando á Dios lo que le es debido, y á las criaturas, lo que relativamente les pertenece, segun fueran, superiores, iguales ó inferiores en dignidad. Hizo siempre el mayor aprecio de la Ley sagrada de Dios, de los preceptos de su Santa Iglesia, y de la Regla y Constituciones de su Orden, en el mas alto grado de perfeccion posible, con los auxilios de la gracia.

Con el más generoso denuedo, resistió á los tres enemigos capitales de las almas, venciendo todos los obstáculos que le oponían para separarlo del camino de las virtudes: triunfó del Mundo despreciando cuanto hay en él, y renun-

ciando á sus vanidades; salió victorioso de las sugerencias del Demonio, haciéndole la más cruda guerra y dejándole vencido; y triunfó de la Carne, domando sus apetitos, mortificando sus pasiones, y refrenando sus malos deseos. Fiel en todas las pruebas, prosiguió en la santidad de vida que había comenzado para asegurar su salvacion, y unirse al Sumo Bien, que es lo mas sublime de la Fortaleza cristiana. En el uso de la comida, de la bebida, del sueño, y de todo cuanto pudiera alhagar su cuerpo, fué severísimo, llegando á tal punto su Templanza, que ni aun en la práctica de las virtudes quería excederse de aquel buen medio, en que cada una consiste, conforme á lo que enseñan los Santos, y solo deseaba servir á Dios en aquel estado y por aquel camino, que fuese siempre de su mayor agrado y santísima voluntad.

Al plan de vida que se había trazado, de aspirar siempre á la perfeccion, correspondía la exactitud en la guarda de los tres votos esenciales, que constituyen la profesion de la vida Religiosa, á saber, la Obediencia, la Pobreza y la Castidad. Segun la doctrina del P. S. Gregorio, y la ensenanza del Angélico Dr. Santo Tomás, el voto de Obediencia es el mas excelente y principal de todos, y aún superior á la práctica de las demás virtudes. Por la obediencia sacrifica el hombre lo mas estimable que en sí tiene, que es su propia voluntad, y las Sagradas Escrituras la anteponen al sacrificio. Instruido el P. Fagundez en estos principios, puso todo su empeño en negarse á sí mismo, y hacer en todo la voluntad de los Superiores, como destinados por Dios para hacer sus veces en la tierra, y al punto ponía en ejecucion todos sus mandatos. La alegría de su rostro obedeciendo, era el testimonio mas evidente de la sumision interior de su espíritu, y del gozo de su corazon. Si alguna que otra vez, practicaba de por sí cualquier obra que le dictara su buen deseo, tan luego como suena en sus oidos la voz de la Obe-

diencia, la interrumpe, porque sabe que la propia voluntad, es senda peligrosa, y la Obediencia, camino cierto y seguro para llegar al Cielo.

Así lo demostró en muchas ocasiones, y señaladamente con el siguiente hecho que refiere su Biografía: «Se hallaba el V. Padre de Mision en la Ciudad de Tarifa, y terminada recibió aviso ó mandato, del R. P. Provincial, para que sin demora, pasase inmediatamente á la de Cadiz con igual objeto. ¿Qué apuro y afiecion, para otro que no fuese el P. Fagundez? Se hallaban entonces intransitables los dos caminos: el de la Mar, á causa de una deshecha tempestad, sin esperanza de calma; el de la tierra, por las consecuencias del mismo temporal, continuas lluvias, extensos lodazales, y dos peligrosísimos arroyos, que necesariamente había que vadear. Ni las súplicas del pueblo, ni las lágrimas de sus hermanos los Religiosos, nada fué bastante á detenerle, y solo confiado en la divina Providencia, emprende la marcha, acompañado del P. Naranjo, enteramente descalzos, y aquí tropiezan, y allí caen llenos de lodo hasta las rodillas, y venciendo mil peligros llegaron al fin á Cadiz, conducidos por la santa Obediencia. Haga la razon humana los discursos que á bien tenga sobre este caso práctico, el P. Fagundez no atendió más que á obedecer sin discurrir, ni acogerse á la epiqueya: en él no habia mas que oír y ciegameute obedecer, por que carecía de voluntad propia, y siempre vivió sujeto á la voz de su Prelado.

Su extremado amor á la pobreza Evangélica, rayó tambien en heroismo. Fiel imitador de su Seráfico P. S. Francisco, la llamaba su hermana, su esposa y su señora, y la obsequiaba de cuantos modos podía, cual cumple á un perfecto Religioso. Así lo acreditaba, aquel despreciable y tosco hábito que vestía, aquel áspero y nudoso cordon que ceñía

á la cintura, y aquellos paños interiores que por necesidad usaba, con tantos pedazos y remiendos, que se ignoraba su primitiva forma. Le brindó un bienhechor en cierta ocasion con un hábito nuevo, porque ya el que llevaba puesto estaba muy deteriorado, y el V. Padre humildemente le dá las gracias, y añade estas palabras: «Mientras más pedazos tenga, mas me uno con mi instituto de Fraile remendado; que distribuya su valor entre los pobres de Jesucristo, que yo estoy muy contento, con los remiendos que me ha proporcionado la Providencia.» Por no haber admitido unas sandalias nuevas, que llegó á ofrecerle un devoto en Córdoba, le sucedió, que en las siete leguas que hay, desde aquella Ciudad á Cañete de las Torres, se le inutilizaron las que llevaba puestas, y tuvo que andar la tercera parte del camino completamente descalzo: y mientras en aquella Villa se las volvían á componer, para continuar su Mision, recibió unos alpargates viejos y desechados, que le proporcionó otro Religioso.

Como guardaba en su corazon el rico tesoro de la santa Pobreza, nunca admitió limosna alguna de la piedad de los fieles, ni aún á pretexto de Misas, pudiéndose asegurar, que jamás tocó moneda alguna con sus manos, ni conocía su valor. En comprobacion de esto, sucedió que un día, hallándose en la Sacristía de la Iglesia del Santo Angel de esta Ciudad, se le presentó un devoto, con cierta cantidad respetable de dinero, para que aplicase las Misas que fuesen de su agrado, por su intencion. Por más que le rogó, no logró que lo admitiera; le insta y suplica para que á lo menos lo reciba, y distribuya después con el mismo objeto, entre los Religiosos de aquella Comunidad. Tampoco aceptó el encargo, y trató de comprometerlo, dejándolo en una mesa de la Sacristía, y retirándose. Más todo fué inútil, el Siervo de Dios clamaba en altas voces y decía: «Que quiten de ahí esa tentacion, que se lo lleven, de aquí no

me nuevo mientras tenga ese enemigo á la vista; pobres hay, que lo reparta otro, que yó nó.» Tal era su horror al dinero, y de estos hechos pudieran referirse muchos, de los cuales existen testigos, que deponen todavía, que por su amor á la santa Pobreza, nunca admitió de los bienhechores, cosa alguna que pudiera ofenderla.

No menos replandecía la pobreza en su Celda, donde solo se veían dos sillas, que el Prelado mandó poner en ella, para las personas que iban á consultarle; una gran Librería, propia de la Excm.a Sra. D.^a María de la Concepcion Ponce de Leon, Marquesa viuda de Medinaceli; una tarima con dos mantas y una almohada de sayal; un cántaro sin agua, en el que se sentaba para estudiar, cuando no lo hacia de rodillas; una estampa de la Santísima Vírgen y el Crucifijo que llevaba al pecho en las Misiones; una calavera entre los libros, y nada de mesa, ni algun otro mueble curioso y permitido por sus Estatutos á los Frailes Menores. Rarísima vez, se le vió encender luz en una lamparilla vieja, que estaba colocada sobre un medio ladrillo, pues cuando tenía que estudiar ó rezar, lo hacia en la lámpara mas inmediata á su Celda, ó en la que servía en la Iglesia para alumbrar al Santísimo Sacramento. Admira el siguiente suceso, que refiere su Biógrafo, como testigo presencial, con estas palabras:

«Estando nuestro Venerable Padre, de Lector de Prima, en su Colegio de San Pedro de Alcántara, lo esperábamos reunidos todos los colegiales á la puerta de la clase para que ingresase primero en ella, segun la costumbre de atencion y respeto. Tardó un día algo más, y al fin se presentó muy inquieto, todo trémulo, arrebatado el rostro, y muchas ráfagas amoratadas en el cuello y en las manos. Lo detuvimos un poco, porque siempre venía de prisa, y lo vimos entonces cubierto de un enjambre de chinches, de piés á cabeza. Horrorizados y compadecidos, tratamos de

ascarlo, y como no lo permitiese, se le avisó al R. P. Guardian. Este lo hizo entrar en un aposento, donde se desnudó de sus pobres andrajos, y como no tenía mas que aquellos, se vistió de lo que le proporcionó otro Religioso. El Prelado le aguardaba con inquietud, y á la salida se postró de rodillas ante él, y oyó que le reprendió con severidad su abandono diciéndole, que así como cuidaba su persona estaría su Celda, y lo que era mas doloroso, la magnífica Librería, sangre de los bienhechores. Al oír estas últimas palabras, se levantó instantáneamente, y dijo con gran humildad y gracia: «*Eso nó, P. Guardian, algun ganadillo hay en nuestra Celda; pero las hermanas chinches, tendrán buen cuidado de respetar la Santa Pobreza, y ni una sola habrá pisado el libro mas despreciable.*» Al escuchar esto, le pidió la llave el Prelado, y fuimos todos á la Celda: muchas había por las paredes, al rededor de los estantes, y en el techo; pero registramos los libros uno por uno, y se cumplió lo que dijo el Padre, pues ni una sola señal hallamos en ellos, de semejantes animalitos.» Tal fué su rigorosa Pobreza, ella era la tesorera que guardaba en depósito las riquezas de todas las demás virtudes, y la esposa virgen, que obligada de su fidelidad á las leyes del Esposo, coronó de júbilo los dias de su ejemplar y laboriosa vida, seguida de su inseparable compañera la Castidad.

Angel en carne humana, pudiéramos llamar al V. P. Fagundez, por la solicitud y vigilancia con que procuró siempre conservar la preciada joya de la Pureza, sin el menor detrimento, pues sabía muy bien, que portaba tan rico tesoro en vaso frágil y quebradizo. El mejor testimonio de la observancia del voto de Castidad, lo dieron sus Confesores, afirmando: *Que ni levemente manchó nunca, la Pureza de su cuerpo y de su alma.* Apartaba diligentemente la vista de todos aquellos objetos que podían sugerirle ideas poco convenientes á la guarda de esta santa virtud, estando siem-

pre muy prevenido contra todos los casos, segun lo prueba el siguiente hecho. Siendo Guardian del Colegio de San Pedro de Alcántara, fué á decir un Evangelio á una Señora que se hallaba enferma. Al llegar á su aposento, salió á recibirle otra Señora con el pañuelo del cuello suelto, y acto continuo volvió el Padre la espalda, y salió corriendo diciéndole al Corista que le acompañaba todo trémulo: «Vámonos, hermano, vámonos al Convento, y daremos gracias á Dios, porque nos ha librado de un grande peligro.» Lo propio acaeció en otra ocasion, en que con el mismo objeto fué á una casa de la calle del Espíritu Santo, donde bajaron á recibirlo dos Señoras, una de ellas con un traje poco honesto. Querian hablarle de algunas cosas relativas á la enferma, y el Padre no solo las dejó burladas, sino que emprendió la misma fuga que en la anterior, hasta que sabido por su Confesor que averiguó la causa, avisó á dichas Señoras, se le presentasen cubiertas y al día siguiente volvería. Así fué en efecto, y cumplió su mision caritativa cual convenía, demostrando una vez más, su amor á la virtud santa de la Pureza, flor delicada que no brota y se conserva, sino entre las espinas de la penitencia, porque los ayunos, las vigiliias, las disciplinas y toda clase de mortificaciones, son los medios de defensa, para la guarda del voto de Castidad.

Así lo comprendía el V. P. Fagundez, de quien puede asegurarse, dice su Biógrafo, que llegó á tener crucificada su carne con todos sus apetitos y concupiscencias. Para ello, llevado de aquel ódio santo, que enseña Jesucristo en el Evangelio, declaró sangrienta guerra á su cuerpo, y con tal rigor, que jamás admitió treguas. Ayunaba todos los dias que previene nuestra Santa Madre la Iglesia, y además los de la Regla y Constituciones: á saber, desde todos los Santos, hasta la Natividad del Señor; todos los Viernes y Sábados del año, y la Cuaresma llamada en la Orden de los *Beneditos*, que son los cuarenta dias que consagró Jesucristo, con

su santo ayuno en el desierto, que empiezan el día después de la fiesta de la Epifanía. Hubo tiempo, en que con licencia de su Director, ayunó cuatro años sin faltar un solo día, y casi podría decirse sin peligro de errar, que toda su vida fué un continuado ayuno, mientras su salud se lo permitió, siendo su costumbre para la parvedad, tomar por la mañana solo un bocado de pan duro, que guardaba de la colación anterior, y una tasa de agua caliente.

A tan rígida abstinencia, correspondía la escasez del sueño, y la incomodidad con que se entregaba á él. Dormía muy poco, porque pasaba las noches ó en el Coro, ó en la Iglesia, ó en los ángulos del Convento las noches de frío, ocupado en devotos ejercicios. Rara vez se recogía en su celda, para usar de su pobre y penitente lecho: lo comun era, apoyar la cabeza sobre la pared, ó sobre el antepecho del Coro hincado de rodillas, ó bien en el pavimento de la Celda, sobre un pedazo de estera vieja, y por almohada una calavera. Las disciplinas eran crueles, además de las que hacía con la Comunidad, practicaba dós todas las noches, tan fuertes y desapiadadas, que hacían correr la sangre de su inocente cuerpo, hasta manchar el suelo, ofreciéndose víctima por los pecados de los hombres, para aplacar la ira divina. A semejantes penalidades, añadía fieros y punzantes cilicios, á las espaldas, al pecho, á la cintura, en los muslos y en los brazos. Así lo daba á entender, su túnica interior empapada en sangre, cuando por necesidad tenía que despojarse de ella para asearla. Vive aun el Religioso, que le asistió en una gravísima enfermedad, decía su Biógrafo, y declara que al suministrarle cierta medicina, se asombró al ver su destrozada cintura, á cuyas persuaciones y expreso mandato de su Confesor, tuvo que quitárselo, hasta que restablecido obtuvo licencia de nuevo, para volver á sus mortificaciones. No es posible saber todo lo que hizo el V. Padre, para satisfacer los deseos de copiar en su cuerpo, como otro

Pablo, la imagen de Jesucristo, y éste crucificado.

Tal era el modelo, que siembre tenía á la vista para su imitacion, y por él se ofrecía en sacrificio á todas horas y á cada instante, creyéndose indigno de todo consuelo. Por su amor, no solo sufre con paciencia los trabajos, las tribulaciones, las enfermedades, los ultrajes y los desprecios, sino que suspira por ellos y los busca con ansias, para tener más que ofrecer á su Señor. Sus mismos condiscípulos y su Director publicaban, que se veían en él algunos rasgos de heroicidad en la virtud de la paciencia, que parecían tocar en lo sublime de la perfeccion. Su Biógrafo, consigna los siguientes: «Un discípulo de nuestro Venerable, el R. P. Fr. José Trujillo, hoy morador del pueblo de Bornos, refiere, que siendo Lector de Artes en el Convento de Ceuta, cantaba la Misa el día de Santa Catalina Virgen y Martir, segun la costumbre de nuestra Escuela, y sin saber cómo, le cayó un áscua de candela desprendida del incensario, por entre la hendidura de la punta de la alpargata, y el dedo grueso del pié. Nadie, dice, lo advirtió, por lo que el áscua permaneció allí, hasta que con las genuflexiones se le saltó ella misma. Resultó lo que era consiguiente, una gran quemadura en el dedo, que lo molestó largo tiempo, llegando á manifestar despues, que habia sentido el dolor, desde que empezó el Santo Sacrificio.

«Siendo Guardian del Colegio de San Pedro de Alcántara, se sintió aquejado de tan fuerte dolor de muelas, que le tenía casi sin sentido, por lo que hubo de conocersele, y fué mandado llamar el facultativo. Este lo reconoció, y vió que tenía una picada, y era indispensable extraerla. Al efecto, se dirigió equivocadamente á otra sana, creyendo que era la que debía sacar. Sufrió el paciente dos tientos de aquella robusta mano, que lo hizo levantar de la tierra, aunque

sin resultado alguno, hasta que al tercero salió la sana. Cual sería la sorpresa del facultativo, cuando conoció su yerro, viendo el hueso en su mano perfectamente bueno, y sin haber llegado á su longitud; pero mayor fué la admiracion de los circunstantes, que no oyeron de los lábios del Padre, el mas leve ¡ay!. Uno de ellos le dijo: «*Padre, este ha sido un martirio en pequeño;*» pero el Venerable no contestó una sola palabra, inclinó la cabeza y se retiró.

En las varias enfermedades que padeció durante su vida, las toleró todas con la mayor constancia y resignacion, manifestando en lo alegre y sereno de su semblante, el gozo con que las sufría. Por espacio de seis años experimentó los dolores de una fistula que lo molestaba de continuo, con tanto rigor, que no le permitía sociego alguno por su penosa situacion, ocasionándole á cada paso ó ligero movimiento, el mayor desconsuelo. Mas ¡oh paciencia extremada! ni en su aspecto, ni en sus palabras, ni en sus acciones, se conocía la mas leve señal de lo que le atormentaba aquella grave dolencia.

Otra agudísima enfermedad, padeció después de la exclausturacion por los años de 1837, en las Casas del Señor D. Ignacio Aguirre, que le tuvo postrado más de cincuenta dias. En ella se conformó de tal modo con la divina voluntad, que no se le oían otras expresiones más, que: «*¡Gracias á Dios!... ¡Bendito sea Dios, que así lo quiere y lo dispone!*

Tales palabras, pronunciadas con el mayor afecto y perfecta sumision, edificaron al numerosísimo concurso, que asistió á la administracion de los Santos Sacramentos. Cuando la ardiente calentura le abrasaba, ó los dolores más le affigían, no tenía otro consuelo que repetir sin cesar: «*¡Sea por el amor de Dios! ¡Vaya todo por Dios! ¡Señor, cúmplase en todo vuestra santísima voluntad!*»

No se mostró menos heróica su paciencia, en el sufrimiento de las injurias, que siempre toleró como verdadero discípulo de Jesucristo. Cuatro hombres mal intencionados le acometieron una noche en el sitio llamado: *Arquillo de San Andrés*, y despues de haberlo insultado y dicho hipócrita y embustero, le presentaron dos panes, amenazándole con la muerte, sino los consagraba. El pacientísimo Padre, con la mayor serenidad de ánimo y semblante risueño, les puso las manos sobre los hombros, y les dijo: «En verdad, hermanos míos, que me habeis conocido, soy un gran pecador digno de mil muertes; ¿pero que haceis aqui? Ea, marchad á cumplir cada cual con su obligacion; y este pan no se consagra, tontillos, sino se bendice.» Le echó en seguida la bendicion, les mandó le franqueasen el paso, lo que efectuaron sin resistencia alguna, y los dejó confundidos en su misma malicia.

En el Compás del Monasterio de S. Clemente, de esta misma Ciudad de Sevilla, se vió acometido de un hombre, que no teniendo que robarle, lo insultó con las palabras mas groseras y soeces; pero el Siervo de Dios, no desplegó sus lábios sino para decir: «Bendito sea Dios, hermano mio, el Señor nos bendiga, y nos dé su santísima gracia.» Y al punto se vió libre del agresor. Lo propio le aconteció con otro malvado, al pasar una noche por calle Cadenas, siguiéndole detrás, y colmándole de oprobios, á ver sin duda, como se conducía el Venerable con sus perseguidores. Mas el mismo llegó á asegurar algun tiempo después, que solo le oyó repetir muchas veces: ¡Dios mío, más... Dios mío, más...!

Tampoco faltó á su invicta paciencia, el mérito de padecer en su buen nombre y reputacion, segun se lee tambien en su Biografía con estas palabras: «Como su vida era ejemplar, como no conocía mas norte de sus operaciones, que el santo temor de Dios, en el mas fiel y exacto cumplimiento

de sus deberes religiosos, no faltaron por desgracia, siendo Prelado, algunos hermanos mal contentadizos, que lo delataron á la autoridad civil por desafecto al Gobierno, y poco celoso de la observancia de sus órdenes y decretos. Cuanto sufriría por esto su paciencia, se dejó ver en los suspiros que exhalaba, y en las lágrimas que vertía, no por sí, sino por sus queridos detractores. La serenidad y paz de ánimo con que se presentó en el tribunal, la sencillez con que respondió á los cargos que se le hacían, y su modestia sin afectación, impresionaron tanto al Juez, que el fallo recayó inmediatamente á favor suyo, y la reprensión en sus acusadores. Esta prueba de su inocencia, se hizo pública en el *Diario de Sevilla*, que salía á luz en esta Ciudad, por los años de 1822. Añade además, su ya citado Biógrafo, que «tambien tuvo su paciencia, mucho que ofrecer á Dios en las contradicciones de algunos Prelados, que por respeto y veneración, *concluye*, á los difuntos, remito al silencio.» Así vivía y obraba con su grande espíritu, sin quejarse jamás de tanto como padecía. Cuando llegaban á su noticia, algunas gravísimas culpas, que se cometían en el pueblo cristiano, al considerarse imposibilitado de repararlas, ejercitaba en alto grado la paciencia, y hacía humildes actos de conformidad y resignación en la voluntad de Dios, que por incomprensibles juicios de su sabiduría, las permitía sin castigarlas al punto, por designios que á nosotros, no nos es dado penetrar.

El tedio, la repugnancia, la aridez, las desolaciones, que experimentaba en sus ejercicios espirituales, fué una lucha que sostuvo toda la vida; pero fortalecido con el escudo de la paciencia, toleró estas y otras muchas pruebas, recurriendo con mayor fervor á la oración mental.

En ella es donde recibía del Señor muchos é inefables consuelos. Los suspiros que exhala, las lágrimas que vierte, los dulces deliquios y raptos amorosos que lo elevan, son efectos de su incesante oración. Impelido de la vehemencia del

amor divino, sale muchas veces de ella, convidando, á imitacion de su Seráfico Padre San Francisco de Asís, á las aves y á las bestias, para publicar las Misericordias del Señor. ¡Oh cuantos éxtasis maravillosos, lo arrebatan en espíritu, por desear unirse con su Dios, asociado á los Bienaventurados de la celestial Jerusalem! No satisfecho con las horas de la Comunidad, acostumbraba añadir otras dos más, todos los días, ó mejor dicho, oraba de continuo, en la Iglesia, en el Coro, en la Celda, en las calles, en los caminos, y siempre tenía su mente ocupada y absorta en Dios. La Oracion le infundía una firmísima fé, una sólida esperanza, y unos deseos vehementísimos de poseer al Sumo Bien, con una Caridad perfecta, en la Pátria de los escogidos.

Después de la Oracion, era verdaderamente admirable su devocion al Santísimo Sacramento, á la Bienaventurada Virgen María, al glorioso Patriarca Señor San José, á otros vários Santos, y á las Benditas Animas del Purgatorio. Una hora antes del alba, dejaba su brevísimo sueño, para entregarse á la Meditacion, y llegar al Altar con las debidas disposiciones. Poseido de los mas ardientes afectos, celebraba el Santo Sacrificio de la Misa con la mayor devocion, notándose que se encendía el color de su rostro desde que llegaba á consagrar el Divinísimo Sacramento, hasta que consumía, quedando absorto en la contemplacion de tan soberanos y profundos Misterios. Muchas veces se le veía como embriagado de amor y derramando abundantísimas lágrimas, al gustar las dulzuras del pan celestial, y la suavidad del vino que engendra vírgenes, lo que parecía manifestar con el movimiento de sus lábios, no solo en el altar, sino todo el tiempo que empleaba después, en dar gracias á Dios por tan incomparable beneficio.

El Augusto Sacramento de la Eucaristía, era siempre el

objeto principal de su mas fervorosa devocion. Si camina y fatigado se para á descansar algun rato, allí mismo se hince de rodillas y reza la Estacion mayor á Jesus Sacramentado. Si llega á los pueblos, pospone toda diligencia, y ansioso busca al Señor en el Sagrario, le adora profundamente, y pide su bendicion. De noche, antes de entregarse al sueño lo visita, y después de algun espacio de tiempo, como á la mitad de ella, baja á la Iglesia, y arrodillado hace la Corte al pacífico Salomon, en medio del silencio y la soledad, fijando su vista en el Tabernáculo, y permaneciendo allí algunas horas. De día lo visita en los Templos, donde se halla expuesto á la adoracion de los fieles, y señaladamente en los que se celebra el Jubileo Circular de las Cuarenta horas, como se vió diariamente en Sevilla. Y en el Claustro, en las calles, en los despoblados, la materia de su asídua meditacion eran las finezas de Jesús en el Sacramento de sus amores. Jamás se verificó pasar por la puerta de alguna Iglesia, donde suponía que hubiese Sagrario, y no hiciera genuflexion ó inclinación profunda, descubriéndose la cabeza; tan afectuosa y ferviente era su devocion, al adorable Sacramento de la Eucaristía.

Después de Jesucristo, ocupaba su atencion preferente la Santísima Virgen, con singularidad en el Misterio de su Concepcion Inmaculada, saludándola multitud de veces al día, con las expresiones de: AVE MARIA PURÍSIMA.—*Sin pecado concebida.* Así lo hacía al entrar en el Convento, en las celdas, en las casas y habitaciones particulares, y aún en la calle cuando se detenía á hablar con alguna persona. En otras ocasiones desahogaba los afectos de su corazon hácia la Señora, con frecuentes, tiernas y encendidas jaculatorias, llamándola *¡Dulce madre mia!* Pero sobre todo, cuando á sus solas, y pocas veces acompañado, rezaba el Santo Rosario, ó la Corona que acostumbra la Orden Seráfica, al llegar al: *Dios te Salve María,* y pronunciar: *llena eres de gracia,* se inflamaba su ros-

tro, y quedaba como enagenado y fuera de sí. Los ayunos indispensables de todos los Sábados, los ejercicios de piedad y mortificación con que se preparaba á celebrar sus festividades, el esmero con que procuraba su culto, aquella veneracion á sus sagradas Imágenes, en cualquier parte que las veía, arrodillándose delante de ellas y saludándolas con especial ternura, aquella incansable solicitud en granjearle devotos, todo prueba hasta la evidencia, su constante, fervorosa y acendrada devocion á la Madre de Dios.

Esta era particularísima con la Efigie de la Señora, en el Misterio de su Inmaculada Concepcion, y con el agraciado título del: ALMA MIA, que aún se venera en el Altar Mayor de la Iglesia de San Antonio Abad, que perteneció á la Comunidad de San Diego, y era muy celebrada por su historia, en los cultos religiosos de esta Ciudad. (1)

«Se sabe, dice su Biógrafo, que en las muchas ocasiones de grande apuro y amargura para su espíritu, lloraba y clamaba ante su Madre amabilísima del ALMA MIA, y luego salía consolado diciendo: *Bendita sea la Purísima Concepcion de la Madre de Dios*; como dando á entender, que la Santísima Señora, le había de algun modo manifestado, que su peticion había sido oida por su Hijo, y sería favorablemente despachada. Yó no temo, ni formo el menor escrúpulo en consignar, que tratándolo como á hijo de su especial adopcion, la que es Templo y Sagrario de la Beatísima Trinidad, recibiría el P. Fagundez por su mediacion todos los bienes, todas las gracias, que junto con la devocion, le fueron comunicados como veremos después, por el Soberano Espíritu.»

Al Patriarca Señor San José, dirigía luego sus oraciones y súplicas, como Esposo afortunado de María, en todas sus tri-

(1) Puede verse en la Publicacion: SEVILLA MARIANA, hácia el fin del Tomo I. Año de 1881.

bulaciones y necesidades: y este Santo y bendito Patriarca lo consolaba y favorecía extraordinariamente. A San José remitía cuantos aflijidos le buscaban ó consultaban en el Confesionario ó fuera de él: *id á José*, les decía, y casi todos salían remediados. Muchos y repetidos prodigios podrian referirse aquí, obrados por la intercesion del Santo Patriarca, en favor de los afectos al Padre Fagundez, á consecuencia de su invocacion. Un caballero bien conocido en esta Ciudad, refirió á su Biógrafo lo siguiente, que estaba pronto á declarar bajo todas las formalidades del Derecho. «Por los años de 1833 regresé de Jaen, donde estuve empleado algun tiempo, y al siguiente día me presenté al Padre Fagundez, que era mi paño de lágrimas en todos mis apuros y desgracias, manifestándole entre otras cosas, que me veía aflijidísimo con una antigua fistola; y despues de diferentes consuelos, me dijo un día á principios del mes de Marzo: *Vaya, vaya, que para el día del Patriarca, con el favor de Dios, estarás bueno*. Y efectivamente, aquel mismo día desapareció el mal sin haberme aplicado remedio alguno, y sin haber tenido despues acá el mas ligero resultado. Por lo que creo que á dicho Padre, y á la intercesion de S. José debo mi salud, como tambien el haberme librado milagrosamente en otras apuradísimas ocasiones.»

«Una señora de esta Ciudad de Sevilla, hallándose próxima á dar á luz, y conociendo el gran peligro en que se hallaba, por haberlo dado á conocer el facultativo que la asistía, entre otras causas por una hinchazon general de todo el cuerpo, que le impedía la respiracion, imploró ver á nuestro Venerable. Este se le presentó en la tarde del día 20 de Junio de 1848, y despues de haberle dicho un Evangelio, le ordenó que durante nueve días, rezara con mucha devocion al Patriarca Señor San. José, y reconocería el favor del Cielo. Así lo hizo, y antes de cumplir el término prefijado, desapareció la hinchazon. y felizmente dió á luz el día

2 de Julio una robusta niña, lo que sabido por el facultativo que la asistía, dijo en presencia de muchas personas que la rodeaban: *«Solo á un milagro debe usted su vida, y la de su recién nacida, pues segun el órden natural, ambas debieron morir.»*

«Lloraba una Esposa desconsolada, la próxima muerte de su marido, que desahuciado de los mejores médicos, esperaba perderle por momentos, y después le sobrevendría la ruina de su casa. Acudió aflijida á su consolador, como en otras ocasiones lo había hecho, y el Padre la recibió con el mismo agrado y caridad que siempre, mandándole que fuese á su casa, reuniese la familia, y empezase un Nove-nario al Patriarca Señor S. José, segura de que hallaría consuelo. Así lo hizo, y desde aquel mismo día se notó algun alivio en el enfermo, al siguiente se le desterró la calentura, y adelantando la mejoría, al sexto tuvo el consuelo anunciado por el Siervo de Dios, pues se encontró fuera de peligro, levantado y convaliente.

Sería interminable, referir todos y cada uno de los hechos verdaderamente prodigiosos, que á la invocacion del Santo Patriarca, recomendada por el Venerable Padre, se vieron en sus días á favor de los aflijidos, pero bastan los consignados, para demostrar la confianza que tenía en su intercesion para con Dios, y los beneficios dispensados á sus ruegos, como consecuencia de su tierna y afectuosa devocion. Esta era tambien muy especial á los Santos Apóstoles, al Señor S. Joaquin y Sra. Sta. Ana, á su Seráfico Padre S. Francisco de Asís, á S. Antonio de Padua, de quien tantos favores recibió, á San Juan Nepomuceno, Protector en todas sus Misiones, y á otros varios Santos que sería difícil enumerar. Singularísima podemos decir que era la que profesaba, á las Benditas Animas del Purgatorio. Esta fué sin duda una

de sus mayores devociones, pues cuando se levantaba á la media noche y bajaba á la Iglesia, acostumbraba alzar las losas de las bóvedas, con gran facilidad, y penetraba en ellas, ocupando largas horas en ferviente oracion, en sangrientas disciplinas y otras obras penales, que ofrecía por el eterno descanso de las Almas. «Muy bien podemos creer, dice su Biógrafo, y no sin fundamento, que su Caridad hacía las Animas del Purgatorio le hizo sufrir mucho, y tomar sobre sí más de una vez, el satisfacer por algunas en particular, supliendo por sí mismo, lo que ellas habían dejado de hacer antes de partir de esta vida. De aquí aquellas penitencias tan rigurosas; y tambien el rogar encarecidamente á cuantos lo visitaban el día antes de morir, que se compadeciesen de él, y lo sacasen del Purgatorio.»

Tal era el espíritu de devocion que animaba á este perfecto Religioso, en sus varias manifestaciones, pues solo su aspecto exterior la infundía en los fieles, y los excitaba al desprecio del mundo, á la compuncion de los pecados, y á levantar el corazon al deseo de los bienes celestiales. Su ánimo devoto y su mente ocupada siempre en Dios, era lo que dirigía todas sus acciones exteriores, particularmente aquellas que se referían al culto divino: porque sabía, que el principal acto de la Religion es la devocion, y la que la fomenta y sostiene, como igualmente á todas las demás virtudes. Con esta devocion siempre se dejó ver el Padre Fagundez, edificando á todos, en los actos de Comunidad, asistiendo al Oficio divino, con el mismo respeto que asisten los Angeles en el Cielo ante el Trono del Señor, humilde y agradable en el semblante, modestos sus ojos, puestas sus manos sobre el pecho cruzadas, ó dentro de las mangas, siempre en pié y sin apoyo alguno, segun la costumbre de la Provincia de S. Diego, en una palabra, era modelo de la mas verdadera y sólida devocion. En tan santas y loables obras para con su Dios, como en el alivio y consuelo de

cuantos le buscaban, pasó sus días y consumió la noches, el P. Fagundez en su Convento de S. Diego, hasta la época tristísima de la exclaustracion general de los Religiosos. ¡Que golpe tan sensible fué este para su corazon! Así lo acreditan sus sentidas quejas. ¡Que delito hemos cometido, exclamaba una y muchas veces, que daño hemos hecho, para que así nos arrojen de nuestras casas! ¡Ay de mí, dulcísimo Jesus, Padre amoroso de mi alma! ¿Qué haré yo sin la celda, que era para mí mi Cielo? ¿Qué haré ya sin mi Coro, donde conversaba con mi Dios, y le cantaba las divinas alabanzas? ¿Qué haré, adonde iré sin oír ya la voz de mi Prelado, que me guiaba, y me conducía seguro y custodiaba? Así gemía y lamentaba su afijido corazon, la separacion del claustro, nido oculto donde reposaba su alma, y se deshacía en dulces y tiernos coloquios con su Dios. Mas despues de todo, conforme con la voluntad divina, adora en silencio sus profundos designios, y busca los medios de tranquilizar su espíritu, y caminar por la senda de las virtudes á la perfeccion.

Su primer propósito fué luego. el de continuar guardando fielmente los Votos religiosos, y al efecto, se entrega del todo sin reserva alguna, y se sacrifica en manos de su Director. El autor de su Biografía, refiere como practicaba la Obediencia, con estos términos. «Este dirá: Yó llegué al P. Fagundez para que fuera á mi Casa, á decir un Evangelio á mi Esposa enferma, y me contestó: *iré al instante; pero que me lo mande mi Confesor.* Aquel publicará: Yó busqué al Padre Fagundez, para que consolara, confesara y auxiliara á un hijo, acometido de una fiebre maligna, y al punto me dijo: *iré; pero que me lo mande mi Director.* Yó, dirá otro, imploré la mediacion del P. Fagundez, para que aconsejara á mi Esposa, reconciliara á mis hijos é introdujera la paz en mi casa, y sin vacilar un momento me respondió: *pronto estoy; pero que me señale día y hora mi Confesor.*» Tal ha sido la conducta de este Varon Santo en el siglo, llegan-

do á tal extremo su Obediencia, que cuando la necesidad apremiaba, y no tenía fácil recurso á su Director, se humillaba ante cualquier Sacerdote, suplicándole le diese licencia para ir á ejercitar aquel acto de su Sagrado Ministerio.

Respecto á su pobreza, jamás tocó moneda alguna con sus manos, y si rogaba á algunas personas socorriesen á necesitados en determinadas ocasiones, les encargaba fuesen ellas mismas á cumplir aquella obra de Caridad. Sabido es, que por disposicion de su Director, habitó en las Casas del Sr. D. Ignacio Aguirre, y luego después en las del Sr. D. Lorenzo Garcia Molviedro y Rubio, Caballeros muy conocidos por su piedad; no obstante las gestiones de la Excm. Sra. Marquesa Viuda de Medinaceli y Santisteban, D.^a María de la Concepcion Ponce de Leon, su particular afecta y bienhechora. Sus hábitos fueron siempre pobrísimos, y su razon estuvo siempre desprendido en el más alto grado, de los bienes caducos y percederos de la tierra, viviendo como peregrino en este mundo, y deseando llegar al término de su jornada.

Como ya no podía dedicarse al Ministerio de la predicacion, por sus habituales achaques, se entregaba por largas horas al Confesonario. Muchas fueron las almas, que tomó á su cargo, de todas las clases, estados y gerarquías. A todas las confesaba, á todas atendía con esmero, de todas cuidaba con la mayor solicitud segun en la situacion en que se hallaban, ó el adelantamiento en la práctica de las virtudes, que en ellas advertía. Este magisterio espiritual, lo hacía tanto más recomendable, cuantos eran los casos extraordinarios que se le presentaban, y lo acreditaban de Director consumado de las almas. Un Sacerdote regular, dice su Biógrafo, asegura que varias veces vió el rostro del Venerable Padre, tan encendido y bañado de resplandores y luces, que

sorprendido, no pudo mirarlo segunda vez. Otro Religioso lego, á quien tenía ordenada la Comunión diaria, aseguró con juramento, que rehusándolo en ciertas festividades, por que se creía indigno de tanta dicha, oyó más de una vez en su mismo aposento, la voz clara é imperiosa del Padre que le decía: *Jesucristo fué obediente hasta la muerte, y muerte afrentosa de Cruz; imite hermano á su Divino Maestro, obedezca sin reparo, y camine pronto á recibir la Sagrada Eucaristía.»*

No debemos extrañar estos sucesos, *cuando tantos ejemplares de la misma especie*, leemos de continuo en las vidas de otros Siervos de Dios, y su verdad nos hace mas creible, cuanto se ha dicho y resta que decir del V. P. Fagundez, pues la mano poderosa del Señor no se ha abreviado aún, para hacerse admirable en sus Santos, y este humilde Siervo suyo, fué favorecido como aquellos al parecer, con los dones extraordinarios de Profecía, Milagros, y otras gracias sobrenaturales enteramente gratuitas, que Dios comunica generalmente á los escogidos para su mayor gloria, segun los designios de su profunda é incomprensible Sabiduría.

Antes de tratar de una materia tan delicada, como son aquellos carismas, con que plugo á Dios enriquecer su bendita alma, preciso es tener en consideracion las protestas que hace su Biógrafo, á quien seguimos principalmente sobre este particular, como fuente la mas autorizada, para no faltar en lo mas leve á las prescripciones de la Iglesia. En varias ocasiones escribía: «Obedeciendo á los sábios decretos de nuestro Santísimo Padre Urbano VIII de feliz recordacion, renovados por el Señor Benedicto XIV de grata memoria, protesto que en cuanto diga de las virtudes, dones y gracias sobrenaturales, de nuestro difunto Padre, como tambien llamarle Varon Santo, Venerable y Siervo de Dios, no es mi ánimo prevenir el juicio de la Santa Madre Iglesia, ó de la

Sede Apostólica, á cuya doctrina y determinaciones me sujeto gustosamente. Tampoco exijo de vosotros más crédito á cuanto haya de decir, que el correspondiente á una fé humana, y el que para estos casos nos inspira la piedad religiosa, que abomina la nimia incredulidad en materias tan importantes. Aseguro, pues, una y muchas veces, que solo trataré de aquello que se halle suficientemente probado con la formal deposicion de testigos fidedignos.»

Sentados estos principios, no se podrá menos de consignar, que al V. P. Fagundez le concedió el Señor al parecer, el Don de Profecía, porque anunció cosas futuras, que naturalmente no podían conocerse con una certeza infalible. ¿A cuántos enfermos, que se hallaban en gravísimo peligro, les aseguraba al visitarlos, que no morirían entonces, y se cumplían sus vaticinios? Hé aquí algunos hechos que prueban segun nuestra humilde opinion, esta verdad.

El dia once de Enero de 1816, se hallaban dos hijos menores de D. Mauricio Cantabrana, llamados D. Trinidad y D.^a Isabel, jugando en la cocina de su casa, con un frasco lleno de pólvora. El inocente niño Trinidad, introdujo en él un áscua de candela, resultando lo que era natural, la mas horrorosa esplosion, que ocasionó el desplomarse la campana de la chimenea, volando las hornillas y gran parte del pavimento del fogon. A tan ruidoso estruendo, acudieron sus padres, y muchas personas de la vecindad, que presenciaron la catástrofe. Vieron que el niño Trinidad se había salvado saltando por encima del pozo, que estaba contiguo á las hornillas; pero no así Isabel, que la hallaron accidentada, tendida en el suelo, abrasadas las manos, la cara y el pecho, cubierta de escombros, y con un aspecto verdaderamente desconsolador. La estrajeron con sumo cuidado de aquel lugar, y la llevaron á la cama casi exánime, hasta que á beneficio de sangrías y otros medicamentos, se logró que volviera en sí, aunque dando tan tristes alaridos,

que movía á compasion á cuantos la rodeaban. Su rostro llegó á desfigurarse hasta el punto de parecer un mónstruo. Los facultativos dudaban de su curacion, y pronosticaron que si llegara á conseguirse, sería muy largo su padecimiento, y siempre quedaría con muchas imperfecciones.

El Venerable Padre, que estimaba mucho á esta piadosa familia, y acudió á visitarla inmediatamente, se encontró allí cuando se le hizo la primera curacion, y después de terminada, le dijo un Evangelio y la consoló, asegurándole que no temiera, que sanaría pronto, y quedaria mas hermosa que antes. Después se dirigió á sus Padres y les dijo: «Tambien soy yó médico, y voy á poner mi plan curativo á la enferma: *«Ustedes con sus amigos, visitarán desde hoy por tres dias consecutivos, al Señor de los Desamparados. En seguida se hará un Quinario á San Juan Nepomuceno, y luego un Setenario al Patriarca Sr. S. José.»* ¡Cosa rara y prodigiosa! Concluidos los tres dias de la visita al Señor, desapareció la calentura; al primer dia del Quinario, observó el facultativo, que ni aún indicios de supuracion tenian las llagas; el segundo día de Setenario al Santo Patriarca, se hallaba vestida, y el tercero y cuarto, libre de vendajes y de todo dolor. Luego continuó el alivio con tanta rapidéz, que el dia dos de Febrero, festividad de la Purificacion de la Santísima Virgen, fué conducida por sus Padres y amigos á la Iglesia de San Pedro de Alcántara, para dar gracias al Todopoderoso, cicatrizadas todas las heridas, y su rostro como lo había anunciado nuestro Venerable, más terso, blanco y hermoso que antes de quemarse. Lo aseguran y ratifican con entusiasmo, todos cuantos conocieron á dicha jóven Doña Isabel, hasta la edad de diez y siete años, cinco meses y seis dias en que terminó su vida mortal.

«Hallábase gravemente enferma de la vista, la Señora D.^a Josefa Ibarra y Fernandez, esposa de D. Agustin Carro- gio y Lagares, por los años de 1818, siendo tan alarmante

su situacion, que se temía con fundamento, sino la pérdida de ambos ojos, á lo menos la de uno, que excesivamente inflamado, le amenazaba saltar de su órbita, entre los mas agudos dolores. Ya los médicos habian reconocido y manifestado la insuficiencia de los recursos del arte, y aseguraron, que aquel lo perdería sin remedio. Afligida la enferma con tan acerbo padecer, y sabedora del pronóstico de los facultativos, recordó de pronto, lo que se decía públicamente, sobre la santidad de la vida, y eficacia de las oraciones del Venerable P. Fagundez. Llamó entonces á su esposo Don Agustin, y le suplicó con lágrimas, fuese al Convento de San Pedro de Alcántara, viera al referido Padre, le hiciese relacion del triste estado en que se hallaba, y que se interesase con Dios en su favor. Al punto fué á hacerlo, llevando consigo á un hijo de doce años llamado José María, que habiendo abrazado después el instituto Capuchino, tomó el nombre de Fr. Felix José Carrogio de Sevilla, el mismo que hoy es Párroco propio de la Iglesia de San Vicente en esta ciudad. Llegaron al Convento, y preguntaron al Portero por el Padre, el cual le contestó, que si no estaba en la celda, lo hallarían en el Coro. Allí lo encontraron en efecto, hincado de rodillas detrás del facistól, con los brazos abiertos, que dejó caer tan luego como los vió, para llamar afectuosamente con la mano á D. Agustin. ¿Qué traes? le preguntó: y haciéndole aquél una sentida relacion de la deplorable situacion de su esposa, le dijo con un semblante que respiraba todo alegría: *«Toma este cordon de San Antonio: que con una fé viva se lo ponga á la cintura; que dé principio esta noche, con toda la familia, á un Setenario á María Santísima de los Dolores, y que no tenga cuidado.»*

Sumamente consolado D. Agustin, y vuelto á su casa, refirió á la enferma cuanto había pasado, y llena de fé se puso el cordon de San Antonio, empezando aquella misma noche el Setenario de Dolores; mas no había pasado una hora, después de haber practicado esta devocion, cuando llamando la paciente á grandes voces á su esposo, le dice estas palabras:

«Agustin, mira lo que acaba de sucederme, yo sentía un dolor insoportable, creía que el ojo se me saltaba; pero de pronto resolviéndose el mucho humor que lo cubría, y cayendo en abundancia, me ha empapado el vestido. Con este veo yá, aunque opaca, la luz, que está alumbrando á la Imágen de los Dolores; este es un prodigio sin duda, obrado por Dios, debido á las oraciones del Padre Fagundez. El Setenario continuó, pero acabarse este, y desaparecer cuanto Doña Josefa padecía, fué todo á la vez, aumentándose por esta causa, la estimacion que toda aquella familia tenía al Venerable, y muy particularmente la agraciada, que publicó toda su vida esta maravilla, como un gran beneficio, recibido del Señor y su Santísima Madre, por los ruegos del Venerable Padre Fagundez.

«Otra Señora de esta Ciudad, llamada Doña María de las Mercedes Caballero, que vivía calle de Levies número 13, en la feligresía de San Bartolomé, afirma y dice bajo juramento, lo siguiente: «El día 12 de Octubre de 1845, enfermó de muerte, á juicio de uno de los mejores facultativos de esta capital, mi hijo Rafael, siendo entonces de diez años. Administrado, recibida la extrema-uncion, y ya casi agonizando, busqué al V. P. Fagundez, y le supliqué por amor de Dios, que pasase á mi casa á consolar á mi hijo, que se hallaba en muchísima gravedad. El caritativo Padre se presentó á la hora que señalamos, entró en la habitacion del enfermo, y hecha una ligera Oracion de rodillas á la cabecera de la cama, se puso de pié, lo llamó por su nombre, y como se hallase sumergido en un letargo mortal, y no contestara ni á la segunda vez, repitió la tercera con voz imperiosa, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y extendiendo su brazo y formando una Cruz sobre su cuello le dijo: «*Rafael, levántate, ¿me conoces?*» Y contestando el enfermo, le añadió: «A tu derecha tienes al Santo Angel de tu guarda, que por cierto es muy hermoso; y á tu iz-

quierda el Santo de tu nombre. Nuestra Señora de la Salud, cuya sagrada Imagen está en ese cuadro que tienes á la cabecera, me inspira te diga, que tu salvacion es segura, si te encomiendas á Dios, y que por ahora no morirás.» Acto continuo se despidió, asegurando á los circunstantes, que entonces no moriría, aunque sería larga y muy penosa su convalecencia. Así sucedió, dos meses duró aquella, y aunque el facultativo asistente, no desistía de su pronóstico de muerte, al fin se verificó el anuncio del Padre, pues vivió y la convalecencia fué dilatada y molesta.

«Otra Madre desconsolada, lloraba la ausencia de un hijo, del que por espacio de seis meses, no sabía su paradero. Obligada por unos conocidos, afectos al V. Padre, acudió á él llena fé, y después de haberle manifestado su pena, la consoló y animó diciéndole: «Vete á tu casa sin ningun cuidado, manda á decir una Misa á nuestra Señora del Cármen, y el Viernes próximo tendrás carta de tu hijo.» Así se verificó en el mismo dia señalado, recibiendo la carta de su hijo, y lo que es mas admirable, en ella le encargaba que hiciese decir una Misa á la Virgen del Cármen.

Con su luz profética, segun parece, preservó igualmente el Padre Fagundez á algunos de sus afectos, de muchas tribulaciones y grandes trabajos, como lo manifiesta el siguiente suceso: «Un devoto le consultó sobre cierto viaje, que tenía que hacer á América con algunos intereses, para el cual tenía pactado el día, y aun dada la señal del fete para su navegacion; pero el Siervo de Dios le dijo: «*Que lo dejara para mas adelante, que por ahora no convenia.*» Consentido en su marcha, y apurado hasta lo sumo, notició á su esposa lo que pasaba, y esta le persuadía á que lo hiciese, sin dar nuevo aviso al Venerable Padre, que era su Confesor. Esto no era posible, porque lo respetaba mucho, y lo oía siempre como á un oráculo. Acudió á él segunda vez, instándole sobre el particular, y el Padre volvió á repetirle: «*No es vo-*

luntad de Dios, sigue por ahora con tu familia, que ya lo harás á su debido tiempo.» Desistió gustosísimo de tal empresa no sin alguna incomodidad de su esposa, como ella misma confesó después; pero, cosa rara, á los treinta y seis días de navegacion, el buque que había de conducirlo, se tuvo noticia que había corrido una furiosa borrasca, y naufragó la mayor parte de su cargamento, un pasajero, y dos de la tripulacion.

«Una Señora bastante conocida y afecta al Padre, lloraba sin consuelo la separacion de un hijo único, que había sido afiliado por su suerte, á unas Quintas rigorosas, y absolutamente podía librarlo de ellas. Afligida, recurrió como en todos sus apuros lo hacía, á su Padre Fagundez. Este la consoló y le dijo: *«Que no temiera, que su hijo no se apartaría de su lado.»* Descansaba tranquila esta pobre mujer, en la promesa del Padre. Mas, ¿cuánta no fué su sorpresa, cuando llegó á saber que el número anterior á su hijo, se libraba por excepcion, y seguía inmediatamente el suyo? Toda trémula y como fuera de sí, vuelve otra vez al Padre, y le dice anegada en lágrimas: *Ya es soldado mi hijo.*—No LO SERÁ POR CIERTO,—le contestó el Venerable, y después de muchos reconocimientos, los facultativos declararon útil al número anterior, y quedó libre el hijo, como el Siervo de Dios se lo había anunciado desde el principio.

Solo el Señor penetra los interiores del hombre, y sus más recónditos pensamientos, sin que ningun mortal pueda conocerlos y manifeslarlos, si el mismo Dios no se lo revela. Parece, segun lo acreditan los hechos, que el V. P. Fagundez, fué tambien enriquecido con esta luz profética, cuando sabemos por sugetos fidedignos, que en distintas ocasiones, conoció lo que pasaba en el interior de ellos, por hablarle de cosas, que á nadie habían manifestado. No fué una vez,

ni á una persona sola, á quienes llegó amoroso y caritativo, y poniéndole la mano sobre el hombro, les advertía de pecados que habían cometido, y solo Dios lo sabía. «Lo aseguro, dice aquí su Biógrafo, y lo digo con toda la verdad que me caracteriza, que su comunicacion y trato, con especialidad los dos años, que fué mi Lector en el Colegio de San Pedro de Alcántara, me hacía vivir con sumo cuidado; y aunque por la Misericordia de Dios, nunca me dió en rostro con alguna falta oculta, no pueden decir otro tanto todos mis concolegas.»

«De algun modo al parecer, comprueba lo dicho, el siguiente documento, que me ha remitido un sugeto de suposicion y verdad, firmado y jurado en debida forma, que dice así: «Declaro que en esta propia ciudad, siendo jefe de una numerosa familia, falto de recursos para subvenir á lo meramente necesario para pasar la vida, agoviado de un sin número de percances fatales, y apurados á mi entender todos los medios de alivio, intenté el abominable *suicidio*. Una mañana, hallándome de visita en casa de cierto amigo, que acababa de experimentar una gran catástrofe, entró un Sacerdote á quien nunca había visto. Principió á exhortar á aquella affigida familia, refiriendo algunas anécdotas, á las que yó, poca ó ninguna atencion prestaba, pues únicamente me ocupaba en mi depravado designio.

«Súbitamente, y sin saber por qué, llamó mi atencion el referido Padre, que desde luego supuse sería el Padre Fagundez, por los muchos prodigios y maravillas, que de continuo oía del tal Religioso. Se expresaba en términos análogos, á la triste situacion en que mi mente me colocara, dirigiéndome algunas miradas significativas, como queriéndome demostrar, que solo hablaba conmigo. Acto continuo se despidió, y al besarle su venerable mano, con ella apretó fuertemente la mía, clavó su penetrante vista en mi rostro, que fué clavarla en mi corazon, y de la manera mas enér-

gica y repentina, en un instante me hizo cambiar de ideas, me inspiró un gran consuelo, y me llenó de esperanzas. Estas muy luego fueron realizadas, porque una noche y á deshora, se me presentó un sugeto, proporcionándome cierta colocacion de doce mil reales, la que obtuve por diez y ocho meses, porque no quise disfrutarla mas tiempo. En seguida indicó á mi esposa, jugara aunque poco á la lotería. Jugó en efecto, y sacó incontinentemente un premio de quinientos reales, y seguidamente otro de treinta y seis mil; no cesando de obtenerlos aún en la actualidad.

«Lo relacionado por ser virídico, lo firmo y juro en Sevilla etc. etc. Tendría un placer, *continua*, en poner al público mi nombre y apellido, si no temiera dar un tal fatal ejemplo al pueblo cristiano, y á mis muchos y mayores hijos.»

Lo dicho basta para que admiremos al V. P. Fagundez, adornado al parecer, de la gracia de la *Profecía*, mas recomendable, en cierto modo, que el *Don de lenguas*, como enseña el Apostol. Y supuesta la verdad de la práctica de las virtudes, es un argumento de su fama de Santidad, segun el Sr. Benedicto XIV y otros escritores eclesiásticos. Asimismo lo indica, de la asistencia del Espíritu Santo en su alma, por cuya virtud penetraba, segun lo parece, los corazones de los hombres, anunciaba los sucesos futuros, y obraba portentos y maravillas.

Con la luz sobrenatural de la profecía, nos manifiesta Dios por medio de sus Siervos, lo que naturalmente no puede conocerse; y por la gracia de los milagros, les dá poder para hacer ciertas obras, que superan las facultades de la naturaleza. Tal gracia parece tambien, se la concedió el Señor al V. P. Fagundez, segun lo demuestran los varios casos que se van á referir, conforme los escribe su ya citado *Biógrafo*, que se funda en el testimonio de personas autorizadas, y por lo tanto dignas de fé, sobre esta materia tan delicada, repi-

tiendo siempre las protestas anteriores. Bastaría, dice, para muchos afectos al V. Padre, dejar consignado en general, que dió inesperada salud á varios enfermos, recitando sobre ellos el Santo Evangelio, haciendo la señal de la Cruz, ú orando para que se viesen libres de sus males; más para mayor gloria de Dios y de su Siervo, se recordarán algunos hechos prodigiosos, que revelan el heroísmo de sus virtudes, y los Dones extraordinarios con que lo enriqueció el Señor, al parecer, para bien espiritual y temporal de sus prójimos.

«Un montañés vecino del arrabal de Triana, se hallaba gravemente enfermo, en estado de completa demencia, con excesos y arrebatos de furor, hacía ya más de diez meses. Compadecido sus hijos, como era natural, y oyendo con frecuencia hablar de los prodigios que obraba el P. Fagundez, lo condujeron un día á fuerza de engaños, á la Sacristía del Convento de San Diego, para que le dijera el Padre un Evangelio. Estaba el Siervo de Dios celebrando el Santo Sacrificio de la Misa, y concluido le presentaron al demente para el expresado objeto. El Padre le mandó se hincara de rodillas, y no siendo posible, ni á sus ruegos ni por fuerza, mandó suspender toda violencia, fija sus ojos en el paciente, levanta sus brazos en forma de Cruz, y con voz imperiosa y aterradora le dijo: «NATURALEZA HUMANA, RÍNDETE Á LA OMNIPOTENCIA DIVINA.» En aquel acto se arrodilló el enfermo, inclinó su cabeza, le recitó el Padre el Santo Evangelio, y concluido se levantó perfectamente bueno, llegando á tanto la caridad y celo del Venerable, que cuidó en seguida de nombrarle confesor para el siguiente día, que lo fué por cinco ó seis años, que sobrevivió en el mas completo estado de salud, el mismo Sacerdote que depone este hecho, como testigo ocular, el R. Padre Fr. Feliciano Lopez, Capellan entonces de la Iglesia llamada de San Diego, que es la de San Antonio Abad.

El R. P. Fray Juan Alcaide, Lector de Sagrada Teología, hijo de esta Provincia de San Diego, Examinador Sirenodal del Arzobispado, residente en esta ciudad, refiere lo que sigue al pié de la letra: «Mucho tengo oído de nuestro Venerable P. Fagundez, acerca de la gracia especial de curaciones, con que parece honró Dios á este su Siervo, en cuya virtud voy á referir un caso de que yó mismo fui testigo: y dos que oí á personas dignas de todo crédito y fé. Cuando acompañaba á dicho Padre á Sanlúcar de Barrameda, con motivo de su última enfermedad, pasábamos una tarde por la calle de San Francisco, y en la puerta de una casa, estaba un jóven, que más que criatura viviente, parecía un esqueleto animado. Sin conocerlo, y movido á compasion le dije: ¿Qué padece V. hermano? y me contestó:

—Unas calenturas, hace más de un año, sin haber medicina, que pueda cortármelas.

«La misma caridad, me movió á decir á nuestro Padre Fagundez: diga V. un Evangelio á este pobre, á ver si es voluntad de Dios ponerle bueno.

«Se lo dijo, y á los diez ó doce días, volvimos á pasar por la misma casa, y estaba tambien á su puerta el mismo jóven, como quien nos aguardaba, para dar reconocido las debidas gracias; pero tan mudado, que fué necesario fijar bien la atencion en él para conocerlo. Entonces me aproximé, y le dije: ¿Y las calenturas? Al punto me contestó:—«Desde que ese Padre me dijo el Evangelio, se desterraron, y estoy ya bueno.»

«Al Patron Guillen, continua el mismo P. Alcaide, vecino de la referida Ciudad de Barrameda, le oí otro caso sucedido á el propio, en una gravísima y peligrosa enfermedad, que padeció por mucho tiempo en la cabeza, y especialmente en los ojos, que por ser en un todo conforme al prodigio anterior, omito referir sus circunstancias.

«Regresábamos, prosigue el mencionado P. Alcaide, por los

años de 1843 ó el siguiente, de la Hacienda de D.^a María Josefa Azcona, viuda de D. Ignacio Aguirre, y parando un poco, en el sitio llamado *Torreblanca*, situado á una legua de esta Ciudad de Sevilla, vimos á una mujer, que arrojándose á los piés del Venerable y besándole su mano, decía en altas voces: «Este es el Padre, que me quitó las calenturas, que tantos años padecía, sin haber remedio para ellas, me dijo un Evangelio, y se me cortaron hasta el día.» Le preguntamos dicha Señora y yó, que en qué tiempo sucedió lo que refería, y sacamos por cálculo, que fué cuando el Venerable Padre era Prelado en el Colegio de San Pedro de Alcántara, que ya habían trascurrido como unos veinte y dos años

«Un caballero hacendado de esta Ciudad de Sevilla, hospedaba en su casa á otro personaje de ilustre familia, á quien acometió una agudísima enfermedad, que en breve tiempo, le puso á las puertas de la muerte. Los facultativos previendo el inminente peligro en que se hallaba el enfermo, noticiaron al dueño de la casa, que se hacía indispensable se preparara á recibir los Santos Sacramentos. Al efecto llamó á un respetable Sacerdote, el que acudió á la casa y presentándose delante del enfermo, prorrumpió este en palabras injuriosas contra el Ministro del Señor; y lo que es más doloroso, en horrendas blasfemias, sin admitir reflexiones ni consejos. Esta inesperada novedad, consternó á todos los circunstantes; pero el piadoso dueño de la casa, no desistió de llamar á otros ejemplares Eclesiásticos, con el fin de ganar á todo trance, á aquel infeliz y miserable pecador. Mas todo fué en vano, la propia escena se repetía cuantas veces se intentaba que hiciese su Confesion. Afligidísimo el virtuoso caballero, al ver la perdicion eterna, que amenazaba á aquella pobre alma, ya por su obtinada incredulidad y lenguaje blasfemo, ya por los esfuerzos que hacian sus impíos amigos, que lo visitaban con frecuencia, y

lo sostenían en sus propósitos, de que no recibiese auxilio alguno de la Religión católica, para que exhalase con valor su último suspiro, si llegaba la hora de la muerte, y despreciase con intrepidez las supersticiones populares.

En medio de tanta angustia y dolor, acude el dueño de la casa, al V. P. Fagundez, como único recurso para librar aquel alma del abismo tenebroso de su eterna condenacion, le manifiesta su estado, y le suplica vaya á socorrer tan grave necesidad espiritual. Nuestro caritativo Padre, lo consoló y animó con la confianza en la Misericordia divina; salió del Convento lleno de santo celo, llega á la casa, penetra en la habitacion del enfermo, y su vista causaba horror y espanto. Su rostro era la imagen de la desesperacion, amenazando prorrumpir de nuevo en las mismas impiedades y blasfemias. Mas no sucedió así: tan luego como habló el Siervo de Dios, fijó sus ojos en él, y después de haberlo saludado con su acostumbrada dulzura y amabilidad, tomó asiento á la cabecera de la cama, y con el más prudente disimulo, le hizo varias preguntas sobre la nobleza de su familia; pero el enfermo nada respondía, aunque sus ojos permanecían fijos en el rostro del Venerable.

Hecha aquella introduccion, al parecer indiferente, logró ya que le contestase, y entonces principió con gran destreza, á tratar de su lamentable estado, y de aquí, tomando ocasion de la gravedad en que se hallaba, y lo próximo que estaba á la eternidad, enardecido en divino fuego, le habla con toda claridad del importantísimo negocio de su conversion y salvacion. Ilustrado de superior luz, discurre altamente sobre la enfermedad mortal de su alma, y la infinita misericordia de Dios, que lo llamaba y estaba esperando, concediéndole aquellos momentos tan preciosos para perdonarlo y admitirlo á su amistad y gracia, con toda la ternura de su corazon. Aquí fué tan eficaz y fervorosa, la exhortacion que le hizo para moverlo á contricion, abjurar sus errores y mudar de

vida, que exhalando un profundo suspiro, hecho un mar de lágrimas, exclamó: «Padre, ahora es cuando veo la luz, esos amigos crueles... esos infames...

El V. Padre lo interrumpió, y excitó á bendecir y alabar las misericordias del Señor, que tan amoroso se había mostrado con él, ilustrando su inteligencia y moviendo su corazon, para detestar el mal, y reconciliarse con Dios. Inmediatamente continuó exhortándole á hacer una sincera y humilde confesion de todos sus pecados, una solemne retractacion de sus funestos errores, y una pública protestacion de nuestra Santa Fé católica. Todo se hizo como el Padre lo disponía, el enfermo se sometió á todo gustosamente, y en seguida, entregó el espíritu en manos de su Criador, dando pruebas inequívocas de su eterna salvacion.

Este hecho con todas sus circunstancias, dijo el Padre Fr. Pedro Sanchez, Religioso de la misma Orden, natural y vecino de la Villa del Arahal: «*lo ví, lo oí, lo presencié, lo he referido muchas veces, y siempre tendré esta conversion, por un milagro de la gracia,*» cuyo instrumento fué el P. Fagundez, de quién Dios quiso valerse para crédito de sus virtudes. Si restituir la salud á los cuerpos, de una manera prodigiosa, se califica de milagro, cuando reúne todos los requisitos que exige la Iglesia, siguiendo luego su declaracion, ¿no lo será tambien el sanar las almas de sus dolencias espirituales, en circunstancias tan críticas como las que se acaban de enumerar?

El ya citado Padre Lector Alcaide, refiere además en honor del Siervo de Dios, el siguiente suceso; «Una mañana muy temprano me encontré en la calle, con la Sra. Doña Ana Fuentes, acompañada de su esposo, Comandante de *Partidas sueltas*, que hubo en esta Capital por los años de 1840 y siguientes, cuya señora ya Viuda, es hoy vecina de Chipiona, y preguntándole donde iban, me contestaron: «A San Antonio, á hacer una Novena, que nos ha mandado el P. Fagundez.» Con la satisfaccion que me dispen-

saban, repuse: ¿Y cómo tan devoto, el Sr. Comandante? A lo que respondió la Señora: «Porque á los prodigios claros y patentes, nadie puede resistir. Dias pasados, me robaron una mantilla de mucho valor, y un tocador que contenía unos abanicos de mérito, y otras cosillas de algun interés. Afligida recurrí al P. Fagundez, le comuniqué mi apuro, y me contestó con una sonrisa agradable: «*No se fatigue, que todo parecerá; pero es preciso que le haga una Novena á San Antonio, en su Iglesia, en union con su Esposo.*» Me retiré consolada, participé á este Caballero, lo ocurrido,—*señalando hácia su esposo,*—el que riéndose me decía: «*Cosas del P. Fagundez.*» Mas bien pronto se desengañó; porque al siguiente día, hallándose casualmente en el patio de casa, llegó á la cancela una mujer, y le dijo si quería comprar una mantilla para su esposa. Hízola entrar, y yo acudí al momento, y reconociéndola por mía, exclamé alborozada: «*Esta es mi mantilla.*» La mujer se sorprende, y mucho más, cuando este le amenazó con que iría presa, sino declaraba por donde la había adquirido. Entonces manifestó, que una mujer del barrio de la Féria, se la habia vendido, y que—*circunstancia notable,*—aquella era la primera casa á donde había llegado á venderla. Al punto fué mi marido, con el Alcalde de barrio, á buscar la primera vendedora, y muy apesar suyo confesó, que efectivamente ella había robado la mantilla con el tocador, y todo lo demás, que le fué entregado en el acto. —«Es verdad cuanto acaba de referir mi Esposa, contestó el Comandante, y creyéndolo como si fuera un milagro, voy gustoso á hacer la Novena, y cumplir el mandato del Padre Fagundez.»

«Regresaba en otra ocasion el Venerable Padre, de la antedicha Posesion de nuestra Madre Síndica, la Señora D.^a María Josefa Azcona, y pararon un poco á descansar en la Hacienda de la Caridad situada legua y media de Sevilla. A la entrada estaba amarrado con cadena, un furioso perro

mastin, que era muy raro, no envistiese á todo aquel que alcanzase, hasta el sitio á donde se extendía la cadena, sin que saliese mordido. Nuestro incauto Padre, fué á entrar distraidamente, y le acometió con tanta rabia, que se llevó en la boca un pedazo de su manto. ¡¡*Jesus!!* exclamó el Venerable, y acercándose á él, lo empezó á acariciar, con asombro de cuantos lo miraban, y pasándole la mano por la cabeza y los lomos le decía: *¡Pobre animalejo, y que malo eres! Es bien seguro que no volverás mas á morder.*» Y en efecto así fué, porque desde aquel mismo puntó, dijeron los colonos de la Hacienda, se acostó muy triste, principió á enflaquecer, y á los pocos días murió.

«En la misma Posesion, habian abierto un profundísimo pozo, para subvenir á la gran necesidad que tenían de agua, y no pudiendo dar con ella, le formaron una zapata, lo abandonaron y abrieron otro. Animado nuestro Venerable de la mas viva fé, y noticioso de los muchos gastos que se habían hecho, con detrimento tal vez de los pobres enfermos, por ser propiedad del Hospital de la Santa Caridad de Sevilla, se acercó á él, y admirado al ver la profundidad y magnificencia de la obra, levantó su voz y dijo: «YO TE BENDIGO, EN EL NOMBRE DEL PADRE † DEL HIJO † Y DEL ESPÍRITU SANTO †.» Acto continuo, se volvió á los que le acompañaban y dijo: *«Me parece imposible, que á la invocacion de las tres Divinas Personas, deje de venir el agua, á este hermosísimo pozo.»* Así se verificó, pues á los pocos días, se acercó allí casualmente un trabajador de la misma Hacienda, y lo vió más de la mitad lleno de agua; protestando todos, que nunca lo habian visto, mas escaso, que el año pasado de 1849, y el 26 de Diciembre tenia diez y seis brazos, medida de seis piés, que se llama así, por ser la dimension de los dos brazos extendidos.

Para terminar la materia de los prodigios, que pudiera ser mucho mas extensa, si se consignase todo lo que se refiere á ella, vamos á reproducir un documento interesante, que

confirma hasta la evidencia, la fama de santidad, que justamente gozó el P. Fagundez; tal es una carta escrita al Sr. D. Lorenzo Garcia Molviedro y Rubio, por un Sr. Capitular de la Santa Iglesia Catedral de Málaga, que trascrita al pie de la letra dice así:

«Málaga 25 de Junio de 1850.

SR. D. LORENZO GARCÍA.

Muy Señor mio: Orientado por un respetable amigo, de que se trata de dar á luz la VIDA de nuestro siempre amadísimo Padre Fray Manuel Fagundez, que por la divina Misericordia, creemos habitará en la Pátria de los escogidos, y habiendo merecido de dicho Venerable, la mas activa y seguida correspondencia, pues llegan á sesenta y ocho las cartas tuyas, que conservo y conservaré mientras viva, por haber visto cumplidos sus vaticinios, no puedo ni debo remitir al silencio, un prodigio milagroso, efectuado en esta su casa, á presencia de algunas personas sensatas, que luego nombraré, para que á su vista sepan las presentes y futuras generaciones, lo que obra Dios por medio de sus Siervos, se confundan los sectarios, y brille más y más cual oro finísimo, nuestra sacrosanta, única y verdadera Religion, pues fuera de ella nadie puede salvarse.

PÚBLICO PRODIGIO.—Mi amada Madre (Q. E. P. D.) D.^a Josefa Valencia Perez Infante, el año pasado de 1828, fué acometida de *perlesía*, privándola totalmente del habla, en términos de no poder pronunciar nada absolutamente, expresándose solo por señas. Sabedora, como yó, que nuestro Venerable prodigaba á los enfermos, *santas cedula*s, y que tomadas en líquido sentían alivio, me mandó por señas, se las pidiera á su nombre. Cumplí su precepto, y sin demora el 6 de Diciembre, tuve carta del Padre, que copio fielmente, concretándome solo, al prodigio de que hablo.

Convento de San Diego, Menores descalzos de Sevilla, 6 de Diciembre de 1829.

Carísimo hermano en Jesucristo, Diego José Llinas: paz en el Espíritu Santo. A tu venerable Madre, que haga santas Cruces en la boca, acompañadas de *Ave Marias*, y esto sirva por las cedulitas. La conformidad con la voluntad de Dios, le servirá de grande Purgatorio, para tener poco ó ninguno en la otra vida, segun la infinita sabiduría, bondad y justicia de nuestro Padre Dios. Tú como buen hijo, cerrarás los ojos á tu santa Madre, ¡y cuantas gracias, conseguirás después!

Al punto, manifesté á mi querida Madre, lo supra dicho, le hice las primeras Cruces en la boca, y mientras rezaba las *Ave Marias*, una Señora, que casualmente se hallaba de visita,—y me separé un poco de ella, para continuar la lectura de la carta, que se extendía á otros pormenores todos cumplidos,—me llamó la atencion. ¡Mas cuanta fué mi sorpresa! Apenas trascurrieron tres minutos, cuando la que en dos años no había podido proferir una sola palabra, exclamó toda alborozada y trasportada de alegría: «*Diego, hijo mio, mira al Señor San Rafael:*» repitiendo lo mismo, y nombrando especificamente á todos los demás Santos, que en sus cuadros respectivos, adornaban la habitacion.

La referida Señora, aturdida de gozo, y sin accion para moverse, toda contraida, cayó en un deliquio profundo, mientras que mi dicha Madre, continuaba su locucion. Advertido por mí, mandé al criado le suministrase un poco de agua, la que al momento de bebida, recuperó la accion, se abrazó con mi Madre, y esta clara y expeditamente, le interrogó: *¿Qué le ha dado á usted Doña Encarnacion?*—Yo inmóvil, apenas leía la primera plana de tan fecunda y santa carta, pedí por señas el agua que restaba aún en el vaso, recuperé con ella la paralización, me aproximé á besar á mi buena Madre, y después concluir la lectura de la carta. En seguida se despidió y retiró dicha Señora, noticiando á todos los que encontraba en la calle, y avisando á las casas de

los amigos, del prodigio como milagroso, que acababa de presenciarse, y todos en tropel, inundados de júbilo y bendiciendo á Dios, se dirigían á la mía, quedando admirados al oír á mi Madre hablar con ellos, como si realmente nada hubiera padecido, en cuyo estado finó después su santa vida.

Sigue luego esta otra segunda carta.

VIVA JESUS.—*Convento de San Diego, Menores descalzos de Sevilla, 30 de Marzo de 1830.*

Carísimo hermano mío en Jesucristo, Diego José Llinas: Paz y toda consolacion en el Espíritu Santo.

Recibí tu muy apreciable, y en primer lugar, sigue con el cuidado exactísimo de nuestra santa Madre. Padre Dios te premiará. En segundo, póstrate en estos días, saludando las *Cinco Llagas* de nuestro amadísimo Redentor Jesus, orando y perdonando de todo corazon á los que te han affigido ó perseguido. Desecha toda memoria de resentimiento por el amor de Dios—*Sigue ahora sobre otro particular, y termina diciendo:* Pido á Dios por todos los de casa, y me encomiendo particularmente á nuestra muy veneranda Madre y demás familia, pidiendo tambien las oraciones de todos.—*Padre Fagundez.*—

Sin vacilar un momento, comprendí con tan santa preventiva, que el tránsito de mi querida Madre á la vida eterna no debía estar muy distante, lo que comuniqué á algunos afectos, y al instante contesté. A los ocho días, Miércoles Santo, en toda plenitud de salud, dijo mi referida Madre. «*¡Hijo, qué dichosas serán las almas que vayan mañana á ver al Señor!*»—Es verdad, Madre, le contesté, y sin la mas leve novedad, se efectuó en ella sin nada, nada de agonia. He omitido pormenores dignos de ampliarse, por no separarme del objeto principal. El Jueves Santo, estando mi Madre de cuerpo presente, recibí carta de nuestro Venerable, y terminaba así: «*Me encomiendo á tu Santa Madre, siendo yo el que cerré sus ojos, invocándole solo dos veces, los*



dulcísimos Nombres de Jesús y de María.»

Le dí conocimiento al siguiente Sábado Santo, á quien con tanta anticipacion me lo significaba, y contesta:

VIVA JESUS. *Convento de S. Diego, Menores descalzos de Sevilla, 24 de Abril de 1830.*

Carísimo hermano en Jesucristo, Diego José Llinas: Paz en el Espíritu Santo.

Seas bendito de Padre Dios, por haber despachado á la celestial Pátria á tu felicísima Madre. Mañana Domingo, mediante Padre Dios, aplico por su dichosa alma, en altar de privilegio; y además, entra por un mes en mis pobres oraciones.—*Sigue más y termina.*—Soy tu hermano amantísimo, y de la familia, que os acompaña en vuestro justo sentimiento.—*P. Fagundez.*

Basta, basta, Sr. D. Lorenzo, la pena me ahoga con estos recuerdos, y no puedo continuar la referencia de los hechos, que tan prodigiosamente patentizan las demás de sus cartas venerandas. Como Sacerdote del Altísimo, por su infinita Misericordia, juro y declaro, exponiendo en justicia, ante quien pueda competir, ser verdad cuanto llevo dicho, como tambien, que las susodichas cartas son copiadas fielmente de los originales, que conservo del Venerable Siervo de Dios, P. Fr. Manuel José Fagundez, detestando como detesto la hipocresía y supersticion, justamente reprobadas por el verdadero hombre Dios, nuestro adorable Redentor Jesucristo.

Con este motivo, tengo el honor de ofrecer á V. y familia, esta casa y mi inutilidad, para que con la mayor franqueza, prodiguen sus preceptos á este su mas atento y s. s. q. s. m. b.—Diego José Llinas de Valencia.

Los que duden, si son estos ó nó, verdaderos prodigios, pueden consultar la *Obra* del Sr. Benedicto XIV de SERVORUM DEI BEATIFICATIONE ET CANONIZATIONE. Libro 4.º par-

te 1.^a capítulo 14, números 6 y 12. Sin embargo, vuelve á reiterar otra vez su *Biógrafo*: «suplico al lector que observe, que aunque he referido muchos rasgos, que prueban las virtudes en grado heróico al parecer del V. P. Fagundez, segun piadosamente podemos creer, y que se pudieran considerar como verdaderos milagros, no es mi intencion aducir estos hechos, como aprobados por la Santa Iglesia Romana, sino solamente como certificados por testimonios de personas particulares, aunque respetables por muchos conceptos. Por tanto no es mi ánimo, atribuir al Padre Fagundez, la cualidad de Bienaventurado, ni de Santo, reconociendo la autoridad de la Santa Sede Apostólica, á la que solamente pertenece el derecho de tal declaracion, á cuyo juicio me sujeto como hijo obediente suyo, en todo lo que pueda referirse á este Siervo de Dios.»

Además, es doctrina corriente, que el Don de los *Milagros*, es una de aquellas gracias, que llaman los teólogos *gratis datas*, que no exijiendo por su naturaleza gracia justificante, pueden comunicarse aún á los pecadores. De que se infiere, que ni el Don de *Profecía*, ni el de *Milagros*, son pruebas inconcusas de la virtud y santidad del que los posee. No obstante, segun el modo ordinario de la divina Providencia, y hablando en general, cuando los vemos en personas de reconocida virtud, es preciso considerarlos como pruebas evidentes de su admirable santidad. Sentados estos principios, debemos creer tambien piadosamente, que á los dones ya enumerados, le concedió además el Señor, el de la perseverancia final. Desde sus mas tiernos años, buscó á Dios en la sencillez de su corazon, con firmeza y constancia, por el camino de la virtud, y dió testimonio de haberlo encontrado, en la paz de su espíritu y tranquilidad de su conciencia, perseverando en la observancia de su Ley inmaculada, y de la Regla y Constituciones de la Seráfica Descalzés, que había profesado.

Siempre conforme en todo con la divina voluntad, jamás retrocedió en la senda de los trabajos, tribulaciones y dolores, siempre con ánimo deliberado de permanecer bajo la direccion y consejos de sus Prelados, y sobre todo de un sábio y prudente Confesor, que lo sostuviera en el camino de la perfeccion, á que aspiraba en la vida Religiosa, hasta el fin de su vida mortal. Esta gracia final, es la mayor dicha que el hombre puede alcanzar, por ser enteramente gratuita, y se llama por los teólogos *don de la perseverancia final*, que consiste en la union de la gracia santificante con la muerte. Conocía el Venerable, que se aproximaba el día de su partida á la eternidad, y empezó á despedirse de sus afectos, con expresiones que daban bien á entender, lo poco que le restaba de vida. Veinte días antes de terminar esta, se presentó en el Convento de Religiosas Capuchinas, y lo significó claramente á la Comunidad y su Capellan, á quienes conmovió con la ternura de sus palabras, rogándoles en caridad, lo encomendasen á Dios, cuando recibieran la noticia de su fallecimiento.

En su postrera enfermedad, dió admirables ejemplos de paciencia y resignacion, no deseando ni la vida ni la muerte, sino lo que fuese del divino beneplácito, abandonándose completamente, con la mayor paz y tranquilidad, á las disposiciones del Señor. Mas apenas se apercibió, de que en efecto se acercaba el fin de su vida, empezó á prepararse para morir con un fervor extraordinario y repetidas confesiones, en las que no encontraba su sábio Director, materia de pecado mortal de que absolverle. Sus actos interiores se conocian, por lo encendido que á veces dejaba ver el semblante, á consecuencia sin duda del fuego del amor divino, que ardía en su corazon, que próximo ya á su término en este mundo, inflamaba mas la actividad de su llama, con el veheméntísimo deseo de unirse para siempre á su Dios.

Sabido es que por obediencia habitaba el Venerable Padre, en las Casas propias de la morada del Señor D. Lorenzo García Molviedro, ilustre y piadoso Caballero, muy conocido en esta Ciudad, y dos días antes de postrarse en el lecho del dolor suplicó y pidió por el amor de Dios, á su especial afecto y bienhechor, que lo trasladasen á una pequeña estancia contigua al Oratorio, y una vez instalado en ella, hizo llamar además á D. Fernando, hijo mayor del mencionado Señor, y á puerta cerrada, los sentó á su lado, y les dirigió estas sentidas palabras: «Hijos míos y hermanos en Jesucristo, el término llega, y es preciso morir. Por el amor de Dios les suplico, me perdonen los malos ejemplos que les he dado y las incomodidades que con mis imprudencias les haya causado. Doy á ustedes las más expresivas gracias, por tantos favores y bienes como me han dispensado, y por la Caridad con que me han asistido. Yo quiero hacer una cosa que parezca testamento. Mi cuerpo volverá á la tierra de donde salió; y mi alma, redimida con la sangre preciosísima del Cordero Jesús, espero de este Señor, que se compadecerá y usará con ella de misericordia. Nada tengo, ni quiero tener, estos pobres hábitos que me cubren, no son míos, y sí de los bienhechores. Nada debo, ni nadie me debe.»

Después encargó al Sr. D. Lorenzo el cuidado de su hijo, diciéndole que lo amara con ternura, y que le consultase en todo lo que no fuera pecado. Luego le dijo á este con breves palabras, que correspondiese al amor de su Padre, y lo tratase con el mayor respeto y veneración, concluyendo aquel acto tan tierno, con pedir por el amor de Dios, que quería morir como cristiano, sacerdote y religioso, que le administrasen el Sagrado Viático y Extrema-unción, sin embargo de que aquel mismo día habia celebrado el Santo Sacrificio de la Misa. Poco tiempo después, llegó su Confesor y Director el R. P. Fr. José María Tis-Sandier, Lector de Teología, é hijo de la misma Provincia de San Diego, y Examinador Sinodal de este Arzobispado, con quien tuvo

análoga despedida, y suplicó á los tres, que no lo desamparasen, porque deseaba morir con el consuelo de tenerlos á su vista.

Dispusiéronse todas las cosas convenientes, para administrarle los Santos Sacramentos con solemnidad, y sabemos por que lo vimos, dice su *Biógrafo*, los ardientes suspiros y fervorosas lágrimas, con que recibió el Sagrado Viático, y la santa Extrema-uncion, y el continuo y no interrumpido ejercicio de virtudes, en que perseveró todo el tiempo de su postracion en la cama, haciendo actos de Fé, Esperanza, Caridad y Contricion. Muchas horas ocupaba en amorosos y devotísimos coloquios con el Patriarca Señor San José, la Santísima Vírgen y su Sacratísimo Hijo, nuestro adorable Redentor Jesús. De vez en cuando, prorrumpía en tiernas y afectuosas jaculatorias, y repetía con frecuencia, algunos versos de los Salmos, y otras palabras de las Santas Escrituras. Además suplicaba á su Confesor, y al referido D. Fernando, tocasen en su cabeza la Corona de la Virgen que usaba para rezar, la Imagen de la Divina Pastora, y el Crucifijo que tenía siempre á la cabecera.

Algunas horas antes de morir, á presencia ya de sus hermanos los Religiosos y otras personas, que rodeaban su lecho, varias veces se le oyó exclamar: «*Hermanos míos, pedid á Dios mucho por mí, ingrato y desconocido á los favores del Cielo: yó os pido por el amor de este Divino Señor, que disimuleis, que perdoneis, mis grandes escándalos y pecados.*» Tal era su profundísima humildad. Amaneció por último el dichoso día en que tuviesen fin sus trabajos, y después de haber recibido la Sagrada Comunion, se le hizo por su Confesor la recomendacion del alma, y se le consoló con las demás preces, que la Iglesia tiene ordenadas para aquel trance, y despedido de todos, entró en una suave y ligera

agonía. Levantó la cabeza más tarde en circunstancias, que no podía ni aún moverla, abrió sus ojos y los fijó en la Imagen de la Divina Pastora, tomó en las manos el Crucifijo, lo estrechó amorosamente á su pecho, aplicó sus labios para besar la llaga del costado, y con este osculo dulcísimo, entregó su espíritu al Señor. Pasó, pues, á mejor vida, como piadosamente puede creerse, el Domingo diez y nueve de Noviembre, á las doce del día, y á los setenta y dos años de edad, y cincuenta y cinco de Religioso, con justa fama al parecer de santidad.

Tan luego como se propagó la triste noticia de su fallecimiento, y se oyó la señal de las campanas, juntamente con las de la Santa Iglesia Catedral, por acuerdo del Ilmo. Cabildo, se conmovió Sevilla, ansiando que se expusiese al público el Venerable Cadáver, para tributarle los últimos homenajes de su afecto y gratitud. Mas esto se prolongó hasta las siete de la noche, para satisfacer los piadosos deseos del ya expresado Sr. D. Lorenzo, su especialísimo favorecedor, que no pudo lograr en vida tener su retrato, y con tal motivo, se hizo el boceto entonces con gran acierto y parecido, por uno de los más aventajados artistas de esta Ciudad. Entretanto el pueblo estaba impaciente, agrupado á las puertas de la casa, y clamaba porque no se le ocultase más tiempo la vista del Virtuoso Difunto. Al efecto, se imploró la fuerza militar, y se trasladó el Cadáver á una espaciosa sala baja, adornada lúgubremente, y se colocó en su féretro, frente á la ventana que daba á la calle, acompañado de varios Eclesiásticos y otras muchas personas de distincion.

Imposible es referir las escenas que allí se presenciaron, las demostraciones extraordinarias de sentimiento y de dolor que se advirtieron, y el empeño con que todos querian enriquecerse con alguna prenda de su uso, ó particular de su

pobre hábito, ó á lo menos tocar á su Cuerpo los rosarios, cruces, medallas y pañuelos, por manos de los Sacerdotes, para consuelo de su devocion.—¡Cuántos clamores, suspiros y lágrimas! ¡Cuántos favores, beneficios y prodigios, se oyeron allí, de boca de los mismos, que los habian recibido! ¡Era un justo, decian unos; un Santo, exclamaban otros; el Padre de los pobres, el consolador de los affigidos, era la voz más general! En Sevilla no se hablaba de otra cosa aquellos días, que de la ejemplar vida y santa muerte del Venerable Padre Fagundez.

Para describir ahora los funerales y entierro, preferimos trascribir lo que publicó la prensa contemporánea de esta localidad, autoridad nada sospechosa, en aquel tiempo, al elogiar las virtudes del pobre y humilde Religioso de la Orden de San Francisco.

Leíase en EL DIARIO DE SEVILLA del día 21.

«Antes de ayer Domingo, á las doce de la mañana, ha muerto en esta ciudad el presbítero D. Manuel José Fagundez, Religioso exclaustro de San Pedro de Alcántara, que gozaba de un alto concepto por su vida ejemplar. Nació en Ceuta el 24 de Febrero de 1776, fué bautizado el 27 del mismo, y confirmado el 1.º de Junio de 1789. A los diez y siete años tomó el hábito en San Diego de Sevilla, y en el año de 1800 se ordenó de Sacerdote. Desde 1813 fué Misionero apostólico, y después tambien Guardian de San Pedro de Alcántara.

«En todos estos y otros varios cargos, el P. Fagundez era siempre el mismo: siempre humilde, afable, atento y cortés con todos; fervoroso en su oracion, incansable en el confesonario, exactísimo en la observancia de su Regla, y ageno á todo lo que no era vivir segun ella, mirando siempre á su Dios y vuelta la espalda al mundo. Decía Misa con aquella pausa que exige el Santo Sacrificio, y como quien al celebrarlo tiene una fé viva de los grandes y subli-

mes misterios de nuestra Redencion. Pero en lo que nos ha dejado este virtuoso Sacerdote, una prueba insigne del espíritu de Dios que le animaba, es en su desprendimiento de los bienes terrenos, y en el amor con que miraba aquella santa pobreza, que Jesucristo dejó por herencia á sus discípulos.

«Nos han asegurado, y de ello podrán responder las personas á quienes hemos consultado para escribir estos ligeros apuntes, que jamás pudo nadie conseguir del Padre Fagundez, que tomase dinero ninguno, ni aun por vía de limosna para Misas, ni para ningun otro objeto por laudable y piadoso que fuese. Solo este rasgo de su vida, bastaría para hacer su elogio. Su muerte ha sido, como no podía menos de esperarse, la de los justos. Nueve días antes de que sucediese, sin que se notase síntoma aparente de ella, la anunció á alguna persona de toda su confianza, en el concepto de estar ya muy próxima. Aquel mismo día dijo Misa, y se desayunó con más apetito que nunca.

«Al siguiente le fueron administrados los Sacramentos, á fuerza de vivas instancias suyas, y el Domingo 19, al rayar el Sol en su meridiano, se eclipsó en la tierra esta alma humilde y cristiana, dejándonos con sus buenos ejemplos una esperanza, en cuanto es permitido tenerla con sujecion al juicio de la Iglesia, de que habrá sido favorablemente acogida en el supremo tribunal de Aquel, que fué constituido supremo Juez de vivos y muertos, en cuya eterna gloria: *Descanse en Paz.*

«El entierro se verificará hoy á las diez de la mañana, sin que se haya hecho convite especial á nadie; siendo conducido el Cadáver desde la calle de las Palmas, donde se halla depositado, á la Iglesia de San Pedro de Alcántara. Allí será sepultado por dispensa particular que han concedido al efecto las autoridades.»

EL PORVENIR de esta misma ciudad añadía:

«La opinion que este buen Sacerdote gozaba, atrajo una inmensa concurrencia á la casa mortuoria, que rodeaba el ataúd, tocando en el cuerpo del Difunto, rosarios, medallas y otras diversas cosas. El P. Fagundez, apreciado de todos por su humildad y por su estimable carácter, ha abandonado el mundo sin dejar un enemigo. Su ejemplar conducta y su santa vida, le han grangeado el dictado de bueno, con que el pueblo le designa. Dichosos los que como él aguardan el último trance sin temor, porque en él creen empiezan su eterna felicidad.»

EL DIARIO DE SEVILLA del día 22 refería.

«Ayer se verificó como teníamos anunciado el entierro del P. Fagundez, saliendo de la casa mortuoria á las once, y entrando en la Iglesia de San Pedro de Alcántara después de las doce. Sería imposible describir la animacion, la concurrencia y el religioso respeto, con que las gentes se agolpaban en las calles del tránsito, y por todos los balcones, ventanas y azoteas, deseosas de pagar el último tributo de su veneracion, á los inanimados restos del Varon apostólico, que eran conducidos en un sencillo féretro, detrás del cual era llevada una caja forrada y galoneada de oro. Presidía la Cruz parroquial, y después de los niños de la Beneficencia, la Venerable Orden Tercera con su estandarte: siguiendo un Clero numeroso de sobrepelliz, á cuya cabeza iba el Preste de la respectiva Parroquia. En la casa mortuoria parece que se presentó el Sr. Jefe político, tomando parte en el duelo general de la poblacion; y tambien lo hizo el Sr. Alcalde Corregidor con el mismo objeto, teniendo que adoptar además varias disposiciones, y entre ellas las de r clamar el auxilio de la fuerza armada, con la cual se pudo contener el inmenso pueblo, que se disputaba la preferencia, de contemplar por última vez el rostro apacible y natural que conservaba el Cadaver del humilde y piadoso Sacerdote, que

por espacio de tres días ha estado expuesto al público, excitando cada vez más, el entusiasmo religioso de la muchedumbre.

«A la hora en que escribimos esto, se hallan intransitables las avenidas de la Iglesia de S. Pedro de Alcántara, donde se están celebrando los divinos Oficios, para darle sepultura, cuyos pormenores y otros que habremos omitido por la premura con que lo hacemos ahora, publicaremos otro día con la exactitud que hemos procurado verificarlo hasta aquí.»

Y en el del día 23 agregaba:

«Ayer tarde estuvo expuesto todavía, en la Capilla de la Venerable Orden Tercera de S. Pedro de Alcántara, el Cadáver del P. Fagundez, no habiendo dejado de agolparse siempre la misma concurrencia, ansiosa de verle, y permaneciendo allí un Celador y vários agentes de seguridad pública, para conservar el órden posible en la entrada y salida de las gentes, hasta que por fin ya de noche fué colocado el Cuerpo en una caja emplomada, y sepultado en una de las bóvedas de la Iglesia. Aunque tan ageno de nuestra opinion, como lo es del espíritu de la Iglesia, el admitir en esta delicada materia sin exámen todas las exageraciones vulgares, no hemos podido menos sin embargo, de hacer una observacion: y es, que al cabo de tres días que ha estado insepulto el Cadáver del P. Fagundez, es bien notable que no se haya dejado percibir el mal olor, que por un orden regular debía ya exhalar la putrefaccion, como generalmente sucede en casos semejantes. Esta circunstancia podrá ser de algun valor en su día, y por lo mismo hemos creído que se debía hacer mencion de ella, para que quede consignada en obsequio á la verdad de los hechos, que nosotros mismos hemos presenciado, pues estuvimos junto al Cadáver hasta el momento de emplomar la caja.

—A esto añade otro periódico, que: las personas que lle-

vaban el Cadaver del P. Fagundez, eran los Sres. Marqués del Moscoso, Marqués de Iscar, Conde de Casa-Chaves y D. Pedro Ibañez y Pacheco.»

He aquí ahora, el *Suelto* que se vendió por las calles, enumerando aún más pormenores, que los consignados en los referidos periódicos:

FUNERALES Y ENTIERRO

del M. R. P. Fray Manuel José Fagundez, Religioso del extinguido Convento de San Diego de esta ciudad, y Misionero Apostólico.

«Ayer á las once de la mañana, fué trasladado el Cadaver del ejemplar religioso Fray Manuel José Fagundez, cuyo fallecimiento anunciamos en nuestro número de ayer, desde la casa mortuoria, situada en la calle de las Palmas, á la Iglesia del ex-convento de San Pedro de Alcántara, en que por gracia especial de las autoridades eclesiástica y civil, ha sido sepultado. Precedían á la Cruz Parroquial los niños del Hospicio, y la Venerable Orden Tercera de Seglares de San Francisco, con sus respectivas insignias. Seguía después el Clero de la Iglesia Parroquial de San Lorenzo, al que iban unidos los exclaustrados de la Orden del Difunto, cuyo Cadáver amortajado del humilde hábito Alcantarino, y con estola, era conducido en un modesto féretro, por las personas mas distinguidas de esta ciudad entre ellas los Sres. Marqueses de Moscoso, de Iscar y de Casa-Chaves, y varios Sacerdotes, señalándose uno sobrecargado de años, que encontraba en su fervor, las fuerzas que ciertamente no podía concederle la edad.

«El entierro siguió desde la calle de las Palmas á la Plaza del Duque, y de allí por la Campana, calle de Santa María de Gracia, Cadenas, Daoiz, San Andrés y Cervantes,

que estaban ocupadas por un inmenso gentío, á la Iglesia de San Pedro de Alcántara, donde la tropa, apostada oportunamente de orden de la autoridad, solo permitió entrar á las personas que iban en el numeroso duelo. El Excmo. Ayuntamiento, envió una Comision de su seno, presidida por el Sr. Alcalde Corregidor: el Ilmo. Cabildo eclesiástico, además de haber mandado doblar como se acostumbra en los entierros de los Sres. Capitulares; y todas las corporaciones y personas distinguidas, se creyeron obligados á tributar el último homenaje de respeto, á los restos de un hombre que amó la pobreza y la humildad cristiana, como los únicos bienes sólidos del mundo, supuesto que nos abren las puertas de la gloria.

«El Cadaver del Padre Fagundez, después de la Vigilia, Misa y Oficio de Sepultura, fué encerrado en una caja de plomo, y esta dentro de otra de madera, colocándose en seguida en un sepulcro particular en la Sacristía de la referida Iglesia.

«Innumerables fueron los fieles, que tocaron rosarios, y otros objetos á su hábito, para guardarlos después como reliquias.

«Este anhelo universal, sin diferencia de clases ni sexos, esta ovacion espontánea de una ciudad como Sevilla, dan un testimonio irrefragable de las virtudes del ilustre Difunto. Nosotros reservando la calificacion de estos méritos á la Iglesia nuestra Madre, por el órgano infalible de su Supremo Pastor, hallamos empezada á cumplir en el entierro del Padre Fagundez, aquella divina promesa, que asegura exaltar al que voluntariamente se humilla, siguiendo el ejemplo de Jesucristo.»=*Imprenta del Porvenir.*

Partida de defuncion, que se halla en el Libro 19, folio 32 de la Parroquia de San Lorenzo.

«En diez y nueve de Noviembre de mil ochocientos cuarenta y ocho, falleció en esta collacion de San Lorenzo de

Sevilla, el Padre Fray Manuel Fagundez, Sacerdote ejemplar y fervoroso, Religioso ex-claustrado del suprimido Convento de San Diego de esta ciudad, de la Provincia de Andalucía, Lector jubilado dos veces, Misionero Apostólico de *Propaganda Fide*, Examinador Sinodal de este Arzobispado, y varias Diócesis, natural de la ciudad de Ceuta, hijo de Don Manuel, y de Doña Isabel Escalona, de edad de setenta y dos años. Vivía en la calle de las Palmas número trece, (1) en las casas del Sr. D. Lorenzo Garcia Molviedro y Rubio; recibió los Santos Sacramentos, con edificacion de todos los circunstantes, se le hizo el funeral en la Iglesia del extinguido Convento de San Pedro de Alcántara por los beneficiados, Clero, y cuarenta Señores Sacerdotes, veinte de la de San Lorenzo, y veinte de la Parroquial de San Andrés, con asistencia de los individuos de su Orden, que se hallaban en esta ciudad, perteneciente á la expresada Provincia, á los que los Sres Beneficiados de esta de San Lorenzo, cedieren el Oficio y Altar. Fué sepultado su Cadaver en caja de plomo, en panteon de la expresada iglesia de San Pedro de Alcántara, con permiso de las autoridades Civil y Eclesiástica: no testó, hizo el Oficio, y cantó la Misa de cuerpo presente, D. Juan de la Cruz Escudero, y por verdad lo firmé, fecha *ut supra*.—Dr. Sebastian Moron Colector.»

ACTA DEL SEPELIO,

QUE EXTENDIÓ LA VENERABLE ORDEN TERCERA SECULAR,
SITA EN LA IGLESIA DE SAN PEDRO DE ALCÁNTARA.

Junta extraordinaria, para tratar del entierro de Ntro. segundo Comisario Fr. Manuel Fagundez. En la ciudad de Sevilla á diez y nueve de Noviembre del año de 1848 constituidos en Junta los hermanos que al margen se expresan bajo la presidencia de

(1) Hoy 25.

Ministro Fr. D. Domingo Perdigon, como delegado
D. Manuel Villegas. de Ntro. R. P. Comisario Fr. Vicente Fer-
Presidente nandez, y después de invocar el auxilio
D. Manuel Inclan. de la Divina Gracia, manifestó el prime-
Nuestros Hermanos: ro, que estando convencido del singular
D. Antonio Burgos. ro, que estando convencido del singular
» *José M.^a Azcoitia.* aprecio y veneracion que esta V. O. pro-
» *Mariano Burgos.* fesa y tiene, á su virtuoso y ejemplar se-
» *Francisco de P.* gundo Comisario el M. R. P. Fr. Manuel
Cordero. Fagundez, le haría una ofensa y agravia-
» *Manuel Arcos.* ría el dolor, que en los semblantes de todos
» *Cristobal Luque.* ría el dolor, que en los semblantes de todos
» *Joaquin Bravo.* los asistentes se veía pintado, si tratase
» *Salvador Hernan-* de hacer una exhortacion que fuese dirigi-
dez. da á decidir á la V. O. á que tributase
» *Basilio Villegas.* al Cadaver de su V. Prelado, el último
» *Pedro Ledo.* homenaje de amor y respeto, á que era,
» *Isidoro Segura.* acreedor por sus virtudes y ejemplar vida,

y que por lo tanto, desde luego proponía se acordasen los medios de llevar á efecto una idea, en que todos estaban conformes: oido lo cual por la V. O. se acordó por unanimidad, que una comision compuesta de N. H. Ministro D. Manuel Villegas, N. H. Voto perpétuo D. Antonio de Burgos, N. H. Procurador general D. José Martínez Azcoitia, N. H. Custodio de entierros, y el infrascrito, se personasen en las casas moradas de N. H. el Sr. D. Lorenzo Rubio, en donde se encontraba el Cadaver, con el fin de ponerse de acuerdo en la hora, día y demás circunstancias, del transporte, entierro y funeral de N. M. R. P. Comisario segundo Fr. Manuel Fagundez; que se pasase carta invitatoria á las V. O. T. unidas, para que se sirviesen acompañar á la nuestra á un acto tan piadoso; que acordado el día se convocasen á todos los hermanos á esta nuestra Capilla, para que media hora antes de la designada, marchemos en corporacion con las insignias de la Orden, faroles, cirios y velas necesarias, á el lugar donde se hallaba el Cadáver, para tomar posesion de él como era justo y debido, sin desampararlo hasta que fuese sepultado: que allí en el acto se

designasen los hermanos que habian de conducir el féretro, y por último, que por mí el infrascrito, se sentase acta de todas las ceremonias del transporte, funeral y sepultura, sin omitir circunstancia que ceda en honra de nuestro virtuoso Prelado. Acordado todo así, y no habiendo otro asunto de que tratar previa lectura del acta anterior; que fué aprobada, se dieron las debidas gracias, y se rezó un Responso por el descanso del alma del M. R. P. Fr. Manuel Fagundez, de todo lo cual certifico.—Rafael María Sainz de Cabrera.—Secretario.

Acta de entierro En la ciudad de Sevilla, día veinte y del M. R. P. Fr. uno del mes de Noviembre, del año de Manuel Fagundez. mil ochocientos cuarenta y ocho, siendo las nueve y media de la mañana, se reunió esta V. O. en su Capilla, y acto contínuo nombró una comision que recibiese las de San Antonio, San Francisco, San Diego, el Valle y la de los PP. Terceros, que oportunamente estaban convidadas, y llegadas que fueron y unidas todas fraternalmente con la nuestra, repartida que fué la cera é insignias, se puso en marcha la Corporacion en la forma, y por la estacion siguiente: A la cabeza iba la Cruz de esta V. O. á la que seguían un considerable número de hermanos con velas, cirios y faroles, y por último el Guion ó Sin-Pe-do, siguiendo á este el duelo de la Orden, presidido por N. M. R. P. Comisario primero Fr. Vicente Fernandez, y compuesto de nuestro hermano Ministro D. Manuel Villegas, N. H. Presidente D. Manuel Inclan, N. H. D. Rosendo Manzanares, Pbro. N. H. Voto perpétuo D. Antonio Burgos, N. H. Procurador general D. José Martínez Azcoitia, N. H. D. Manuel Antonio del Arco, N. H. D. Agustin Echevarría, Ministro de la V. O. de San Antonio, N. H. D. Ramon Ibañez, Ministro de la de San Francisco, y D. Mariano Lamadrid, Ministro de la de San Diego, en cuya forma se encaminó por la calle de San Pedro de Alcántara, Plazuela de San Andrés, calle del Amor de Dios, calle de la Con-

cepcion de San Miguel, y calle de las Palmas hasta llegar al número trece, casa de N. H. D. Lorenzo Rubio, que era en donde se hallaba el Cadaver de N. M. R. P. Comisario segundo Fr. Manuel Fagundez, por haber ocurrido allí su fallecimiento: luego que la V. O. se situó en la sala mortuoria, se rezó un Responso, y colocadas las insignias en lugar correspondiente, se procedió á designar ocho hermanos que alternativamente, condujeran el Cadáver, y en este acto se presentó el Sr. Marqués de Iscar, y después el Sr. D. Pedro Ibañez, propietario y del comercio de esta ciudad, el Sr. Marqués del Moscoso y el Sr. Conde de Casa-Chaves, solicitando que esta V. O. les admitiesen á alternar con sus hermanos, para la conduccion á la última morada, de los restos mortales del Siervo de Dios, que poco há era el consolador de los afligidos, el consejero de los más sábios, el honor de Sevilla, que con su ejemplar vida, su caridad cristiana, su perfeccion evangélica y la uncion de sus palabras, mitigaba los pesares de las familias, hacía revivir en ellas la esperanza, y llenaba de consuelo al espíritu más abatido por el infortunio; y oida con satisfaccion la demanda de aquellos Señores, por quanto cedía en gloria de aquel, que tanto amor tuvo á los hijos de la Tercera Orden, y que con tanto celo y solicitud procuró el aumento espiritual de la nuestra, no tuvo ésta dificultad alguna en acceder á la pretension de los Sres. Marqués de Iscar, Marqués del Moscoso, Conde de Casa-Chaves y D. Pedro Ibañez, por lo cual solo se nombraron cuatro hermanos para que alternasen con dichos Sres. los que manifestaron con la mayor expresion su gratitud, por la honra que se les dispensaba. A las once y cuarto, llegó el Clero Parroquial en número muy considerable, pues además del convite concurrieron muchos eclesiásticos por puro afecto, y acto continuo se puso el cortejo fúnebre que era magestuoso, ordenado en la forma siguiente: cuatro Municipales precedían á la Cruz de los niños del Hospicio, que en gran número la seguían; después esta V. O. con su duelo segun queda ex-

presado, después el Clero Parroquial y en su centro el féretro que conducía el Cadaver del Venerable Difunto: después seguía un inmenso duelo, sin que para ello hubiese precedido convite ni invitacion alguna, siendo presidido por los Sres. Jefe político y Alcalde Corregidor, á cuyas autoridades acompañaban títulos de Castilla, una Diputacion del Excmo Ayuntamiento, otra del Ilmo. Cabildo Catedral, otra de los Sres. Sinodales, infinitas personas de distincion, y un pueblo inmenso, que en grandes masas y en medio de tier-nas súplicas, de amargas lágrimas y de una fé viva, conducían en triunfo á su última morada, los restos mortales del humilde Padre Fagundez. En esta forma, y casi sin poder transitar por el inmenso concurso, que con mucha anticipacion esperaba ver por última vez, al que tan familiar y acsequible fué en vida para todos, se encaminó la procesion, (que así puede decirse propiamente,) por la calle de las Palmas, barrio del Duque, Campana, calle de Santa María de Gracia, del Amor de Dios, Plaza de San Andrés, y calle de San Pedro de Alcántara á la Iglesia de este nombre. Seguidamente dió principio el solemne funeral, durante el cual, fué necesario establecer centinelas en la puerta de la Iglesia y á las inmediaciones del féretro, para contener á los fieles que se agolpaban fervorosos á tocar rosarios, medallas, pañuelos, &c. en el Cadaver, con cuyo contacto los juzgaban santificados. Concluida las preces de la Iglesia, fué entregado el Cadaver á esta V. O. la que inmediatamente lo trasladó á su Capilla, permaneciendo en ella espuesto á la veneracion pública, y acompañado siempre de un gran número de hermanos, hasta las siete de la noche que fué colocado en una caja de plomo, y esta en otra de madera forrada de terciopelo y galoneada de oro, y se condujo procesionalmente á la Sacristía de la Iglesia de los PP. y en ella, después de cantado un solemne Responso, fué colocado en la bóveda que está debajo del Altar mayor. No debe pasarse en silencio que N. H. Don Lorenzo Rubio, afecto muy particular del M. R. P. Fr. Manuel Fagundez, sa-

lió á todos los gastos, que se causaron en la muerte, transporte y funeral, exceptuando solo los respectivos á esta V. O. que se costeó por todos sus hermanos. Sobre la caja de plomo en que se colocó el Cadaver, se puso una inscripcion con su nombre, día de su nacimiento y demás circunstancias dignas de notarse en este caso, y son: su nacimiento ocurrido en Ceuta el 24 de Febrero de 1776; fué bautizado en 27 del mismo y confirmado el 1.º de Junio de 1789; á los 17 años tomó el hábito en San Diego de esta ciudad, y el de 1800 se ordenó de Sacerdote; desde 1813 fué Misionero Apostólico, y después fué Guardian de San Pedro de Alcántara; falleció el Domingo 19 de Noviembre del presente año, á los 72 años, 8 meses y 23 días de su edad, sentido de todos, y en olor de santidad. Todo pasó como queda referido de lo cual certifico.—Rafael María Sainz de Cabrera.—Secretario.

En la pared del muro, que dá entrada á la bóveda donde se le dió sepultura, que está en la Sacristía, se colocó el siguiente Epitafio:



Non despicias sepulturam illius.

Ecclesiasticus. Cap. XXXVIII. v. 16.

MIRA CON SUMO APRECIO ESTE SEPULCRO
EN EL QUE YACE EL CADAVER DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS
EL M. R. P. FR. MANUEL JOSÉ FAGUNDEZ
DE SAN PEDRO DE ALCÁNTARA, MISIONERO APOSTÓLICO
LECTOR EMÉRITO É HIJO DE LA EXTINGUIDA PROVINCIA
DE SAN DIEGO DE ANDALUCÍA MENORES DESCALZOS
DE NUESTRO S. P. S, FRANCISCO, VARON INSIGNE
EN LITERATURA Y VIRTUD. NACIÓ EN LA PLAZA Y CIUDAD
DE CEUTA, Y FALLECIÓ EN ESTA DE SEVILLA EL DIA
19 DE NOVIEMBRE DE 1848. A LOS 72 AÑOS DE SU EDAD.

Apagose la antorcha luminosa,
Llorad mortales en continuo duelo,
Pues yace oculto bajo aquesta losa,
De todas las virtudes el modelo;
Su abnegacion en todo religiosa
Despreciando la tierra, miró al Cielo,
Como eterna mansion de que algun día,
Entre los Bienaventurados gozaría.

R. I. P. A.

En los Estatutos de la Orden, se prevenían los sufragios que habían de hacerse en cada uno de los veinte y dos Conventos de la Provincia, por los Religiosos difuntos segun su graduacion, y conforme á ellos, correspondían á nuestro Venerable: Una Estacion mayor al Santísimo Sacramento en cruz, al primer acto de Comunidad, después de recibida la carta Circular, notificando su muerte, con doble de campanas y honras solemnes por la Comunidad; un Responso, al concluir cada una de las Horas canónicas en el Coro, por espacio de nueve días; y cinco Misas, cada uno de los Sacerdotes. Por este sufragio especial, recitaban los Coristas y Legos, duplicado número de Salmos y Estaciones.

Para reparar en lo posible esta falta, después de la exclausturacion, acordaron los Religiosos celebrar unas Honras solemnísimas en el aniversario de su fallecimiento, que luego se hicieron en la Iglesia Parroquial de Santa Marina, el 25 de Noviembre del siguiente año, á que asistieron las dos Venerables Ordenes Terceras de San Diego y San Pedro de Alcántara, algunos parientes del Finado, sus afectos y numeroso concurso de pueblo, coadyuvando eficazmente á este solemne acto religioso, y aparato fúnebre que se ostentó en él, el Sr. Doctor D. Antonio María Tis-Sandier, Cura propio de la misma Parroquia y apasionado del Venerable Difunto.

Más aun después de su ejemplar y edificante muerte, parece que quiso el Señor continuar dando testimonio de sus heroicas virtudes, obrando sin duda por su intercesion algunos prodigios, que acreditasen la fama de su santidad. Su *Biografía* consigna sobre este particular los siguientes:

«Muchos son los sugetos fidedignos, que deponen haber conseguido casi repentinamente la salud, ó experimentado grande y no esperado alivio, en sus padecimientos y enfermedades, bien con la aplicacion de algunas partículas de su hábito, túnica, ú otro objeto, que hubiese tenido contacto con su cuerpo; ó bien con solo haber invocado su nombre implorando su intercesion para con Dios.

«La R. M. Sor María Saturnina Gomez, Priora del Monasterio de Santa Paula de esta Ciudad dice: Que hallándose el Venerable Padre de cuerpo presente, fué acometida de un fuerte dolor de costado, en términos de no poderse valer sino con el auxilio de dos personas. En esta situacion, y sin saberlo ella, otra Religiosa pidió á Dios animada de la más viva fé, que por la intercesion de su Siervo, á quien piadosamente creía en su presencia, aliviase á su afligida hermana, y le dispensase el beneficio de la salud. Y en efecto, la enferma, cuando apenas podía respirar á consecuencia de la intensidad del dolor, entró en un sueño tranquilo y agradable, y al despertar á media noche, advirtió que aunque con algun trabajo podía manejarse por sí misma; volvió á quedarse dormida, y al amanecer se sintió completamente buena. Así lo ha declarado ella misma, y nada tenemos que añadir.

«Inés Romero, que vive calle del Cármen número 1.º padecía con frecuencia, y por mucho tiempo, vehementísimos dolores de cabeza, y agudísimas punzadas en los ojos, que le privaban del sentido, y falta de fuerzas, y toda trémula,

afigía y consternaba á cuantos se hallaban á su lado. Muchas veces la consoló el Venerable Padre cuando vivo, inspirándole una grande confianza en Dios nuestro Señor, que por su infinita misericordia, la libraría de tanta penalidad. Pero no convenía por aquel tiempo, á los incompresibles juicios del Señor, que recobrase entonces la salud, acaso para que resplandeciese más su poder posteriormente. El día que murió el Padre, se vió más agravada que nunca de sus mortales accidentes, y habiendo llegado á entender que se hallaba expuesto al público, suplicó á su marido anegada en lágrimas, que la condujera del modo posible, á ver el Cadaver de su consolador. Este se opone como era natural, no solo por la imposibilidad de sus fuerzas, que apenas podía ni mantenerse en pié, sino tambien por la dificultad de penetrar á través del numeroso gentío, que tenía ocupada la casa mortuoria. Sin embargo, instado cada vez más, por los ruegos importunos de su esposa, y compadeciendo su miserable situacion, se resolvió á duras penas, á complacerla, asiéndola de los brazos.

Al llegar por fin ante la gente agrupada, á la verja de la ventana en que estaba expuesto el Venerable Difunto, después de vencer los mayores obstáculos, animada de la más viva fé, exclamó á gritos: «Padre mío, tanto como me habeis consolado en esta vida, y ya os habeis trasladado á la otra, dejándome afligida con mis males. ¿Qué haré, ó de quién podré valerme, para implorar la salud, que tanto necesito? De tí mismo, Padre mío, si estás en el cielo, como creo, pide á Dios mi salud, ó que Su Magestad me lleve como á tí.»

«Allí asida de la ventana, dice la paciente bajo juramento, y sostenida por mi esposo, quedé como enagenada de los sentidos, y sentí un consuelo interior, que no puedo explicar, y a los pocos minutos volví en mí, y dirigiéndome á mi expresado marido, le dije: *Ya estoy buena, vamos á casa, y me desprendí de él, y marché á mi casa sin novedad alguna, continuando libre de toda incomodidad, desde*

aquella bendita hora, hasta hoy 26 de Febrero de 1850. Al siguiente día, fué á dar gracias á mi favorecedor, logrando besarle sus venerables piés.

«Doña Josefa Villegas, de esta misma ciudad, al pasar por la plaza de San Francisco, dió una terrible caída, de cuyas resultas se hizo una herida profunda en la rodilla derecha, se lastimó considerablemente una mano, y sintió una gran opresion en el pecho. Al verla unos militares compasivos de los que hacían la guardia en el *Principal* del Ayuntamiento, que presenciaron la caída, la levantaron del suelo, y por otras personas fué llevada á su casa con el mayor trabajo. En medio de la afliccion después de caer, recordó que llevaba consigo un pedacito de la túnica interior que había usado el Venerable Padre en vida, y conservó en su última enfermedad. Se le aplicó al pecho, que era lo que mas le molestaba, por impedirle la respiracion. Al punto sintió alivio, y tanto, que al llegar á la calle Tintores, se halló perfectamente buena de este padecimiento; pero no de la mano, que no pudiendo sufrir el fuerte dolor que en ella sentía, animada aún de más viva fé, exclamó: «*Quien me ha curado el pecho, me curará tambien la mano.*» Se aplicó á ella del mismo modo la partícula, y desaparecieron los dolores. Este hecho acaeció el día 24 de Noviembre, después de la muerte del Padre, y viendo los prodigios de su reliquia, y que solo le restaba curar la llaga de la rodilla, se la aplicó sobre ella, quedando adherida á la carne, apesar de ser de lana basta, y á los dos días, esto es, el de la fiesta de los Desposorios de la Santísima Virgen, se desprendió el pedacito, dejando el sitio sano, con la cicatriz de la señal, que solamente conservó después.»

«En la villa de la Algaba, residía Josefa Vae, mujer de Juan Banda, que padecía mucho tiempo unas alferencias

terribles, con las que acometida, se despedazaba á sí misma, sin poderse sujetar por mayores fuerzas, y movía á compasión, en tan deplorable estado. Nunca halló alivio, sino con los Evangelios que le decía nuestro Venerable cuando vivo, siendo de notar que en la última entrevista que tuvo con él, le dijo: «*Que lo encomendara á Dios, que él pediría por ella, en vida y en muerte, segura de la divina Misericordia.*» La verdad de esta promesa, parece estar bastante significada, en los siguientes resultados:

«Las alferecías han desaparecido, después de la muerte de nuestro Venerable; pero por temporadas se le tuerce la boca y ojo derecho, permaneciendo en este incómodo estado, hasta que su esposo la conduce á esta ciudad, y visita el sepulcro del Venerable Padre. Ocho veces, cuenta hasta hoy día 15 de Abril de 1850, de haber entrado en la Iglesia de San Pedro de Alcántara, donde yace el Cadáver, á pedir al Siervo de Dios el alivio de sus males, y otras tantas ha salido consolada y con la fisonomía natural. Lo aseguran con juramento la favorecida, su padre, su marido y un hermano de este.»

«El Reverendo Padre Fr. Joaquin Yuste, Religioso exclaustrado de la Orden de Santo Domingo, del Colegio Mayor de Santo Tomás, donde desempeñaba una Cátedra, y actualmente Cura de una de las Iglesias parroquiales de Jerez de la Frontera, en comunicacion al ya citado antes P. Lector Fr. Juan Alcaide, decía así:

Muy Señor mio: he sabido se está escribiendo la *Vida* del muy Reverendo Padre Fagundez, y por lo tanto quiero poner en su conocimiento, un prodigio obrado en mi presencia, seguramente por la intercesión del dicho Venerable Padre, para que si á bien lo tiene se inserte en ella, y se le dé la debida publicidad, con el fin de bendecir más y más á nuestro Dios, que tan magnífico y misericordioso se deja ver en sus Siervos, y es como sigue:

«Habiendo venido á esta ciudad Doña Josefa Cansino, con un niño de pecho á visitar á su señora Madre, sobrevino á su referido hijo una tan grave enfermedad, que desde la primera visita que le hizo el facultativo, opinó muy mal de su estado: á la segunda peor, pronosticando á la tercera, que era imposible saliese de aquella noche. Con efecto, fueron tales los síntomas que se presentaron, y tantas las continuas fatigas que le oprimían, que creyeron los espectadores estaba próximo á terminar su vida, y fué forzoso separar á su triste Madre para que no tuviera la pena de verle espirar. En medio de tal conflicto, y no encontrando remedio alguno en lo humano, hizo que de un cabezal que sirvió á dicho Venerable en sus últimas sangrías, y que yó conservaba como preciosa reliquia, se extrajesen unas hilitas, las que picadas en menudas partes y puestas en cucharada de lamedor se le suministrasen al enfermo, que con mucho trabajo se le hizo pasar por tener muy obstruida é inflamada la garganta. Así se verificó ¡pero qué prodigio! en aquel mismo momento, cesaron las fatigas anhelosas, que le llevaban precipitadamente á la muerte, quedó tranquilo y sosegado, durmió un gran rato, y despertó, al parecer bueno. Se avisó á su madre que lo reputaba ya muerto: ésta le aplicó el pecho, lo tomó sin ningun trabajo y yá desde entonces fué tan rápido su alivio, que al tercer día se hallaba perfectamente sano y bueno.

«Sea para honra y gloria de Dios: y edificacion de todos nosotros. Con este motivo, me ofrezco á V. con todo afecto en esta su casa, Plaza de San Miguel número 242, pudiendo disponer cuanto le agrade de este S. S. y Capellan q. s. m. b.—Joaquin Yuste.

«Este prodigio, el anterior, y todos los demás, se han averiguado con toda la exactitud, y con toda la crítica, que por su naturaleza exige materia tan delicada.



Hasta aquí en su mayor parte, es lo que escribió su Biógrafo, por encargo de la Orden, como Secretario que había sido de su Provincia al tiempo de la excomunión, para los efectos consiguientes, como lo reclamaba, la fama póstuma que llegó á alcanzar el V. Padre Fagundez, cuyas insignes virtudes, se encomian además en los Anales de esta Ciudad, de la mitad del presente siglo; en el Boletín del Clero español, del año de su muerte; en la Historia Eclesiástica de España, que publicó el Sr. Dr. D. Vicente de la Fuente, Catedrático de la Universidad Central; en la gran Obra titulada: BIOGRAFÍA ECLESIASTICA COMPLETA, redactada por una reunion de Eclesiásticos y Literatos, en Madrid, 1848—68; y en varios Periódicos y Revistas Religiosas.

A vista de todos estos antecedentes, se pensó en nuestros días, por el M. R. P. Fr. Pablo Hornillo de San Miguel, Comisario Provincial de los Religiosos excomulgados de su Orden en Andalucía, renovar la memoria de las virtudes del Venerable Difunto, trasladando sus restos mortales, á sepulcro más honorífico, en la ya expresada Iglesia de San Pedro de Alcátara. Y en efecto, se ha realizado así, previas las licencias necesarias, de las Autoridades eclesiástica y civil, con todas las formalidades canónicas, prescritas por el Derecho, por lo que pudiera ocurrir en lo sucesivo, si se llegase á tratar alguna vez del proceso de su Beatificación.

Hé aquí como refiere aquel acto, el BOLETIN OFICIAL ECLESIASTICO DEL ARZOBISPADO, en el número correspondiente, al 15 de Octubre de 1887.

EXHUMACION DE LOS RESTOS MORTALES

DEL V. P. FAGUNDEZ

«El Viérnes 30 de Setiembre, á las doce y media de la mañana, se verificó en la Iglesia de San Pedro de Alcántara la exhumacion de los restos, del Venerable Siervo de Dios Fr. Manuel José Fagundez, que en la primera mitad del presente siglo se hizo célebre en esta Ciudad, por sus ejemplares virtudes y apostólicos trabajos.

«Ante el M. I. Sr. Provisor de este Arzobispado Don Santiago Magdalena, Canónigo de esta Santa Iglesia, y con asistencia del Notario eclesiástico Sr. D. Luis Montoto, se procedió á extraer la caja fúnebre de la bóveda en que había sido colocada el día 22 de Noviembre de 1848, siendo trasladada á la Iglesia en hombros de varios Señores Sacerdotes, entre los que se contaban el Señor Cura de Santa Cruz D. Joaquin García, que había tenido la dicha de practicar igual obra de piedad con el Cadaver del mismo Venerable en el día de su entierro, el Sr. D. Fernando Yuste, Religioso de su Orden, hoy Canónigo de Córdoba, que vino á esta ciudad expresamente para asistir á este acto, y varios seglares, entre ellos el respetable Sr. D. Pedro Ibañez, á quien cupo la misma suerte que al Sr. García en la fecha indicada.

«Ya en la Iglesia, fué abierta la caja de plomo que encerraba los restos, ante los referidos Sres. Provisor y Notario y con asistencia de los Sres. facultativos D. Jacinto Zaldo, D. Cayetano Alvarez Osorio y D. José Diaz Carmona. Satisfecho por todos los concurrentes, el deseo muy plausible de admirar los restos mortales de aquel santo Varon, cuya virtud se hizo tan popular entre los hijos de Sevilla, se acordó por la citada Autoridad eclesiástica, suspender la traslacion de aquellos despojos á la urna destinada á conservarlos, depositándolos en una de las habitaciones altas, que forma parte de las dependencias del Templo, hasta que com-

pletamente libres de la humedad que los cubría, pueda hacerse esta traslación cómodamente, como se verificará dentro de algunos días.

«Llenáronse en este acto religioso todas las formalidades legales, habiéndose levantado la correspondiente acta por el Sr. Notario, y no retirándose el Juzgado eclesiástico, sin haber sellado y asegurado la puerta de la habitación, donde actualmente se encuentran los venerandos restos, del ejemplarísimo Religioso.

«Han presenciado esta exhumación, muchos Señores Sacerdotes, entre los cuales se encontraban varios Señores Dignidades y Canónigos y Beneficiados de esta Santa Iglesia, y Párrocos y Capellanes de Religiosas, y no pocas familias piadosas, entre ellas la del Sr. Marqués de Morante, Don Eduardo García de Tejada y Abaurrea, que conserva estimables recuerdos del virtuoso Misionero, por haber vivido este muchos años, y exhalado su postrer suspiro en casa del Sr. D. Lorenzo García Molviedro y Rubio, su ilustre Padre, sita en la calle de las Palmas, según habrán visto nuestros lectores, en la Biografía de aquel insigne hijo de San Francisco.

«A la iniciativa del celoso Capellan de la mencionada Iglesia, el P. Fr. Pablo Hornillo, secundada por el piadoso desprendimiento de varias personas amantes de nuestras legítimas glorias, se deberá muy en breve, el sepulcro de mármol que actualmente se está construyendo, y que colocado en el referido Templo á la vista de los fieles, guardará las cenizas del modelo de Sacerdotes y de patricios.»

En efecto, habiéndose encomendado su traza, al ilustrado Arquitecto de la Dignidad Arzobispal, Sr. D. Manuel Portillo de Avila y Herrera, se vé ya adosado al muro de la pared del Crucero, próximo al altar colateral del lado del Evangelio, y en él se lee grabada la siguiente inscripción:



D. O. M.

Á LA MEMORIA DEL EJEMPLAR
SIERVO DE DIOS
EL M. R. P. FR. MANUEL JOSÉ FAGUNDEZ
DE SAN PEDRO DE ALCÁNTARA
MISIONERO APOSTÓLICO, LECTOR EMÉRITO
HIJO DE LA SANTA PROVINCIA DE ANDALUCÍA
Y CONVENTUAL DEL DE SAN DIEGO
DE ESTA CIUDAD
MENORES DESCALZOS DE N. S. P. SAN FRANCISCO
VARON INSIGNE EN VIRTUDES Y LETRAS.
NACIÓ EN LA CIUDAD DE CEUTA Y FALLECIÓ
EN SEVILLA
Á LA EDAD DE 72 AÑOS
EL 19 DE NOVIEMBRE DE 1848.
SUS HERMANOS DE RELIGION
AFECTOS Y EL PIADOSO PUEBLO SEVILLANO
ERIGIERON ESTE SEPULCRO QUE ENCIERRA
SUS CENIZAS
EN 19 DE NOVIEMBRE DE 1887.
RUEGUEN Á DIOS POR SU ALMA.

En el citado *Boletín Eclesiástico*, del día 30 de Noviembre, se consigna la solemnidad de las Honras, que con este motivo se celebraron después, en los términos siguientes:

«De acto muy notable puede calificarse, el de las Honras fúnebres celebradas el 19 del corriente en la Iglesia de San Pedro de Alcántara, en sufragio del alma del Venerable P. Fr. Manuel José Fagundez, cuyos restos mortales han sido colocados en el nuevo sepulcro erigido en dicho templo, según hemos participado ya á nuestros lectores.

«En el mencionado día, se cumplieron treinta y nueve años del fallecimiento del sábio y virtuoso Sacerdote; y con tal motivo y con el que dejamos referido antes, se acordó la celebracion de las Honras, y el Excmo. é Ilmo. Cabildo Cathedral decidió tomar una parte activa en ese religioso acto, designando para realizar su propósito, á los Señores Dignidad de Capellan Mayor de la de San Fernando, D. Servando Arbolí, y canónigos Sres. D. Miguel Torres y Daza y D. José Ruiz y García.

«Poco después de las diez y media llegaron estos Sres. con el Maestro de SS. Ceremonias á dicho templo, precedidos de varios cantores, de los seises, músicos y colegiales sirvientes de la Santa Iglesia, yendo todos en carruajes. Desde luego se principió el canto de la Vigilia, en cuyo acompañamiento, así como en el de la Misa y Responso, se hizo uso tambien de un melodium.

«Concluidas esas preces y preliminares, se celebró la Misa por el Sr. Arbolí, siendo diácono y subdiácono respectivamente, los Sres. Ruiz García y Torres Daza. El oficio del Santo Sacrificio, y particularmente el de la *Sequentia* fué brillante; en esta cantaron los seises algunos versículos, alternando con los sorchantres, produciendo tal variedad de voces el mejor efecto, á lo que contribuyeron los distintos instrumentos con que se acompañaron.

«Después de la Misa Subió al púlpito el Presbítero Sr. D. José Alonso Morgado, y pronunció una elocuente Oracion

fúnebre, en elogio del Venerable finado, cuya vida desde que vino al mundo, reseñó á grandes rasgos, exponiendo primero las altas virtudes y cualidades morales, de que dió pruebas evidentes áun en los años de su infancia, y después relató varios hechos prodigiosos de su vida, aunque sin juzgarlos, porque, segun dijo, esto no entraba en sus atribuciones ni en su ánimo, dejando esa tarea á la Iglesia, si algun día se instruyese proceso de Beatificación. Las conclusiones que sacó el Orador, aunque sucintas, fueron oportunas, mereciendo la aprobacion del auditorio.

«Después de este discurso, se cantó un Responso ante el sepulcro del Difunto, con lo cual concluyó el religioso acto.

«El templo estaba preparado con sencillez, pero de un modo adecuado: en el presbiterio había colgaduras negras; el camarín del Altar mayor, en que se venera una Imagen de la Santísima Virgen María, estaba cubierto con un paño de igual color, y delante se veía un Crucifijo, alumbrado solo por cuatro velas. Otros cuatro círios ardían delante del sepulcro, y en cada Altar había dos velas encendidas. Los frontales del mayor, y de los dos del crucero que miran á los piés de la Iglesia tenían paños negros.

«Un buen número de bancos se habían destinado á la concurrencia; esta fué bastante numerosa, contándose entre ella, muchos Señores Sacerdotes seculares, y por lo que vimos, tres Religiosos franciscanos observantes, de los que ocupan el Convento de Loreto, próximo á Espartinas. Tambien hubo un regular número de Señoras. Concluyó la fúnebre ceremonia después de la una.»

Al siguiente día de verificada esta, la describió tambien, el DIARIO DE SEVILLA, con estas palabras, en su *Crónica local*:

«Ayer se celebraron con severa pompa, en la Iglesia de San Pedro de Alcántara, las Honras fúnebres anunciadas, con

ocasion de haberse instalado en su nuevo sepulcro, los restos del Venerable Padre Fagundez, Apóstol infatigable de Sevilla, durante casi la primera mitad del corriente siglo.

«El servicio de Altar, fué como siempre que offician Señores Capitulares, llevado de la Catedral, en el cual asistían á los Señores Canónigo officiantes, el Sr. Maestro de Ceremonias, y los ministros menores de la Santa Iglesia.

«Una severa orquesta cantó desde el coro, cuanto la liturgia exigía, siendo severísimo y majestuoso el canto de la *Sequentia* «*Dies iræ*» y el Responso con que terminaron las honras.

«El elogio fúnebre del Venerable, hecho por el Señor D. José Alonso Morgado, Pro. Bibliotecario de la pública de la Dignidad Arzobispal, fué rico tanto en detalles biográficos, como en aplicaciones de la doctrina católica á sus eminentes virtudes.

«Un gentío numeroso, llenaba el Templo y sus avenidas, ocupando los asientos del duelo personas distinguidísimas, admiradores en gran parte como testigos oculares, de los heroicos ejemplos de santidad de aquel en cuyo honor y sufragio, se celebraba la piadosa ceremonia.»

Concluyamos, pues, alabando la bondad del Señor, porque quiso favorecernos, poniendo á nuestra vista los ejemplos de este Venerable Sacerdote, que no entendió durante su vida, mas que en hacer bien á todos, y ejercitar las virtudes propias de su sagrado Ministerio. Su conversacion, podemos decir, que fué siempre *en los Cielos*, segun las palabras del Apostol, y en nada atendía á las miserables y tristes reyertas que hay aquí en la tierra, sino para disminuir y consolar en la parte que podía, los males que las producen.

Sabía mucho, y no lo manifestaba; era virtuoso, y no lo conocía él mismo; en fin, por lo consignado en esta Biografía, podemos deducir claramente, que no se desdenarían de recibirlo, en su Coro, los primitivos discípulos del Seráfico Patriarca San Francisco de Asís.

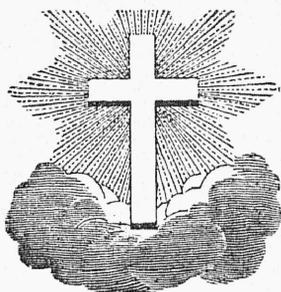
Por tanto, debemós creer piadosamente, que en él tenemos los Sevillanos, un intercesor para con Dios, y un poderoso estímulo que despierte nuestra pereza para trabajar con actividad, en el negocio importantísimo de nuestra salvacion.

El V. P. Fagundez dejó esta Ciudad populosa, en que muchos lo vimos y tratamos, y fué avecindado, en otra mucho más gloriosa, donde se halla la verdadera felicidad. Él es ahora ciudadano de Dios, su doméstico y familiar, mejor que cuando vivía entre nosotros; yá ha pasado á una vida más tranquila y dichosa, donde está libre de aquellas zozobras, que agitan á los míseros mortales; yá arribó adonde no tiene que temer naufragio alguno, ni duelo, ni clamores, ni dolor, ni la más leve alteracion en su alma pura. Sus méritos están yá en seguridad, y semejante á una nave cargada de ricas y preciosas mercancías, arribó al suspirado puerto, sin deterioro alguno.

Él sostuvo valerosamente, el escudo del santo temor de Dios contra todos sus enemigos, hasta llegar á conseguir la victoria: ¿porque, qué otra cosa fué su ejemplar vida, sino una lucha continuada, contra el astuto y vigilante enemigo de nuestras almas? ¿Qué Religioso viviendo en el siglo, rodeado de tantas ocasiones peligrosas, hubo más observante que él, de los rígidos preceptos que impone la Regla Seráfica á sus profesores? Él la guardó con la mayor exactitud y escrupulosidad, si así puede decirse, hasta el postrer instante de su vida, cumpliendo lo que solemnemente había

ofrecido al pié de los altares, cuando oyó que se le dijo por su Prelado: «Y yó de parte de Dios, si es que estas cosas guardares, te prometo la vida eterna.» Estemos, pues, persuadidos, de que el Padre de las Misericordias, y Dios de toda consolacion, como fiel remunerador, lo habrá acogido y premiado generosamente en su gloria. Quiera el Señor, que nosotros tambien lo seamos, por la imitacion de sus virtudes; y al que hemos tenido en la tierra por modelo, y consuelo en nuestros infortunios, lo tengamos después por compañero en la posesion de la Bienaventurança.

O. S. C. S. R. E.



PROTESTACION FINAL

Se advierte por última vez á los lectores de esta Biografía, que aunque se han referido en ella, muchos rasgos que prueban al parecer, la santidad del Venerable P. Fagundez, y algunos considerados como prodigiosos, segun nuestro modo de entender, que no ha sido la intencion del que los ha recopilado, presentar estos hechos como milagros, ni por consiguiente aprobados por la Santa Iglesia Romana; sinó solamente como certificados por testimonios particulares y privados, de personas fidedignas, apoyados en la autoridad de su Biógrafo. En su virtud, pues, y á consecuencia de los Decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, protesta aquí, que no es su ánimo atribuir al R. P. Fr. Manuel José Fagundez, la cualidad de Bienaventurado ni de Santo, reconociendo la autoridad de la Iglesia sobre este punto, á la que solamente pertenece el derecho de declarar la Santidad en grado heróico de sus hijos, sometándose siempre ante todo, á su juicio é infalibles determinaciones, como el más obediente de sus súbditos.

José Alonso Morgado, Pro.

EN LA TRASLACION AL NUEVO SEPULCRO
DE LOS RESTOS DEL VENERABLE
Padre Fr. Manuel José Fagundez y Escalona,
EN LA IGLESIA
DE SAN PEDRO DE ALCÁNTARA
el 19 de Noviembre de 1887.

Cuando vuelve un Monarca de la guerra
Con las sienes ornadas de laureles,
Como á Señor de la extranjera tierra
Palmas le baten sus vasallos fieles.

Pero el fúnebre luto y la amargura
Que en pós de sí dejara en el combate,
Cubren su altiva frente de tristura,
Y el corazon á su pesar se abate.

Del triunfo que alcanzara un Soberano
Se pierde la memoria tan en breve,
Como al rayo del Sol en el verano
El bosque pierde su sendal de nieve.

No así del láuro que consigue el justo
Luchando en las borrascas de la vida,
Su semblante jamás se viera adusto,
Siempre su frente se levanta erguida.

De la virtud la prueba tiene el mundo,
En ese Justo que el sepulcro encierra,
Que con valor heróico y sin segundo
Siempre venció á Luzbel en cruda guerra.



Como al áura sutil se abre la rosa
Y enbalsama la tierra con su esencia;
Así se abría su alma candorosa
De la gracia divina á la influencia:

Y ese suave y celestial rocío
Daba á su corazon la dulce calma,
Y ostentaba el Señor su poderío
Ornando de virtudes á su alma.

Fué en el mundo un lucero esplendoroso
Cuya luz en las almas difundía,
Y una flor de un aroma delicioso
Que en santa Caridad las encendía.

La Santidad como de Dios emana
Ni el tiempo la marchita ni oscurece,
Es una planta hermosa, y tan lozana
Que á través de los siglos reverdece.

De sus hermosas hojas la fragancia
En ese Justo el Cielo ha difundido,
Y se aspira á pesar de la distancia,
Y al corazon alivia dolorido.

De su excelsa virtud perenne llama,
Con sus restos está bajo esa losa,
Y por el marmol sale, dó se inflama,
Cual destellos de luz pura y gloriosa.

Por la divina fé las almas miren
Su resplandor que empieza desde el suelo;
Y á que las guie sin cesar suspiren
Mientras habiten la region del duelo.



Miren tambien el día aunque lejano
En que brille su heróica y santa vida,
Por la voz del Pontífice Romano
A quien tan gran mision fué concedida.

Esa infalible voz tiene el encanto
De que la inspira el Dios vivificante;
Y trocará esa tumba en altar santo
Donde su imagen mirareis triunfante.

En tanto llega ese anhelado día,
Del que hoy solo es aurora refulgente,
Vengan las almas á su losa fría
Y oren por él, al Dios Omnipotente.

MANUEL DE LOS PALACIOS Y FAGUNDEZ.

